
LUX
LIBERTAS


a 00000 02102 3

JUAN MARIA GUTIERREZ.



BIBLIOTECA DEL CENTRO EDITORIAL.

JUAN MARIA GUTIERREZ

ENSAYO SOBRE SU VIDA

I SUS ESCRITOS

CONFORME A DOCUMENTOS ENTERAMENTE INÉDITOS

POR

B. VICUÑA MACKENNA.



RAFAEL JOVER, Editor.

SANTIAGO
ANGOSTA, 7¾.

LIMA
AUMENTE, 128.

VALPARAISO
VICTORIA, 124.

1878

IMP. DEL CENTRO EDITORIAL.—1878.

A LA SEÑORA ROSARIO REYES DE BELLO.

A usted, distinguida señora i amiga, que ha guardado siempre en su alma el culto de los hombres de letras, como esposa de un brillante i malogrado escritor i como hija del mas ilustre crítico i literato de la América española; a usted que todavía cree en la eficacia, en el poder i en la gloria de las manifestaciones de la intelijencia; a usted particularmente que conoció por largos años al sabio eminente don Juan María Gutierrez,—denominado por algunos «el Bello arjentino»—i recojió en el Plata en las pájinas de su álbum de viajera lo que habria podido llamarse «el canto del cisne», si el doctor Gutierrez hubiese sido tan insigne poeta, como fué crítico profundo, bibliógrafo i filósofo político; dedico, contando con su amable aceptacion, estos recuerdos de aquel americano distinguido que murió amando i respetando a nuestra patria.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA.

VIÑA DEL MAR, JUNIO DE 1878.

JUAN MARIA GUTIERREZ

ENSAYO SOBRE SU VIDA I SUS ESCRITOS CONFORME A DOCUMENTOS ENTERAMENTE INÉDITOS.

I

MISION, CARÁCTER I PROPÓSITOS.

«El doctor Gutierrez es la primera notabilidad literaria de la República Arjentina.»—(*J. B. Alberdi*).

«El doctor Gutierrez era el hombre de letras mas completo que haya producido nuestro país. Poeta, historiador, romancista, su estilo analítico i vivaz, su intelijencia educada en los eternos modelos de la estética literaria, habian hecho de él un príncipe de la crítica.»—(*Miguel Cané*).

«Con dificultad la tierra arjentina producirá una organizacion mas escencialmente literaria que la del doctor Gutierrez.»—(*Aristóbulo del Valle*).

I.

En la madrugada del 26 de febrero de 1878 (no hace de esto todavía tres meses) era encontrado dormido en el sueño eterno de la muerte en su lecho de trabajo, despues de un dia que habia sido para el pueblo de Buenos Aires una jornada

juntamente de gloria i de alegría, cuya condensacion por la pluma fuera su última i dulce tarea, el hombre que en la República Arjentina, su patria, habia alcanzado la encumbrada personificacion que entre nosotros obtuvo en el saber el egrejio venezolano don Andres Bello.

Ese ilustre muerto era el doctor don Juan María Gutierrez, rector jubilado de la Universidad de Buenos Aires, fallecido a la edad de 69 años en la madrugada, que entre cantos de férvido entusiasmo, puso término a la conmemoracion del centenario i al apoteósis del jeneral San Martin, libertador del Plata, i de cuyo renombre americano el prócer recien fallecido habia sido el mas constante i empeñoso glorificador.

El doctor Gutierrez supo elejir el último momento de la varia escena en que se arrastra la vida entre el comun de los mortales.

El rehabilitador infatigable habia caido entre los fulgores del triunfo póstumo que su propaganda de medio siglo habia venido preparando.

Morir de esa manera no es desaparecer, sino al contrario asociarse a la inmortalidad.

Morir así no es una sentencia de la inerte materia, no es ni una espiacion del destino, no es el vulgar divorcio de la arcilla deleznable i del espíritu inmortal que puebla todos los dias de opacas sombras los cementerios: ese jénero de muerte

pareceria un don de las grandes intelijencias que se apagan en el santo consorcio de sus obras.

La muerte llegada de esta manera es el *coronat opus* que los antiguos escribian como leyenda en la última pájina de sus libros.

II.

Por su parte su ciudad natal, en cuyo seno siempre ansió morir el peregrino de medio siglo, pareció comprenderlo de esa manera, porque ese mismo pueblo del Plata, inquieto siempre, cruel en ocasiones, jeneroso i magnánimo en otras, apasionado, violento, impresionable como una mujer, bravo como una heroina, pero nunca mezquino ni ingrato, agrupóse en la fosa del viejo escritor con la misma intensa emocion con que la víspera habia victoreado al guerrero.

El enterramiento del doctor Gutierrez fué en Buenos Aires, ántes que todo, una ceremonia de amor, una ofrenda de corazones desinteresados a una gloria que se habia estinguido callada dentro de los muros blanqueados de un aposento de alquiler.

III.

Cierto es que en dias no remotos, i uno en pos de otro habian caido sobre el regazo de aquella madre turbulenta pero profundamente apasionada

de su prole, víctimas mas ilustres i mas lloradas, cual Dorrego, traido en un carro de guerra, muerto en el banco de precipitada justicia política en los campos de Navarro (1828), i cual Lavalle (a su turno), traspasado por la bala de un montonero en las calles del selvático Jujui, i cuyas cenizas salvadas por la lealtad, guardó con respeto un pueblo culto (1861).

No habia sido ménos honda la consternacion de los ánimos delante de las dos tumbas, abiertas en breve distancia la una de la otra, en que los arjentinos depositaron la ofrenda de su veneracion hácia los representantes mas señalados de sus tradiciones guerreras, favoritas de su suelo, en la tierra i en el mar:—Paz, en 1854, Brown, en 1857. Al paso que las fiestas consagradas a sus dos grandes emblemas políticos, encarnados en Rivadavia (1857), i en aquel propio dia ya señalado (25 de febrero de 1878) en San Martin, adquirieron todo el esplendor de un verdadero apoteósis.

IV.

Pero si la capital del Plata habia recojido con veneracion todas aquellas inmortales memorias, en medio de tantos ilustres desaparecidos, no ha podido señalarse un muerto mas amado que el obrero i el pensador cuyo nombre se lee al frente de estas pájinas.

El doetor Gutierrez, salvo en una oeasion malhadada que mas adelante habremos de señalar, no habia esealado jamas las alturas en que los hombres se haeen poderosos para sembrar favores i envidias, que son despues espinas del alma i abrojos malditos de la tumba.

No tenia proteetores ni favoreeidos, i por eso no se apresuraron a rodear su lecho ni los altaneros ni los ingratos, estos inevitables aeompañantes de los féretros suntuosos que van en eoehe, eon los ojos i el eorazon enjutos, hasta la puerta de los eementerios «a despedir el duelo.»

Don Juan María Gutierrez fué, por el eontrario, llevado a la fosa por un pueblo amigo en un féretro sin eordones de oro que aeusaran su grandeza.

Habia muerto pobre eomo habia vivido siempre; habia muerto alejado de todos los partidos eomo habia deseado vivir en todas las épocas de su existencia; i por eso rodeáronle en el tranee que precede a la desaparieion de lo visible, i que es hoi la verdadera muerte del hombre públieo, todos los eeos i todas las lágrimas que en una eiudad devorada por las pasiones no ha apagado todavía el elamoreo de los odios ni enjugado el trapo de antiguos i emponzoñados bandos.

V.

No hemos asistido nunca a una sepultacion ro-

deada i enaltecida por mas cariñosas manifestaciones de las almas conmovidas, que aquella a que de lijera aludimos.

«Si es inmortal el alma, díjole como adios uno de sus mas sinceros admiradores, el doctor Miguel Cané, si la vida intelectual asciende eternamente, nadie mas cerca de la cumbre que aquél que engrandeció su mision proyectando luz sobre la frente del pueblo.

«Adios, viejo i jeneroso amigo de aquél cuyo nombre lloro: él cayó rendido a la mitad de la batalla, i hoi lo sigue el que compartió sus amarguras i sus esperanzas. El culto de los sagrados recuerdos se ensancha para mí...»

Ese acento era en el coro de los adioses supremos, la voz del hijo del proscrito que fué compañero en la cadena i en el yunque, i en seguida mártir en la comun i redentora mision contra el tirano.

«Yo cumplo contigo, dijo otra voz en la orilla de la fosa del filósofo i del sabio, el último deber en el nombre del que fué tu hermano intelectual i tu hermano de corazon durante 43 años!

«Allí, cerca de la tumba que va a recibir tus despojos, yace tambien tu viejo amigo i tu viejo maestro. Sobre una i sobre otra yo juro respetar tu memoria i amar a tus hijos como tu amaste a mis padres!

«I para arrancarme de tu lado i darte mis úl-

timos adioses deja que recoja otra vez tus postreras palabras en la tumba del viejo patriota i que te diga con ellas:

«Adios, mi venerado compatriota! Adios para siempre, maestro i amigo mio!»

Era el hijo del doctor Lopez Planas, el cantor de la independencia arjentina i primer maestro de Gutierrez, quien con esos gritos del alma le enviaba el adios de tres jeneraciones.

I alzándose, por último, de en medio de la muchedumbre silenciosa un acento juvenil, saludó al viejo patricio de las letras, del saber i la enseñanza arjentina, con estas palabras que son la vibracion rica en sonidos del entusiasmo conmovido:

«Adornemos tu sepulcro con flores i siemprevivas, i miéntras existan tus discípulos i amigos, i miéntras haya amantes de la gloria literaria de Buenos Aires, serás nombrado i alabado como un digno modelo.»

«Sombras veneradas de mayo: levantáos!»

«Juan María Gutierrez pasa a la inmortalidad!» (1)

VI.

Lo que mas resalta en la ceremonia en que un

(1) Palabras pronunciadas en la tumba del doctor Gutierrez, por el jóven Aristóbulo Valle, en nombre de los estudiantes de Humanides de la Universidad de Buenos Aires.

pueblo ha ido a ofrecer su postrer ofrenda a un muerto querido es la carencia absoluta de todo elemento oficial, de todo programa, de todo decreto.

Verdad es que el ministro de justicia de la Confederacion, doctor José María Gutierrez, leyó en honor del difunto algunas palabras; pero por una delicada inspiracion, i cual si hubiera querido que todo en aquel recinto fuera solo la espresion del alma del pueblo, el alto funcionario público rompió su oracion escrita, al concluirla, i arrojó los fragmentos sobre el ataud.

Quedaron entónces para la posteridad solo los ecos del maestro, del camarada i del discípulo, i así, en esa trinidad de nombres i de emblemas, vamos a ver en seguida deslizarse únicamente la vida del pensador, del maestro i del crítico tres veces ilustre.

VII.

Pero no es esto todo, apresurémonos a decirlo. Un móvil, un recuerdo, una voz deberia tambien hacerse oir, como el cumplimiento de un deber, en esta banda de los Andes, en que el doctor Gutierrez pasó, no tanto como arjentino, sino como americano, diez años de su noble vida. I ese recuerdo, ese móvil i esa voz tienen por impulso íntimo una sencilla gratitud, que vamos a carac-

terizar con una reminiscencia personal, pero inevitable.

Por el mes de mayo de 1849, presentábase tímidamente en la oficina de la *Tribuna,*—diario político recien fundado en Santiago, i de cuya parte literaria se habia encargado, en razon de sus gustos i de su honorable pobreza, el emigrado arjentino don Juan María Gutierrez,—un adolescente chileno, i ponia en sus manos, solicitando la hospitalidad de su publicacion, unos cuantos pliegos borroneados que tenian por título esta leyenda: «Sitio de Chillan, 1813.»

Al dia siguiente la *Tribuna* comenzaba la publicacion de esa série de ensayos históricos escritos a los 18 años, i el doctor Gutierrez, no contento con esta muestra de benevolencia, hacia llegar al favorecido una carta por la cual abria a las producciones de su pluma, la mas amplia i benévola acojida.

El que habia recibido, en la edad en que la gratitud no es todavía una lápida sin epitafio, aquella manifestacion i aquel estímulo, es el mismo que despues de treinta años de comunicacion intelectual, siempre mas o ménos afectuosa i alentadora con el sabio arjentino, va a dedicar estas pocas pájinas a su memoria.

VIII.

Para llenar estos fines lo mas cumplidamente posible, hemos recurrido a un arbitrio que constituirá el único mérito de estos apuntes.

Cuando llegó la triste nueva del fallecimiento de nuestro bondadoso amigo quisimos, en efecto, i desde luego cumplir para con él un deber que nos hemos impuesto, cual si fuera ineludible tarea respecto de todos los grandes servidores de la América llamados a mejor vida. Pero temimos no llenar bien nuestro propósito, i aguardamos.

Pudimos en verdad consultar lo que Torres Caicedo, Ricardo Palma, el oriental Margariños Cervantes i aun el cáustico i desaliñado Villergas, escribieron en diversas épocas, no sobre la vida i carácter del doctor Gutierrez, sino sobre sus obras, en Paris, en Lima, en Montevideo, en Buenos Aires. Pero deseábamos beber en mas jenuinas fuentes, i ya ha visto el lector que lo hemos conseguido con no escaso caudal, porque hemos podido disponer de la correspondencia privada del eminente difunto con varios de sus amigos mas íntimos, con don Gregorio Beeche, quien solia hacernos ese jénero codiciado de regalos; con el señor Von Gülich digno ministro en Chile del Emperador de Alemania, su amigo de intimidad; con el apreciable doctor don Francisco Javier Villanueva, de Val-

paraiso; i especialmente con el señor Mariano E. de Sarratea, cuyo antiguo i noble amigo nos ha confiado sin reserva su precioso archivo, el archivo de un hombre de corazon.

Vamos por tanto a escribir unas pocas pájinas sobre el doctor don Juan María Gutierrez, apoyando nuestras revelaciones en documentos propios i no en juicios ajenos que por lo mismo no hemos tenido ocasion de compulsar o de leer.

I ya que en su ciudad natal, justamente orgullosa de su fama, se preparan sus admiradores para tejer al escritor i al filósofo una corona cívica con sus propias obras, enviamos como nuestra ofrenda esta hoja humilde, arrancada por mano amiga, pero severa e imparcial, al libro de su corazon de peregrino, que el proscrito dejara olvidada entre nosotros....

Nos será permitido ántes de cerrar esta introduccion un tanto peculiar, como el hombre a quien está consagrada, una observacion que no pertenece propiamente al cuerpo de este ensayo.

Algunos estrañarán i otros tendran probablemente a mal en Chile que hayamos elejido para dar a luz este ensayo el preciso momento en que las heces del opaco cáliz de la diplomacia, largamente apurado por las dos naciones, comienza a subir a los labios i a irritarlos.

Pero precisamente por ese motivo lo hemos hecho.

¿Por qué?

Porque abrigamos la persuasion profunda que será siempre obra de verdadero patriotismo calmar los ánimos que injusta pasion exaspera en uno i otro lado de los Andes, i porque, despues de todo, esta misma publicacion, que no es sino el reflejo del alma honrada i del espíritu templado i alto de un eminente arjentino, constituye un ejemplo constante de moderacion, de rectitud i patriótica sensatez, como el lector ha de comprobarlo mas adelante por sí mismo.

Miéntras llega el arbitraje de las potencias (que ha de llegar forzosamente), que rija siquiera entre las dos naciones, ántes hermanas, el arbitraje irrecusable de las ideas.

II

LA JUVENTUD.

«Seria de feliz agüero para la buena intelijencia definitiva de dos pueblos hermanos, ahora en controversia, si un escritor chileno se dedicase con todo el poder de su pluma a conservar para la familia americana el recuerdo de un arjentino tan sobresaliente como Juan María Gutierres.»

(Carta del doctor Von Gülich al autor, al enviarle algunas copias de cartas del doctor Gutierrez, fecha en Santiago el 16 de mayo de 1878).

«Solo, solo en el mundo
Vivo sin mas amor que el de una madre
Que llora por el hijo desterrado.
Nunca, jamas, gocé del regalado
Beso inocente que en la faz del padre
Pone el labio infantil risueño i puro.»

(J. M. Gutierrez.—A mi amigo M. E. de Sarratea en el cumple años de su primojénito.—A bordo de la fragata «Chile» en Valparaiso el 10 de agosto de 1846).

I.

Juan María Gutierrez, el mas ilustrado, profundo i erudito de los críticos arjentinos, nació en la ciudad de Buenos Aires el 6 de mayo de 1809. Era por tanto un «hombre de mayo», es decir, un hermano de leche de la revolucion, como en su fervor patrio solia el mismo denominarse.

Era hijo de un mercader modesto, contador entre partes en el comercio de aquella metrópoli, hombre bueno pero adusto, reservado i severo: pa-

dre i señor segun la «escuela antigua», de aquellos que confiaban sus caricias i sus lecciones mas al látigo que a las espansiones del alma i su ternura, fuente viva e inagotable de eficaces enseñanzas. Por esto tal vez decia con dolor el bardo al contar al amigo los dias de la primera infancia, i conforme a nuestro epígrafe:

> «Nunca, jamas, gocé del regalado
> Beso inocente que en la faz del padre
> Pone el labio infantil risueño i puro.»

II.

El padre grave i taciturno, sin embargo, dió al intelijente niño una educacion cuidada, i cuando entró en la pubertad, regalóle su biblioteca, que era un viejo armario repleto con quinientos mamotretos: fausto de príncipe gastado con un mancebo que habia nacido para amar dos cosas con delirante i casi inestinguible pasion. Esas dos cosas en el órden de su existencia fueron estas: los libros i las mujeres. Estando, al ménos, a sus revelaciones íntimas, Gutierrez habria deseado tener a las últimas en lujosos armarios como sus libros, cual otros tienen las piedras preciosas o las aves de gayo plumaje.

III.

El estudio fundamental a que el crítico arjentino

consagró su juventud fué el de las matemáticas. Esto era natural i casi inevitable. Del cerebro de un contador debia derivarse por línea de varon a varon el cerebro de un jeómetra.

Fué su maestro en esta ciencia el distinguido patriota don Vicente Lopez Planas, autor de la cancion nacional arjentina i jefe del departamento topográfico i estadístico de Buenos Aires desde 1826, es decir, desde que el jóven Gutierrez hubo cumplido 17 años.

Era la primera vez que un profesor de áljebra escribia un himno patriótico en la márjen derecha del Plata. El doctor Gutierrez le imitaria en breve en la opuesta orilla.

IV.

Gutierrez entró como empleado subalterno en la oficina topográfica de Buenos Aires; pero cuando habia llegado apénas a su mayor edad, era ya injeniero del departamento.

De aquí la admiracion, el cariño i la abnegacion filial que Gutierrez profesó siempre al prócer arjentino, su jefe, su amigo i su maestro; de aquí su sumision, desacordada tal vez, pero jenerosa a la administracion de aquel ciudadano cuando su política fué repudiada por el pueblo de Buenos Aires (1852), i de aquí, por último, el homenaje de lealtad i de respeto que uno de los hijos del viejo

patriota llevó en su nombre a la fosa del discípulo i del sectario, segun lo dejamos ya anotado.

V.

Ganaba el jóven profesor i perito laboriosamente la vida en su ciudad natal, tan hondamente sacudida por el vaiven de incesantes trastornos, cuando, por el mes de abril de 1835 tomó definitivamente posesion de la casa de gobierno el brigadier don Juan Manuel de Rosas, proclamado «héroe del desierto» desde su campaña a los indios en 1833, i quien hasta entónces habíase contentado con gobernar a la orgullosa capital del Plata desde su estancia de vacas i de potros.

Aclamado un momento por los egoistas i por los cobardes, que son, cada uno un tercio de lo que se llama la «gran mayoria» de nuestras repúblicas, el gaucho indómito i falaz sacóse la máscara i el chiripá, vistió levita i nombró ministros i verdugos, todo en pocos meses.

VI.

La gran masa de la poblacion, es decir, sus dos tercios, se echó a sus piés como el ganado al pié del degollador. El tercio que componia la minoría libre i eminente de su destino, de su responsabilidad i de sus derechos, púsose de pié i osó resistirle.

Fué ese el oríjen maldito de la Mashorca, es decir, descuartizamiento de los pueblos por la invasion de la manca de cuero humano, del chiripá de bayeta color sangre, la bota de potro i el puñal sin vaina del gaucho pampero.

Rosas hizo que la campaña salvaje se desbordara sobre la ciudad culta, lazo en mano, i por esto mas que por sus locas pantomimas mereció entre otros su mas codiciado título de «héroe del desierto.»

Fué este a la verdad un nombre simbólico de la Federacion que inventó i puso por obra el vil tirano durante quince años de casi inverosímil locura i de martirio. Despues de Rosas el desierto... Nosotros conocimos la cuna de Rivadavia i de Belgrano cuando hacia cuatro años que el monstruo abominable habia huido disfrazado de marinero a las playas donde, siempre gaucho, siempre salvaje i siempre maldito, murió maldecido. I por todas partes ostentábanse entónces las señales del paso de la bestia, es decir, los rastros del desierto, los edificios en ruina, las techumbres cubiertas de malezas, el rio solitario, la sociedad apocada, medrosa i sin escuela, mostrando todavía, por desden de reina destronada, en los teatros recien abiertos, la bella hermana del dictador la *moña* punzó que era la escarapela de la muerte. Asemejábase esa gran ciudad, tan potente hoi dia i de la cual tanto

habiamos oido hablar en la niñez, a esos resucitados que enumera la Biblia, porque tenia solo la cabeza fuera del sepúlcro blanqueado i podrido, i todo lo demas era baldon i ruinas.

VII.

I bien: esas fueron las dos puertas de la vida pública que se ofrecieron al talento i a la actividad intelectual de Juan María Gutierrez cuando se halló en posesion de un título i de una posicion que le habia creado su claro talento i laboriosidad, don esta última de su organizacion física i de su espíritu que, como habremos de ver mas adelante, era a prueba de fuego i de martillo cual el metal del yunque.

El noble arjentino prefirió empero no entrar por esa puerta, i entre el servilismo i el deber, optó ante el déspota no por la cátedra sino por el calabozo: al medro vil antepuso su destitucion, que era el hambre i la honra.

VIII.

Era esa la misma condicion ofrecida á sus compatriotas, a sus amigos, a sus condiscípulos de Buenos Aires: a Echeverría, a Frias, a Mármol, a los dos Varela, a Cané, a Sarratea, a Tejedor, a los dos Piñero, a los tres hermanos Mitre, todos

hijos del Plata; al jeneral Paz i a Rivera Indarte, cordoveses: a Alberdi i Avellaneda en el Tucuman, a Beeche en Salta, a los cuatro Ocampos en la Rioja, a Barcala en Mendoza, al mas potente i tumultuario de todos, a Sarmiento, hijo de San Juan, ariete de duro granito que demolió a cabezazos la obra de aquel tirano, que siendo a todas luces un sangriento insensato le declaró por decreto «loco»—«el loco Sarmiento»—presidente de la Confederacion Arjentina cuando el dictador de Buenos Aires, como jaguar que ha perdido en la carniceria los dientes i las uñas, agonizaba oscuro i miserable en la playa de Southampton.

IX.

Eran aquellos los tiempos de ensayo en que Rosas aprendia a poner en limpio las tablas de sangre que debia entregar mas tarde a la Mashorca para su ejecucion, redactando simples mandatos de policía, en que sin mas proceso que su burda voluntad de «restaurador de las leyes» dictaba sentencias mas o ménos como las siguientes:—Febrero 29 de 1835.—«Destínase por seis años al servicio de las armas al *criminal* Juan Tubran, i prevéngasele que en la primera *falta* será fusilado. —*Rosas.*»—Junio 17.—«Póngase en libertad a don Remijio Islas, si prueba que son *calumnias de unitario* las que se le han imputado.—*Rosas*».—

Agosto 17.—*Fusílese* mañana a los tres indios que remite el comandante del Fuerte Federacion, i seran enterrados donde lo fueron *los anteriores.—Rosas.*»—Enero 27 de 1836.—«Fusílese a las ocho del dia de mañana en la cárcel pública a los reos Juan Sanchez i Bernardo Guillon *por haber escalado la Crujía* de aquella prision.—*Rosas.*»—Setiembre 23 de 1835.—Póngase con una barra de grillos a los reos Fermin i Juan Cepeda a disposicion del *juez del crímen* don Baldomero García.—*Rosas.*»

I eso escribia Rosas de su puño i letra, i eso se ha encontrado auténtico en los archivos de la policía de Buenos Aires, i ese García era el embajador de Rosas en Chile pocos años mas tarde, i todo eso lo aplaudian con sus dos manos las altas clases de la ciudad, es decir, los ricos, los egoistas i los idiotas, que son siempre la mayoría de las grandes ciudades, i asi azuzaban a Rosas para que cuando se sintiese adiestrado en la cuchilla pasase por la sociedad entera, como lo hizo en 1840, su espada esterminadora. (1)

---

(1) Las órdenes que hemos copiado de Rosas en calidad de gobernador de Buenos Aires revestido con «la suma del poder público», es decir, en calidad de dictador, se encuentran en un libro que es raro en Chile porque se imprimieron solo 150 ejemplares para el uso de los funcionario públicos. Su título es:—*Indice del archivo del departamento jeneral de policía desde* 1831·*Buenos Aires* 1860.—Dos vols. en folio.

X.

De todos los tiranos conocidos, a ninguno asemejase mas de cerca el tirano del Plata que a Tiberio. Es en sus primeros años, como el heredero de Augusto, un hipócrita consumado, un cobarde que envuelve sus ardientes i salvajes delirios de futuro poderío en tenebroso e insondable disimulo. Rosas «comandante jeneral de campaña» es Tiberio batiéndose con los Cántabros i con los Jermanos. Rosas en el «Alto Redondo», aparentando desinteres i devorado por secretos terrores, es todavia Tiberio en la isla de Rodas, ántes de ir a Roma.

«Un espíritu, dice un escritor ilustre que se apagó hace poco por el puñal i por su propia mano, definiendo a Tiberio i a su obra, un espíritu que no tenia sino cualidades de segundo órden, cuyo orgullo nativo era su sola fuerza, habia sido transformado por veinte años de hipócrita humildad, i debia sucumbir al fin al réjimen de terror que él mismo habia creado. I cuando Tiberio volverá a Roma para la desventura de Roma, ya no será un hombre, sino un instrumento que el mismo terror ha doblegado. La cobardia cívica se cubrirá con la pálida máscara de la hipocresía; el recuerdo de los males sufridos se encrudecerá en su corazon i se trocará por el deseo de hacerlos esperimentar a

los que ahora tienen miedo; el temor de una muerte violenta lo ha hecho sanguinario, i desde entónces el preceptor de su niñez podrá esclamar con razon:—«Esa es una alma amasada de barro i de sangre.» (1)

¿I no es ésa la imájen de Rosas, durante los tres lustros de revuelta i decadencia qne se sucedieron en el Plata desde que se le ve aparecer por la primera vez en 1820 galopando con sus *Colorados* por las calles de Buenos Aires, en la revolucion del coronel Rodriguez?

XI.

Aun en su apariencia física asemejábanse los dos monstruos, como se asemejan entre sí las panteras nacidas en apartados climas. «Tenia el rostro hermoso, dice Suetonio del tirano de Roma que consolidó su imperio. Sus ojos eran grandes i veian en las tinieblas en el momento en que recordaba, distintivo de la raza felina desde el gato al tigre... Marchaba con la cabeza erguida; tenia el aire severo; era taciturno i no hablaba a los que le rodeaban sino lentamente i accionando pesadamente con sus dedos.»

¿I quién que haya visto alguna vez el retrato de Rosas i su mirada profunda i azul, no ha creido

(1) Beulé.—*Tibère.*—Páj. 147.

tener elavada delante de su pupila la órbita iradeseente de todos los individuos de la raza felina› del gato i del leopardo, de la onza i del jaguar?

XII.

I ahora, su oríjen ilustre, que es análogo en uno i otro tirano, hijo el uno de los honrados Claudios i el otro de nobles próceres de España; i su manera de gobernar por medio de seides o con los reflejos del propio hogar, ¿no son otros tantos puntos de eontacto que aeerean dos remotas edades?

Tiberio hizo temblar a Roma desde una isla del océano, su favorita Caprea: Rosas fulminaba sus órdenes de muerte sentado a la sombra de los saueees enfermizos de Palermo, su residencia predilecta, a orillas del anchuroso Plata.

Tiberio constituia en árbitra del perdon o de la muerte a su madre Livia;—Rosas otorgaba igual mereed, pero sin duda con mucho mayor parsimonia, a su hija única.—Rosas tenia la manía de la gramática i del diccionario como eompendio de toda buena sabiduría. Tiberio se rodeaba de retórieos i de pedantes. Tuvo Tiberio en calidad de ejecutor supremo al eruel Scjano, eomo Rosas tuvo a Facundo Quiroga, i cuando el pretor le inspiró recelos le hizo matar, como Rosas a Facundo, el pretor salvaje de los Llanos, en Barranca-Yaco.

I eomo si esto no bastase para establecer ante

la historia esta paridad, que se ha reproducido tantas veces en el linaje humano, i que podríamos prolongar mucho mas allá de estas pájinas, Rosas como Tiberio comienza a encontrar apolojistas que acusan a Tácito i a Suetonio—a Rivera Indarte i a Sarmiento,—de viles detractores...

XIII.

No hace a la verdad muchos meses desde que en los templos en que don Juan Manuel de Rosas hizo colocar su propio efijie al lado de la de Dios, como Calígula en el Palantino, han resonado los cánticos de la clemencia divina en homenaje a sus manes, miéntras que las lívidas antorchas iluminaban las naves enlutadas. Los funerales de Rosas ¿seran por ventura el comienzo de su rehabilitacion por lo que se ha dado en llamar la conciencia de la historia?—César Borjia ha encontrado panejiristas. Marat ha comenzado a tenerlos despues de la Comuna.

XIV.

De propósito nos hemos detenido en este parangon de dos déspotas sangrientos, porque no solo nos ahorra ese procedimiento una minuciosa pintura del largo reino del dictador arjentino, sino porque al narrar superficialmente la vida de una de las víctimas mas notorias de su brutal saña,

dejamos establecida así la responsabilidad colectiva de los que se sometieron, i la honra indisputable de los que protestaron. I esto afirmamos por que, como lo dice con admirable simplicidad el escritor que acabamos de citar, «en todo atentado contra un país hai dos culpables: el que se atreve i aquellos que lo consienten, el que emprende i aquellos que toleran que se emprenda contra las leyes, el que usurpa i aquellos que abdican.»

Buenos Aires abdicó. Pero el doctor Gutierrez no figuró entre los consentidores, entre los sumisos, entre los cómplices; i por esto señalamos esta pájina de su vida, es decir, su destitucion de un destino que era su pan i el de su madre, su prision en Buenos Aires i su fuga a Montevideo, todo bajo la férula de Rosas, como la señal mas característica de su vida, como la honra mas alta de su juventud.

XV.

Fuerza es tambien que la historia tenga presente, ademas de cuanto llevamos dicho, que aunque se han escrito innumerables libros i abultadas comprobaciones sobre la obra del *Terror* i de sus crímenes en Francia, en los breves tres años que duró su reinado, en la época moderna i mas cercana a la vida de Rosas, país por país, estadística

por estadística, las matanzas de aquél, de Oribe, de Urquiza, de Quiroga i otros seides, contadas las víctimas una a una, sobrepujan en cien codos las cabezas que cayeron de la guillotina. Se ha comparado por algunos a Rosas con Robespierre. Enorme i casi grotesco error de número, de tiempo, de carácter. Rosas escedió a Tiberio, a Calígula, a Neron, a Robespierre, a Danton, a Marat, todos juntos. Su igual es apénas Tamerlan, con sus pirámides de cabezas humanas en medio de los llanos.

XVI.

Bajo la planta de aquel horrible malvado no podian nutrirse, como de hecho era evidente, sino espíritus enanos, almas raquíticas i villanas con el pábulo del miedo; de suerte que nos sorprende el que algunos espíritus viriles, como el de Gutierrez, hubiesen tardado tanto en caer bajo la coyunda del tirano o en huir de ella. Gutierrez sufrió dentro de Buenos Aires el sangriento yugo de Rosas hasta 1839, en que fué aherrojado.

Antes de ese castigo glorioso, porque fué purificacion, el jóven matemático habia prestado cierta fútil cooperacion a los diarios enfermos de ictericia que se publicaban en Buenos Aires.—Uno de esos diarios, redactado por Alberdi, se denominaba la *Moda*.—¿La moda de qué? ¿La del cintillo punzó?

¿La del bigote federal? ¿La del chaleco colorado? A eso era a lo que podia dilatarse la literatura contemporánea de Buenos Aires, bajo la cincha i la rienda de un domador de potros chúcaros que se burlaba del saber humano, que se creia médico i sacerdote, i que reducia todo el alcance de la intelijencia a lo que contenia el diccionario de la lengua castellana.

XVII.

Pero por lo mismo, si bien en secreto, la juventud de la márjen derecha del Plata, en medio de la cual Gutierrez veia deslizarse sus dias con ingrata esterilidad, conspiraba, i cupo a un poeta la alta gloria de haber dado la consigna de la redencion. Estévan Echeverría, el Heredia arjentino, fundó la sociedad secreta denominada *Asociacion de mayo*, nueva Lojia Lautarina contra el despotismo doméstico, i luego el látigo de Rosas dispersó a todos sus socios, que fueron otros tantos vengadores. Gutierrez estuvo en dura cárcel durante tres meses, i solo a mediados de 1839 pudo refujiarse en Montevideo, donde le aguardaban ya todos sus compañeros de propaganda i de protesta.

XVIII.

Cuando Gutierrez cruzó furtivo el Plata de una orilla a otra, no era un hombre conspicuo ni como

los Varela, ni como Paz ni como Lavalle. Era un jóven de treinta años, instruido, laborioso, modesto i querido. Pero su juventud no habia tenido todavía el lucimiento que es el privilejio del cultivo de las letras humanas. Se habia recibido de agrimensor i tal vez de abogado, si bien de esto último no encontramos mas comprobante que su título de «doctor», calificativo jenérico del cual son tan pródigos los arjentinos como los peruanos, aplicándolo a veces a los simples profesores o a los literatos.

Pero si sobre esto cabe alguna duda, es evidente que el doctor Gutierrez habia aprovechado sus años juveniles en la preparacion intelectual que le hizo mas tarde tan notorio. Conocia la mayor parte de las lenguas vivas, especialmente el frances i el italiano, lo que ha hecho decir a uno de sus críticos que como escritor era mas florentino que castellano en su diccion. (1)

Sin embargo de esto, en los viejos pergaminos de su padre, regalo de su mocedad, debió el jóven aprendiz encontrar mas de un modelo de la noble lengua patria que tanto amara i admiró, si bien por una inconsecuencia que mas tarde le habremos de reprochar, murió repudiando con descortesia sus honrosos diplomas.

(1) Blanco Cuartin.—*Mercurio* de abril 1878.

En una palabra, cuando Gutierrez emigró de Buenos Aires por la primera vez, era mas un operario que un artista, mas un agrimensor que un literato.

El destierro se encargaria de hacer su educacion i su renombre.

XIX.

Acercábase rápidamente en esa época la crísis que provocó el jeneral Lavalle i que terminó despues de tres años de sangriento batallar en una triple trajedia, esto es, en la muerte casual de Lavalle en el zaguan de una casa de Jujuy, el paso de la cordillera nevada por La-Madrid, que dejó sembrados de cadáveres los desfiladeros de Uspallata (setiembre de 1841), i por último el sitio de Montevideo.

Comienza en esta ciudad la verdadera vida pública del doctor Gutierrez, sus servicios a la causa de la libertad, sus primeras armas en la literatura americana, su fama de escritor i de crítico, i tambien la larga carrera de sus peregrinaciones que le condujeron años mas tarde a nuestro suelo.

XX.

A hacer conocer la vida del doctor Gutierrez en Montevideo, dedicaremos un capítulo por separado. Pero no cerraremos el presente sin apun-

tar un dato no poco singular que pone de manifiesto la alta personalidad, que al ménos a los ojos de Rosas, asumia el escritor desterrado.

En una de las interminables listas de proscripcion i de saqueo que Rosas se entretenia en forjar despues que el jeneral Lavalle i «sus salvajes inmundos i asquerosos unitarios» tomaron las armas, figura el nombre de don Juan María Gutierrez, como uno de los ciudadanos que debian suministrar diez soldados de reemplazo personal al ejército federal, i aunque en esa fecha (febrero 8 de 1840) Gutierrez se encontraba ya en Montevideo, es posible que aquel lo ignorase o que, sabiéndolo, por sistema i por taima lo inscribiese como a otros. (1)

Rosas despreciaba profundamente a los literatos porque escribian, porque publicaban su pensamiento, porque no usaban bigote (i Gutierrez no lo usó jamas), i porque vestian frac.

(1) Veáse el *Archivo* citado de la policía de Buenos Aires, vol. II, páj. 335. En estos mismo dias de la conmutacion del doctor Gutierrez, se leen autógrafos de Rosas en que inpone diversos castigos por delitos como los siguientes:—«Martin Lacana *es de frac i unitario*.—A la cárcel.—Rosas.»—«Juan Navarros es paquete de frac i unitario.—A la cárcel.—*Rosas.*»—«Manuel Jordan, de 53 años, es *hablantin*, salvaje unitario i se quitó el bigote.—A la cárcel.—*Rosas.*»

I así por ese estilo, todos los demas.

Pero no debió estimar en tan poca cosa al doctor Gutierrez cuando creyó que aun siendo doctor valia su persona diez soldados.

Rosas como caudillo gastaba en esto el criterio i la ambicion del indio pampa. Un cacique de buen porte i mediana nombradía vale en los toldos por rescate un buen piño de yeguas alzadas. Un capitanejo de tribu vale al ménos diez mocetones.

I este último precio era el que Rosas tenia asignado en sus anales secretos al jóven jeómetra que acababa de escaparse de sus manos.

Veremos en breve que Rosas no se habia equivocado en su avalúo.

III

EN MONTEVIDEO.

¿FUE EL DOCTOR GUTIERREZ UN VERDADERO POETA?

«*Gutierrez*; l'heureux chanteur des gloires nationales.»—(*Alejandro Dumas.*— Montevideo ou la Nouvelle Troie.—Paris, 1850 páj. 62).

I.

Cuando de noche, disfrazado i jugando su cabeza en el vaiven de una ola; en el resplandor de una linterna, en él silvato de un sereno de patrulla, es-

capóse de los vijilantes esbirros de Rosas el jóven doctor Gutierrez, i amaneció en las alegres calles de la coqueta Montevideo, ninfa heróica recostada en un peñon que el Plata besa, la situacion de aquella ciudad, como la de la Banda oriental a que sirve de elegante metrópoli, era tan estraña, singular i fantástica como la del monton de cacicados que tenia Rosas secuestrado, a manera de hato de lobos, bajo su sangriento cetro de tirano.

II.

No habia en verdad en el Uruguay en 1840, *Unitarios* ni *Federales*, como los que desde hacia diez años se degollaban dia a dia con incansable brazo i nunca mellada cuchilla en la orilla opuesta. Pero reinaban en aquel período de sanguinoso vértigo los bandos de *Colorados* i de *Blancos*, que alientan todavía sus odios i sus divisas, si bien amortiguadas por el cansancio i por el impulso moderador de todos los progresos.

Era el jefe de los *Colorados* i presidente en esa época de la pequeña pero noble república uruguaya, el famoso jeneral don Fructuoso Rivera, prototipo del gaucho oriental, bravo, falaz, dilapidador incorrejible de lo suyo i de lo ajeno, embustero i mas que esto incomparable jinete, discípulo i brazo derecho del terrible Artigas, este verdadero Atila americano, azote por tanto i columna,

alternativamente, de la civilizacion i de las leyes, segun el rumbo que su caballo de guerra tomaba en la llanura. El caudillo de los *Colorados* era, sin embargo, elcmente i magnánimo, i bajo su gobierno las víctimas del puñal de Rosas encontraban jeneroso asilo en su ciudad i en su tesoro, escaso siemprc, pero abierto de par en par al último venido. Por esto le aborrecia Rosas i le habia declarado salvajc unitario. Para Rosas la hospitalidad era un crímen, porque como los chacales no tenia guarida.

III.

Comandaba a los *Blancos*, es decir, a los hombres de caudal, a los hacendados de vacas, a los mereaderes dc vara i de balanza, que temian la mano insaciable de Rivera, un hombre dc la ciudad, educado, hermoso en su esterior, pero bestia, infame i villano en todos los repliegues de su alma de malvado: el famoso don Manuel Oribe, lcchon de tigre que la pantera de Buenos Aires amamantaba a sus tetas. Oribc, despúes que el trabuco de Santos Pcrez quitó del medio a Quiroga, fué cl Sejano de Tiberio.

IV.

Oribe habia sido ministro de la guerra de Rivera en 1834 i le sucedió en el mando supremo en

1836, gracias a las influencias de los ricos, es decir, de los *Blancos* de la opulenta ciudad i de sus saladeros que la hacen cintura, bordando su bahía.

Pero Rivera, siempre inquieto i siempre pródigo, montó un dia a caballo, convocó sus lejiones de gauchos de chiripá colorado, i librando una batalla sangrienta al presidente lejítimo en el Palmar (1838) lo hizo abdicar como un esbirro pusilánime i refujiarse en Buenos Aires.

V.

Rosas recibió al presidente destituido con los brazos abiertos, i en breve, cuando le hubo adivinado i puesto a prueba, confióle para ir a reconquistar su puesto el ejército mas lucido que la Santa Confederacion habia equipado hasta entónces para esterminar en ambas márjenes del Plata a «los salvajes, inmundos i asquerosos unitarios.» El dictador del Plata sabia que Oribe era un jeneral nulo i hasta cobarde, pero sabia al mismo tiempo que despues de Quiroga, i aun con preferencia al gaucho riojano, era aquel el mejor degollador que servia bajo sus banderas. I con esto bastaba para sus propósitos.

VI.

Al pisar tierra amiga el doctor Gutierrez, desarrollábanse en el interior de los paises que el Pa-

raná i el Paraguay separan, aquellos graves sueesos; pero la eapital del Uruguay se meeia tranquila en su eonfianza, en su peñon i en su opuleneia. Habia de estraño en aquellos paises i en jeneral en todas las repúblieas españolas, eon eseepeion de Chile, donde la poblaeion se amontona, que las eiudades en raras oeasiones sentian el estrépito de las armas. Como la guerra se haeia easi eselusivamente a eaballo i al galope, se sabia el éxito o reehazo de las eargas i de las vietorias solo por los boletines que de tarde en tarde traian los ehasques a los gobiernos nominales que los eaudillos (simples eapataees de rebaño) dejaban, eomo de prestado, a las poblaeiones.—«Si quieren que tenga infantes, escribia Rivera a sus paisanos de Montevideo en esa époea, mándenme negros.» El jinete, eabo de los *Treinta i tres*, eonsideraba una mengua todo lo que no fuese empuñar la rienda de su bridon i la lanza. Por eso mismo el *Chacho* euando llegó emigrado eon La-Madrid a nuestro suelo (setiembre de 1841), para eondensar toda su desventura en una frase a los que le interrogaban por su suerte, solo respondia mirando háeia los nevados Andes, barrera de los llanos:—«¡En Chile...*i a pié!*»

VII.

No fué por esto estraño que en medio del lejano estampido del eañon se entregase la eulta soeiedad

de Montevideo a gustos casi pastoriles, cultivando las bellas letras, el teatro i la poesía.

Los emigrados arjentinos que habian precedido o seguido al doctor Gutierrez en su peregrinacion a la playa oriental, eran por esa época, como lo fueron algo mas tarde en Chile, los activos promotores de ese movimiento intelectual, i esto a tal punto que el mismo gobierno tomó cartas en esas pacíficas batallas del injenio, i por decreto de 6 de mayo de 1841 ofreció una medalla de oro al poeta que en el inmediato aniversario de la independencia arjentina, es decir, el 25 de mayo, presentase en un concurso público el mejor canto a la patria i a la libertad.

VIII.

Entre ocho competidores el doctor Gutierrez obtuvo el codiciado lauro, premio de una esforzada composicion en verso que comenzaba de esta suerte:

A MAYO.

Triunfos i glorias en la lira mia
Deben hoi resonar. Cese el jemido
Que en torno al polvo del campeon caido
Lanzára el alma en pavoroso dia.
Vengan hoi a mi sien palmas verdosas;
Porque el mustio crespon que anuncia el llanto
Hiela la mente que levanta el canto
Al nivel de victorias portentosas.

Palma a mi sien! mas palma entrelazada
Con albas cintas en azul teñidas,
Que son colores a la vez queridas
Del cielo hermoso i de la patria amada.
Palma a mi sien; recojimiento a mi alma;
Sublime majestad a la voz mia,
Dad, oh mi Dios! dispensador del dia,
Como dais tempestades i dais calma.
Todo es tuyo, señor: en mi creencia,
Prodijios de los hombre i conquistas,
Creaciones de vates o de artistas,
Son obra tuya, no de humana ciencia.
Jamás alzara el pensamiento al cielo,
A contemplar las luces de tu gloria,
Sin tenerte, Señor, en la memoria
I sin mirar compadecido el suelo.
I cuando pude comprender un dia
Lo que hicieron los hombres del GRAN MAYO,
Ya compredí tambien que ardiente rayo
De tu luz divinal les dirijia.

IX.

«Hecha la lectura de esta pieza, dice un ilustrado compilador arjentino que acaba de dar a luz un ensayo sobre el doctor Gutierrez, considerándolo mas especialmente en su carácter de bibliófilo i de bibliógrafo, hecha la lectura de esta pieza el 25 de mayo de 1841 en el teatro de Solis, el señor Presidente declara que no se conoce el autor, i lo invita a comparecer, si se encuentra presente. Los ojos se dirijen hácia atras. Una figura jóven se

pone de pié, i un aplauso jeneral saluda al noble CANTOR de las glorias americanas. Atraviesa la platea i sube al proscenio, entre aplausos; acredita la identidad de su persona, i preguntado por su nombre, contesta llamarse JUAN MARÍA GUTIERREZ.

«El Presidente pone en sus manos la medalla de oro, con esta alocucion:

«He aquí el lauro consagrado por el patriotismo al sublime cantor del GRAN DIA DE AMÉRICA. Os habeis hecho, por vuestro noble injenio, digno de él i del comun aplauso.»

I al recibir la medalla con que el pueblo oriental galardonaba el injenio, el poeta laureado contesta en los términos siguientes:

«La mas alta poesía no es tan elocuente como este acto, para demostrar los progresos morales, debidos al gran pensamiento de Mayo. Yo acepto, señor, este premio con reconocimiento; i donde quiera que me arroje la ola de la revolucion de mi patria, allí lo mostraré para probar que en la República Oriental del Uruguay, han echado raíces la civilizacion i el amor a la libertad.» (1)

X.

¿Merecia el canto a Mayo del jóven poeta el

(1) *Juan María Gutierrez, su vida i sus escritos: por Antonio Zinny.*—Buenos Aires, 1878.

premio aeordado por el tribunal literario de Montevideo?

Ni por un momento nos atreveriamos a poner en duda ni ese fallo ni su justieia distributiva.

Pero en sí misma esa eomposieion profundamente patriótiea, ¿es un eanto lírieo, una inspiraeion del alma, una obra verdadera de poesía? ¿Fué un verdadero poeta el doetor Gutierrez?

He aquí lo que sin asumir el título ni los arbitrios preteneiosos de la crítiea, no vacilamos en deelarar de una manera adversa a la memoria i a la fama poétiea del ilustre literato i erítieo arjentino.

Desde luego, poeta a la altura de Bello, de Heredia, de Lozano i de Olmedo, el eantor de Junin i Miñariea, no aleanza a ser ni eon mueho el eantor laureado de Mayo, por alto que eneumbren manos amigas el pedestal de su númen.

La dieeion de ese i otros variados trabajos de su arte puede ser eorreeta, el verso parejo, bien médido, gramatieal, eonforme en todo a la métriea, esta jeometría del oido. ¿Pero hai en su eomposieion bríos? ¿Estalla el entusiasmo eomo el fuego? ¿Brota espontáneo el ealor del alma, remóntase en atrevido vuelo el espíritu a lo grandioso i ensánchanse las imájenes eual en el eielo, en el mar, en la pampa? ¿Revélase en fin lo profundo del pensamiento, la poesía, el estro, el nú-

men, del cual el verso es solo la túnica mas o ménos bien cortada por la medida cadenciosa del artífice?

Ni en el canto de Mayo ni en ninguna de las composiciones aun las mas fáciles i lijeras del vate arjentino, encontramos nosotros, sus amigos i admiradores, como escritor i como crítico, ni agrupadas ni sueltas en el desórden en que suele estar el oro entre las arenas, esas condiciones sin cuyo conjunto i sin cuyo vario desaliño no existirá jamas la verdadera poesía, es decir, el don divino de conmover, de exaltar, de conducir el espíritu cual sobre alas de luz a otras rejiones que no sean el árido terruño que habitamos bajo la viga i la teja, o recorriendo en monótomo vehículo la polvorosa llanura en que corre el tren moderno o la antigua galera de colleras. La poesía sin potentes alas nos hace el efecto de un eunuco.

XI.

I aun, adelantando un tanto mas nuestro juicio, ocúrresenos que hasta la escasa fibra que aparece en el lánguido, desigual i trabajoso tejido de los versos iniciales que ya hemos copiado del canto de la juventud i de la patria, se estingue casi por completo en el desarrollo del tema, porque en seguida aparecen en el canto premiado estrofas

tan opacas, vulgares i aun contrahechas como la siguiente:

El foro que pisamos
I que al nombrar lo historia
Le dará el apellido de Victoria
Es en este momento la aleatoria
Urna que encierra los benditos nombres, etc.

I esta otra:

...Lárgo i prolijo
Fué el *largo dominar* del depostismo:
Código de egoismo
Con ultrajantes leyes nos rejia
I *en ménos* nos tenia
Que a bestia dócil la altanera España.

¿Hai en todo este acomodo artíficioso, lento, pobre, en el que parece distinguirse todavía la fatiga de la mano, del alma i de la frente, hai en este himno, honrado i patriótico, pero desprovisto de calor i de lirismo, algo que pueda ni siquiera compararse al estro verdaderamente sublime con que Mármol cantó, dos años mas tarde en aquella misma ciudad i en idéntico aniversario (25 de mayo de 1843), el advenimiento de la emancipacion del Plata, en aquellas inmortales estrofas *Al sol de Mayo* que concluyen con esta grandiosa e implacable maldicion digna del Dante como grito i como profecía?

....
Miradlo, sí, miradlo. No veis en el oriente
Tiñéndose los cielos con oro i arrebol?
Alzad, americanos, la coronada frente:
Ya viene a nuestro cielo el venerado sol.
El sol de los recuerdos, el sol del Chimborazo
Que nuestros viejos padres desde la tumba ven:
Aquellos que la enseña de mayo con su brazo
Clavaron victoriosos en su nevada sien.
....

Sí, Rosas, vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro
I entónces ni tus huesos la América tendrá.

XII.

¿O hai en el canto premiado de 1841 una sola imájen que pudiera acercarse a lo que Bello escribió sobre la *Zona Tórrida*, Heredia al pié del Niágara o Lozano en su apoteósis de Bolívar o el de Napoleon?

Ayer cuando era niño mi madre me contaba
La historia de tres siglos que América escribió
Contábame que un hombre (que al recordar lloraba)
Sobre un caduco cetro la independencia alzó.

¿Quién no presiente el verdadero jenio del poeta en esa sola estrofa que anuncia en la escena del Nuevo Mundo la aparicion i la obra del «Libertador»?

XIII.

Para justificar todavía mas nuestro juicio intrínseco, i sin proyectar sobre la lira del poeta laureado de Montevideo el ingrato reflejo de ajena i radiosa inspiracion, permítasenos todavía copiar otra de las estrofas de su perezoso canto premiado, porque esa estrofa es el punto culminante de su idea, es su símbolo i su carácter.

El pensamiento de Mayo
Fué una sublime esperanza
De dicha que no se alcanza
Sino en el *volcar del tiempo*,
Porque las obras humanas
Crecen entre las espinas
O truécanse luego en ruinas
Que *desbaratan los vientos.*

¿Era el doctor Gutierrez o no era poeta lírico, poeta verdadero en el vasto i gráfico sentido de este nombre i su significado?

XIV.

Pero aun en sus composiciones de jénero lijero, que se amoldaban mas a la índole peculiar de su talento, no es a nuestro juicio mas afortunado el poeta laureado, porque una de sus concepciones mas celebradas, *Los Espinillos*, escrita en el océa-

no en 1843, concluye así, hablando de un enamorado que llega a la orilla del mar, i saltando de su potro entra en una barquilla:

Porque era pez en las olas
I *leon en el rodeo:*
I nadie en *lanzar las bolas*
Ni en el manejo del remo
Le igualó.
Le vela dió al horizonte
Cantando en risueña voz:
«*Tráeme un durazno del monte*
Amarillo i abridor
I abridor.»
Era *encargo* de su bella,
Entre besos se lo dió,
«*¡No hai durazno como ella!*»
Añadió, dando un adios,
El cantor.

¿Hai poesía, hai gracia, hechizo, soltura siquiera en este juguete? ¿No hai todas las negaciones de la poesía, aun las de la imitacion de los poetas de la escuela de Melendez i de Arriaza, que el cantor tuvo en esta vez presentes sin copiarlos?

En sus *composiciones nacionales* el doctor Gutierrez es mui inferior a su compatriota i amigo Estévan Echeverría, i cuando elije temas vulgares queda a cien leguas de Ascasubi, el lejítimo payador de la Pampa.

XV.

En Chile no tuvo tampoco el doctor Gutierrez mejor estro ni mejor fortuna como poeta. I por no alargar demasiado este ensayo, vamos a reproducir únicamente una de sus composiciones mas breves pero íntegra que dice así:

A UNA COPIAPINA.

Todo es plata en Copiapó.
Habrá pueblo mas monótono!
En barra, en piña o en pella,
Siempre ese metal o lodo,
Se prende del corazon
Como de la tierra el hongo.
Solo la mujer allí
No es de plata... ni de oro,
Sino de la dulce pasta
Que llaman carne los teólogos.
Verdaderas hijas de Eva
Han heredado del *pomo*
I le han dividido en dos
Que dan latidos armónicos...
Poned el oido i dormid
A esa música, hombre estólido,
Que veta que no es de amor
Libro es que se vuelve prólogo,
I quien se envejece en leerlo
O es un *leso* o es un loco.

XVI.

El doctor Gutierrez, exímio matemático, hijo

de un contador, discípulo de un injeniero que habia hecho versos por decreto (como el doctor Vera en Chile), i empleado durante su primera juventud en una árida oficina de líneas, de números i de planos lavados al temple, no poseia indudablemente una naturaleza poética, ni siquiera una organizacion armónica i cadenciosa, como las hai en ciertos rimadores espontáneos que amoldan el verso al oido sin que por esto vibre en el aire el metal dulce o sonoro de la inspiracion.

Por este defecto de número en un hombre de números, su versificacion misma, si bien ajustada a la mecánica, como las piezas de un ensamble, no halagan el tímpano como no fascinan el entendimiento con el brillo de la forma, con la ampulosidad del ropaje, ni siquiera con el selvático i desordenado tropel de las imájenes incultas, que en los poetas verdaderos, son como un distintivo de fuego, no obstante los defectos esteriores del metro i de la forma.

XVII.

El doctor Gutierrez tenia, sin embargo, como hombre, un corazon afectuoso, una alma impresionable, i cuando se dejaba ganar por la ternura i el sentimiento, solia producir estrofas fluidas i espontáneas (cualidades estas dos últimas sumamen-

te raras en sus poesías), sin que dejen de notarse por esto de cuando en cuando los tropezones que su mal enseñada musa daba en los caminos del arte, buscando en la oscuridad el hilo roto de la inspiracion poco durable.

Mas adelante, es posible, por esto i como una cariñosa indemnizacion de la crudeza de nuestro juicio presente, que entreguemos a la publicidad en este ensayo alguna pieza doméstica del antiguo emigrado que cantó nuestro cielo i nuestros hogares siempre con estro cariñoso.

XVIII.

En el órden estrictamente lírico, tal vez lo mejor porque es lo mas poético que Gutierrez escribió en verso de cuanto de él conocemos, es su composicion a la Independencia de Chile, publicada en Valparaiso el 18 de setiembre de 1845. De ella citaremos por esto algunas estrofas en el lugar oportuno i cuando,—despues de haber dado a conocer, como creemos haberlo hecho al presente, al poeta mediocre, simple rimador por el estilo de su maestro i jefe en la oficina topográfica de Buenos Aires, el doctor Lopez Planas, autor de la cancion arjentina (tan prosaica como la de Chile),—hayamos hecho justicia al eminente crítico i escritor americano.

XIX.

Entre tanto a fin de dar remate a este tema que tal vez compromete nuestro escaso criterio, no asi nuestra imparcialidad, nos será permitido decir que los versos del ilustre decano de la literatura del Plata nos parecen casi tan mediocres como los de sus paisanos Vera i Lafinur, (que fueron en su época poetas mui celebrados en Chile), i sea dicho, ademas, en pro de su lejítima gloria de escritor en prosa, tan malos como los Cervantes.

XX.

Esto no nos privará, sin embargo, de hacer conocer mas adelante una que otra composicion ocasional del poeta laureado de Montevideo, sea que caracterizen una situacion de su vida o de las crísis múltiples i variadas porque atravesara en su carrera de peregrino; sea que las ofrezcamos en honesto beneficio de los que no participen de nuestra opinion o posean mejor gusto que el de quien jamas ha perfilado un verso en rima alguna.

I aun en anticipo de esta buena fe empeñada agregaremos al concluir este espinoso capítulo, que entre las setenta i ocho composiciones en verso que con el sencillo título de *Poesias* publicó el doctor Gutierrez en 1869, encuéntrase una que se

titula «maestro ciruela» i cuya primera estrofa, de fácil aplicacion, es la siguiente:

«Nuestro capitan Araña
Ya no quiere ser marino,
Ha tomado otro camino
Porque es mudable alimaña:
Hoi es el maestro ciruela,
Que no sabe leer i pone escuela.» (1)

IV

EN EUROPA.

I.

Mientras la distraida i hermosa capital del Uruguay sentia deslizarse dulcemente los dias de su inquietud escuchando el blando cantar de sus trovadores emigrados, desenlazábase en sus campañas el largo i sangriento problema de cuál de sus caudillos montados habria de ser definitivamente su amo i su azote.

El alevoso Oribe, presidente legal sin embargo, venia avanzando con un ejército de degolladores adiestrados cuyo lema era éste:—*Leyes, Oribe o*

(1) *Poesías de Juan María Gutierrez.*—Buenos Aires, 1869. 1 vol. 8.º de 336 pájinas.

muerte!; i despues de haber deshecho a Lavalle que habia tomado las armas para ayudar a los orientales, (secundado a su vez abiertamente por los franceses), en la célebre jornada de Quebracho Herrado, quebrantó totalmente sus reliquias en la temeraria batalla de Faimallá, librada por el jeneral unitario a las puertas de la ciudad de Tucuman (setiembre de 1841).

Fué el resultado de ese desastre que replegándose Lavalle hácia el norte fuera muerto por la bala de un montonero en las calles de Jujuy; que La-Madrid, su segundo, atravesase los nevados Andes por el oriente, refujiándose en Chile despues de horribles calamidades en los hielos; i por último, que el vil sayon de Rosas ya nombrado, hiciese clavar en la plaza de Tucuman la cabeza de su ilustre gobernador i noble cabeza de la liga del interior contra el tirano, don Marcos F. Avellaneda, padre del actual presidente de la Confederacion Arjentina.

Tuvo este holocausto lugar el 3 de octubre de 1841.

II.

Pacificado el centro, el norte i el oriente de la Confederacion Arjentina por el cuchillo, Oribe torció bridas al poniente para castigar a Rivera, no tanto como a aborrecido rival sino como alia-

do del salvaje unitario Lavalle, i para quitarle del pecho la banda de que se decia despojado.

Encontráronse los dos ejércitos a orillas de un estero en la provincia de Entre-Rios, llamado *Arroyo Grande*, el 6 de diciembre de 1842, i despues de espantosa carnicería fueron barridos por la metralla los escuadrones orientales, i obligado Rivera a repasar el Uruguay con un puñado de jinetes fujitivos i descorazonados.

A la matanza del cañon siguióse la del puñal despues de la derrota. En Quebracho hondo i en Faimallá, Oribe se habia contentado con segar a cuchillo la flor del ejército unitario. Pero en el *Arroyo Grande* no se dió el trabajo de elejir ni de entresacar como en el corral de encierra: hizo degollar en una sola tarde 556 jefes i soldados orientales, i pasó adelante... Era esto lo que aquella fiera domesticada en jaula de oro (porque hemos dicho ya que Oribe no era gaucho sino patricio de Montevideo) llamaba ejecutar cautivos «en la forma ordinaria.» I tenia en ello razon porque la cuchilla del gaucho es mucho mas espedita que todo otro jénero de esterminio. El ejecutor, puesto tras de la víctima, hiende su rodilla derecha en la cintura i cojiendo su cabellera, cual la crin del potro, en la mano izquierda, derríbalo hácia atras i de costado, de modo que la nuez de la garganta quede desnuda, i allá va de un solo

tajo la cabeza. Así un carnicero de oficio puede despachar cien prisioneros por hora,—«en la forma ordinaria»—i de aquellos traíalos por cuadrillas el satélite de Rosas.

En otra parte hemos observado que «el ramo municipal de carnes muertas» se llamaba en aquellos tiempos en todo el ámbito de las provincias arjentinas *el ramo de degolladeras.* De todas maneras era mucho mas breve el despacho del bípedo-hombre que del cuadrúpedo-novillo, porque este tiene astas i patea. El mono cuadrumano de las selvas limítrofes, que tiene sus mandíbulas pobladas de agudos incisivos, es todavía mas resistente al cuchillo que el ser de alma inmortal maniatado por el laque....

Entre tanto, estando al testimonio verídico del secretario del jeneralísimo de los salvajes unitarios, don Félix Frias, no hizo ejecutar aquel noble caudillo durante sus desastrosas campañas mas de diez reos; i éstos, en su mayor número, fuéron de su propio ejército por desertores o por crueles. (1)

III.

Sabian entre tanto, Oribe i sus lugar tenientes de a caballo, que lo único que agradaba a Rosas era

(1) Félix Frias. La gloria del tirano Rosas.

contar el número de cabezas asi despachadas «en la forma ordinaria», i por esto aquellos malvados, mataban, mataban i mataban. No conocian otra lei de la guerra que la lei del cuchillo. Urquiza, oscuro entónces, ansiaba distinguirse i entrar en la gracia del tirano, despues de las torpezas de su predecesor Echagüe, gobernador de Entre-Rios, que segun su vencedor, el ilustre Paz, no era cruel sino vil. Para conseguir su objeto de un solo golpe, Urquiza, invadiendo el Uruguay despues de Oribe, i para sostenerle en el asedio de Montevideo, dobló la parada de éste en el Arroyo Grande, i despues de la batalla de la India Muerta en que salió vencedor (marzo 28 de 1845), hizo fusilar novecientos prisioneros. Urquiza no se equivocó en su cálculo. Fué el hombre que mas alto levantó Rosas, i por eso, cuando el tirano ya viejo i obeso descuidóse, el gaucho entreriano jóven i brioso todavía, echólo de su guarida a caballazos

IV.

Cuájase sola la sangre en las venas al leer en detalle la marcha de aquellos dos vándalos, Oribe i Urquiza, hácia Montevideo despues de sus victorias. «Preguntado, dice un libro de historia local de Montevideo, el teniente del 1.º de línea don Pedro Toses, escapado del ejército de Oribe algunos

dias despues del desastre de Arroyo Grande, preguntado «¿qué siguió despues de esta espantosa matanza hasta su evasion y eómo se verifieó esta? Dijo: que lo que pasó el enemigo a este lado del Uruguay, *degollaron* en la plaza del Salto a un estranjero llamado Ferrer, casado de poeos dias, euya familia, que estaba a media euadra de la ejecueion, lloraba a gritos: despues *degollaron* dos ofieiales de caballería que tomaron del ejéreito del Señor Presidente Rivera, saquearon las casas de éstos i violaron sus familias. Que el ejéreito siguió su marelia hasta el Arroyo Grande (lugar distinto del de Entre-Rios y que lleva el mismo nombre en la Banda Oriental), estaneias del Presidente Rivera: que allí ordenó Oribe que se ineendiasen las casas i earneasen (el ganado) a disereeion: que en las Averias, *degollaron* siete chinas prisioneras, tomadas allí perteneeientes al mismo ejéreito del jeneral Rivera: en el Rio Negro, fueron *degollados* dos eorrentinos de doce que estaban prisioneros i desertaron: que en el Yi, empezó a picar la desercion en el batallon Rineon, compuesto en su mayor parte de correntinos, y en venganza los del batallon Maza *degollaron* a los correntinos que traian: en el paso de Villas Rosas, en el mismo Yi, trajeron un jóven que dijeron ser mayor del ejército Nacional, y lo *degollaron*, en Canelo Grande; en una fuerte guerrilla con la

fuerza del jeneral Medina, cayeron seis soldados prisioneros y fueron *degollados* y lo fué tambien un vecino de aquellos parajes, frances de nacion, en cuya casa paró el jeneral Medina, al que mató el mismo Oribe de dos puñaladas por no haber avisado el huésped que habia tenido: que llegado el ejército enemigo a Mazoña, se presentó un canario quejándose de que los soldados de la infantería le habian destruido una siembra de sandias y porque agregó que las tropas de la plaza no hacian tanto daño Oribe se irritó y lo mató con su mano.» (1)

En este itinerario de matanza que abarca apénas dos o tres jornadas, la palabra *degüellos* ocurre ocho veces. Esa era la «forma ordinaria» i no hai por tanto por que aterrarse ni estrañarlo.

V.

En alas del viento habia llegado entre tanto a Montevideo el 12 de diciembre de 1842, la noticia de la derrota del 6 i de la marcha triunfal de Oribe, que cual onza cebada en disperso rebaño, volvia otra vez a su vieja guarida.

I fué entónces, desde ese propio dia, cuando comenzó la epopeya americana, cuya accion se ha dilatado durante nueve años i que ha pasado ya a

(1) Recuerdos del sitio de Montevideo, vol. I.

la historia eon el nombre de «Sitio de Montevideo.»

Hallábase por fortuna a la eabeza de los emigrados arjentinos el jeneral Paz, i euando euatroeientos de sus eompatriotas se presentaron a la puerta de su alojamiento a pedirle salvara la ciudad que era su último albergue, contestó estas palabras que fueron una profeeía militar.—«Si Oribe me da quinee dias, no toma la plaza.»

Oribe le dió dos meses, i la plaza nunca fué tomada.

VI.

El doctor Gutierrez partieipó naturalmente con su persona i con su influeneia de emigrado en aquellas supremas resolueiones. No era hombre de armas tomar eomo Paz i como Mitre, pero sabia mover en el patriota i en el soldado los resortes que convierten las armas en instrumento de salvacion i de victoria, i a esto limitó su aeceion durante los primeros meses del sitio, al cual en su calidad de escritor eooperara. Desde 1841 habia publicado en efeeto, junto con el fogoso e implacable Rivera Indarte, el autor de las *Tablas de sangre* de la dictadura de Rosas, un periódieo de ocasion titulado el *Tirteo*, para infundir el entusiasmo de la resistencia; i otra hoja con el título de *Muera Rosas!* para conservar caliente el odio al tirano.

En esta publicacion eooperaron con Gutierrez, Alberdi, su amigo inseparable i mas antiguo, el poeta Echeverría, Cané, i entre otros, un eapitan de artillería que era apénas un maneebo de veinte años i mandaba una de las baterías de la defensa; ese artillero escritor era don Bartolomé Mitre, mas tarde presidente de la Repúbliea Arjentina i autor de la vida de Belgrano, libro que vale bien un «período constitueional.»

Gutierrez, eon la aetividad de espíritu que le earaeterizó hasta pocos minutos antes de su fin, fundó tambien en Montevideo, en coloboracion eon Alberdi, Mitre, Cané, Frias, Echeverría, los dos ilustres Varela, Tejedor i el distinguido bibliófilo i literato oriental don Andres Lamas, el periódieo de propaganda polítiea i literaria titulado *El Iniciador*, i dando camino a sus empresas de eoleetor i de erítico que en breve haria salir de las prensas de Chile la primera ofrenda digna de ellas en el arte literario i tipográfico, la *América Poética*, comenzó a publicar en Montevideo una recopilaeion de versos eseojidos eon el título de *Poetas del Rio de la Plata.*

Debió el doctor Gutierrez a estas labores que eran verdaderamente de su eseuela i de su índole, el honor de que, euando a los primeros disparos del asedio, en abril de 1843, se fundara por los Varela i por Lamas el *Instituto Histórico* de Montevideo,

fuese designado como uno de los miembros fundadores, propuesto en una terna que por sí sola era una alta honra: sus dos compañeros de inscripcion prévia fueron San Martin i Rivadavia.

VII.

Militarizada la defensa de Montevideo, el doctor Gutierrez no tenia ya campo en que ejercitar sus facultades puramente literarias, i, en consecuencia, reuniendo algunos pobres recursos dirijióse a Europa en compañía de su jemelo Alberdi, embarcándose por el mes de abril en un bergantin de comercio llamado *Eden*, que lo condujo a uno de los puertos de Francia.

VIII.

Para entretener las horas de larga i monótona navegacion, escribió Gutierrez, al vaiven de las olas, muchas composiciones en verso, algunas de las cuales rejistra su libro de *Poesías* con el título *Deseo*, *Domingo*, *El Ave en el Mar* i otras que no creemos sean mejores muestras de su inspiracion poética que las que ya hemos recordado, i de las cuales queremos solo reproducir este fragmento escrito en el mar el domingo 23 de noviembre de 1843.

Entre las flores del Eden perdido
Pusiste al hombre, tu postrer hechura,

I en sus curvos anillos escondido
Al primer seductor de la hermosura.
I viendo que era bueno
Cuanto la mente creó, sublime gozo
Iluminó tu faz, llenó tu seno, etc.

Pero sin el propósito de insistir mas largamente en esta tarea crítica, que no nos es simpática, vamos a aducir aquí, todavía, una prueba que nos parece palmaria de que el doctor Gutierrez nunca fué poeta en el sentido propio, amplio i espontáneo de esta palabra i de su significacion moral e intelectual.

Con motivo de su viaje en el *Eden*, el doctor Alberdi, uno de los mas eminentes publicistas de la América española, pero tan escaso poeta como cualquiera otro ilustre prosista de nuestro continente, borroneó a bordo una especie de poema «en prosa» al cual dió el nombre del equipaje que lo conducia a lejanas playas.

Pues bien, el doctor Gutierrez, emprendió verter en verso, es decir, hacer poesía, el pensamiento i la prosa de su amigo, i en este solo rasgo, a nuestro humilde entender, comprobó el literato arjentino que no era ni podia ser poeta, sino un simple versificador. Un poeta verdadero quebraria mil plumas ántes de acometer la paráfrasis del pensamiento ajeno, vertido en llano estilo: porque la inspiracion propia así encadenada i formando un

solo tomo con el diccionario, la gramática i la rima, moriria sofoeada o estallaria dentro de sí misma, eomo una eneuadernaeion cuyas costuras hubiesen sido forzadas por inesperto obrero.

Comprendemos sin difieultad que un poeta se haga traductor de otro poeta, porque queda todavía libre el eampo de las formas, de las imájenes i del método. Pero «versifiear un poema en prosa» paréeenos, si la palabra no es desmentida, un verdadero «poetieidio.»

I así con ese título—«*Fragmentos del Eden, poema versificado en el mar*», ha publicado el doetor Gutierrez su ingrato trabajo, dividido en varios cuadros, que se titulan *La Partida,—La Tempestad,—Despues de la tormenta,—Nuevos climas,—El bautismo de la Línea,—El Ecuador,—El Mar es el Parnaso de la musa moderna,* i—*La Navegacion*, todos los euales son indudablemente temas mas o ménos prosaicos i tratados mas o ménos prosaieamente.

Para justifiear lo último que deeimos no queremos eitar sino un fragmento de este *poema*, que es el primero que eae bajo nuestra mirada al abrir el libro, a propósito del *bautizo en la Línea*, (páj. 240)

El capitan entre tanto
Mui calladita la boca
Al Dios Colector exhibe
La lista de *cuanta cosa*
Lleva de figura humana,

En la nave que custodia.
I el Dios que conoce a todo
El que ha pasado sus postas,
A los transeuntes novicios
Infantes, viejos o mozas,
La contribucion impone
I sus ministros la cobran.

IX.

Uno de los fragmentos del *poema versificado* del doctor Gutierrez, contiene sin embargo una idea peregrina i verdaderamente poética; pero que a nuestro entender es falsa en el fondo, cuando insinua que «el mar es el Parnaso de la moderna musa.»

Es cierto que la mayor parte de los poetas arjentinos i especialmente Echeverría i Mármol, que son tal vez, no solo los dos mas populares bardos, sino los dos verdaderos poetas del Plata, han cantado el mar, i el último estensamente en su poema *El Peregrino*, compuesto cuando en 1844 intentó pasar a Chile por el cabo de Hornos, cuyas borrascas le rechazaron. Pero eso es porque los poetas del Plata han nacido como las gaviotas a la orilla del mar i es fuerza canten a su elemento. El mar no tiene por que ser hoi un tema poético distinto de lo que ha sido desde la creacion, i tal vez mas exacto seria decir que lo que ha hecho poetas por fuerza a la mayor parte de los escritores arjentinos, no ha sido Neptuno sino

Rosas, que los lanzó en frájiles quillas a todos los vientos i a todas las olas.

Tambien el ánjel divino
Con inspiracion nos habla
De Dios, i escribe su nombre
Sobre mares i borrascas...
....
Yo comparé con los mares
La inmensidad de sus alas,
I son como las del cóndor
Al lado de la torcaza. (1)

X.

En cuanto a los viajes del doctor Gutierrez por Europa conocemos mui poco fuera de lo que dice su biógrafo señor Zinny en este breve renglon. «El señor Gutierrez visitó casi toda la Italia, parte de Suiza i de Francia.»

Parécenos, sin embargo, por esto i por las fechas esparcidas en su libro de *Poesías*, que aquel viaje fué una simple escursion de literato pobre i de peregrino político, porque habiendo salido de Montevideo en abril de 1843, existen composiciones datadas en noviembre de ese mismo año en el golfo de Gascuña, en el viaje de regreso, i otros en la *Lagoa dos Patos* (Brasil) en 1844.

Parece, en efecto, que el doctor Gutierrez pasó

(1) *Fragmento del Eden.* «El mar es el Parnaso de la Musa Moderna.»

la mayor parte de este último año en aquel imperio, porque mas tarde publicó un estudio sobre la *colonia de San Leopoldo* en la provincia del Rio Grande del Sur en el Brasil, i aun existe una composicion *Al autor del Peregrino* datada en Rio Janeiro el 14 de enero de 1845.

Guiados por esta escasa luz, creemos que el doctor Gutierrez o se embarcó en ese puerto para Chile en ese mes o poco mas tarde. Pero lo que nos parece evidente es que no vino «por la Pampa», como apunta el biógrafo que acabamos de citar, porque si tal hubiese hecho el redactor del *Tirteo* i *Muera Rosas!* es posible que hubiera podido llegar únicamente su cabeza envuelta en un gangocho hasta la antesala de Ibarra o el fraile Aldao, o bien acondicionada en un cajon con aserrin como la de Acha i Avellaneda, quedando su cuerpo en el otro lado de los Andes, para señuelo de la Mashorca, como los cadáveres de los Maza, padre e hijo, en Buenos Aires.

V

EN CHILE.

I.

Hemos ya referido que el doctor Gutierrez se

encontraba en enero de 1845 de regreso de Europa en la ciudad de Rio Janeiro.

En setiembre de ese mismo año le hallamos en Valparaiso, i no ha podido venir sino por mar, ese elemento vario i bullicioso, infinito i dulce, del que suelen vivir enamorados no solo los poetas i los pescadores, sino los matemáticos i los nautas.

¿De cuál jénero era el entusiasmo del doctor Gutierrez por el océano?

No sabriamos decirlo. Pero la primera vez que encontramos su nombre en Chile, es como autor de un testo de *Jeometría elemental* i en seguida de un trabajo didáctico titulado *El Lector Americano*.

El vate laureado de Montevideo ha colgado su desacorde lira, i solo se ocupa de dar lecciones de matemáticas, de ciencias físicas, de náutica a los alumnos de la Escuela naval que existe a bordo de la *Chile*, fragata convertida en ponton casi ántes de haber sido buque.

El literato, el sabio i el crítico arjentino está ahora en su verdadero elemento.

Ha llegado un poco tarde para tomar parte en la lid literaria a que la viva i petulante fantasía de sus compatriotas ha provocado a la perezosa pero por lo mismo mas sólida literatura nacional, i en esto ha tenido fortuna, porque en lugar de hojas de polémicas que el remolino de la vanidad se lleva, nos ha dejado otras de mas duradero mé-

rito. No es por esto del todo exacto, como la afirma el señor Lastarria en sus interesantes *Recuerdos literarios*, que Gutierrez ni aun Alberdi cooperaron como emigrados arjentinos a la *Revista de Valparaiso* fundada en esta cidad en febrero de 1842 por don Vicente Fidel Reyes. En 1842 Alberdi i Gutierrez se hallaban en Montevideo, en 1843 en Europa, en 1844 en el Brasil. I ya hemos dicho del último que solo llegó a Chile a principios de 1845. La mente del sabio profesor chileno ha sido decir que los dos literatos arjentinos cooperaron en la ausencia, i esto es positivo.

El doctor Gutierrez no alcanzó, en consecuencia, a hacerse cómplice de la singular humorada que por aquellos años tuvo Sarmiento para solicitar el destierro de don Andres Bello a título del mal que su cultura hacia a la libertad, a la naturalidad i, si es posible decirlo con esta palabra simpática i unitaria, al *salvajismo* de las letras. Era ésa la época curiosa i embrionaria en que el jenio indisputable de Sarmiento, alumbraba por intermitencias, como los faros modernos, i en cuyos dias hasta el jeneral La-Madrid, con su cabeza remendada por un casco de plata (segun decian), metióse a literato i a hacer pan de Mallorca, precursor del «de la jente.» El pan del jeneral era esquisito, pero su prosa es *carne con cuero* que todavía no ha pasado por el fuego....

II.

Miéntras chilenos i arjentinos batíanse de esa suerte por la supremacía de las letras, como hoi luchan por la de las estepas, el gobierno tuvo el buen sentido de aprovechar las especialidades de aquellos hombres, tan desgraciados como distinguidos: i así, miéntras el señor Montt confiaba a Sarmiento la fundacion i direccion de la Escuela Normal, a título de antíguo preceptor en los Andes, el jeneral Aldunate, a la sazon ministro de marina, nombraba al doctor Gutierrez, en virtud de sus elevadas recomendaciones como injeniero, director de la Escuela Naval de Valparaiso.

Principalmente para el uso de sus alumnos compuso el director i profesor de aquel importante establecimiento los dos testos didácticos que ya hemos recordado, porque el poeta se habia convertido en profesor i el antiguo i fogoso diarista en sesudo crítico. Su viaje, si bien rápido, fructífero, por Europa i otros paises, habia sin duda influido, no ménos que la lejania del foco ardiente de los dolores i de las pasiones de su suelo, en imprimir aquel nuevo jiro a su de suyo bien templado espíritu.

Puede decirse, a la verdad, que el doctor Gutierrez comenzó a ser literato en el destierro, es decir, en Chile donde vivió cerca de ocho años

trabajando pacientemente i produciendo los frutos sazonados de los entendimientos que, enseñando a otros, cultívanse a si propios, como el acero que se afina con el contacto de la dura piedra que su filo pule.

III.

Fruto de esta nueva tendencia de la edad madura del escritor arjentino fué la obra literaria i tipográfica mas popular, mas celebrada i mas interesante que hasta esa época hubieran producido nuestras prensas. Al decir esto no necesitamos agregar que esa obra fué la *América Poética*, labor esclusiva del doctor Gutierrez, (publicada por la imprenta del *Mercurio*, que todavía conserva su superioridad industrial en el país), cn trece entregas que fueron cntregadas al público desde febrero de 1846 a junio de 1847.

A fin de dar una idea de la solícita consagracion, empeño intenso i esmero cuidadoso, de este trabajo, nos bastará decir, que recibiendo un infatigable compilador el salario de un simple jornalero, coleccionó, clasificó i dió a la estampa las poesías escojidas de cincuenta i tres autores, rejistrando en su libro 455 composiciones con 54,500 versos.

La edicion de la *América Poética* que lleva el nombre del señor Cortés, hecha treinta años mas

tarde, no es sino una ampliacion de aquélla, en la cual sus editores franceses, los señores Rosa i Bouret, metieron el cuchillo de la poda no como anatómicos sino como judios, destrozando a su sabor i economía las vastas colecciones del paciente i jóven compilador.

IV.

La *América Poética* fué recibida en todos los paises de América con aplauso unánime. En Chile abrió a su autor las puertas de la Universidad i en el Plata, donde tronaba todavía el cañon, se espresaba de esta suerte su ilustre compatriota, el poeta Echeverría, cuya prosa, por la muestra, era bien pobre:

«El señor GUTIERREZ es el primero que ha llevado entre nosotros a la crítica literaria el buen gusto que nace del sentimiento de lo bello i del conocimiento de las buenas doctrinas.... Hoi en Chile, en los ratos que le dejan *desocupados* árduas tareas de enseñanza, se *ocupa* de hacer una publicacion con el título de *América Poética*, donde todos los vates americanos se darán por primera vez la mano i fraternizaran por la inspiracion i el sentimiento entrañable del amor a la patria.» (1)

(1) *Echeverría.*—«Dogma de mayo, citado por Zinny.»

V.

El esceso de trabajo, i tal vez el esceso del placer, porque ya hemos dicho cuán por parejo amaba el profesor de matemática los libros del mar i sus sirenas.... dañaron su salud al punto que hubo de necesitar el confortativo de climas mas benignos i restauradores.

Con este objeto embarcóse el doctor Gutierrez para Lima en los primeros dias de 1848, i despues de cerca de tres años de asiduos trabajos. Fué en esa ocasion cuando escribió el fragmento de una carta, que en otro lugar citamos, i en el cual habla por la primera vez de la posibilidad de su muerte, (febrero 13 de 1848).

Pero alentado siempre por su espíritu emprendedor i laborioso, se confortaba a sí mismo en aquella ocasion i se preparaba en la convalescencia a las nuevas fatigas que impone al hombre la salud robusta, o su antítesis, que es la pobreza. «A veces me asalta la esperanza, decia a su amigo Sarratea en esa misma carta citada, de restablecerme para empezar de nuevo a luchar con la miseria i con las obligaciones que impone la vida.»

VI.

Tuvo el inválido del trabajo una rara alegria en Lima, la de estrechar la mano de un hombre

al que tal vez no conocia sino por su constancia, sus letras singulares i su turbulento heroismo político; pero que era en todo el reverso de su naturaleza delicada, metódica i espiritual.—«Pasa en el vapor para Chile de regreso de Europa, (decia el doctor Gutierrez en esa ocasion a un amigo), don Domingo Faustino Sarmiento. No necesito decirle que lo busque, que lo festeje porque no hai distincion que no se merezca esa alma noble, esa bella cabeza, ese constante soldado de las buenas ideas.»

VII.

Hemos dicho en otras ocasiones que el doctor Gutierrez tenia una alma sensible, esta fuente rica de llanto, pero cuyas lágrimas son la nutricion mas sana i mas dulce de las intelijencias cultivadas. De aquí sus amistades limpias como la lealtad, duraderas tanto cuanto dura el soplo de la vida.

Habia descendido por esa época, i en su ausencia, a temprana tumba una beldad arjentina (1) que cual tierna planta mudada fuera de estacion, sucumbió en Valparaiso ántes de romper en su seno el capuz de la vida. «No tengo valor para es-

(1) La señorita Elisa La Marca i Coronel, fallecida a la edad de 15 años.

eribir a L.... decia el amigo del desventurado padre. He seguido con lágrimas en los ojos cl vuelo háeia el eielo del ánjel dc sus cntrañas.»

I volviendo despues a sus penas propias de solteron i de emigrado, añadia:—«Pucdo soportar el vaeio dcl eelibato pero no la viudez de la amistad.»

«Yo no ereo en la amistad, volvia a deeir mas adelante, soltando la brida a su jenio retozon, sino euando es exijente, i tengo gusto en sufrir algun mal que me venga por ella. Esta cstraña lójica la he aprendido en la naturaleza. Cuando uno ama entrañablemente a una mujer, todo nuestro eonato, toda nuestra felicidad, la mayor prueba de pasion que le damos ¿eual és?...» I aquí el voluptuoso emigrado hacia uso de una frase que de bucna gana habria querido plajiarla, para earacterizar sus derrotas, su ilustre paisano el jeneral La-Madrid... Ni el *Chacho* mismo la habria desdeñado por espresiva i por exacta: tan cierto es lo que un arjentino ha dieho, quc bajo de la solapa del frae, llevado en sus ciudades, está el ehiripá del gaueho, como tras del ruso el tártaro, i tras del chileno el *huaso.*

VIII.

A pesar de sus ponderados ayunos i frugalidades, el literato enfcrmo no reeobró muehas fuerzas en la pláeida ciudad del Rimae, i despues de uno o

dos meses de residencia en el Perú vino a buscar mejor aire en el valle de Copiapó.

La ciudad de los Reyes, dominada entónces por la bota i la espuela del mariscal Castilla, no le habia hecho una impresion favorable, i al contrario habian nacido para su espíritu preocupaciones fúnebres sobre su vida. «Si es cierto, escribia el 13 de febrero de 1848, fecha que debemos encomendar a la memoria para encontrar mas tarde una singular coincidencia del presentimiento, si es cierto que venimos a este mundo para prepararnos por el sufrimiento a otra vida mejor, es de esperar que los que padecemos enfermedades vivamos ochenta años para que se prolonguen nuestras penas. Quédenos pues el consuelo de que nos entierren chocheando i *de ir vestidos i calzados* a la vida eterna i perdurable.»

Esto testualmente escribia Gutierrez, enfermo i emigrado en Lima a su amigo de mayor intimidad en Chile, don Mariano E. de Sarratea, el 13 de febrero del año recordado; i en seguida, imprimiendo a su ánimo el jiro lijero, espiritual i burlon que entra como uno de los constituyentes mas esenciales de la naturaleza volteriana del crítico arjentino, añade completando él mismo su interrumpida frase en aquella propia epístola:—«Estoi cierto que Félix Frias estará por esta doctrina que someto sin restriccion a su exámen. Si está

por la afirmativa que se ponga de pié i déle un tironeito en el naricísimo infinito que Dios le ha dado»...

IX.

No eobró el displieente literato afieion a la eiudad de Copiapó «donde no se respira sino polvo i aburrimiento», i fuese a vivir al interior, en el lugar llamado la Puerta, donde un paisano suyo del apellido riojano de Oeampo tenia una posada. Era aquella époea la de mayor auje para Copiapó, eonvertido otra vez, por los erestones de la Buena Esperanza, en un nuevo Potosí. ¿Sintióse por ventura el doetor Gutierrez ajitado allí por una pasion para la eual su alma templada por su intelijeneia no habia naeido—por la eodieia? No lo sabemos ni lo ereemos. Pero en una earta eserita a su eonfidente de Valparaiso desde la Puerta el 19 de abril de 1848, dejaba eseapar eomo distraido estas palabras. «¡Qué buen país para disponer en él de 20,000 pesos! ¡Era eosa de irse a las nubes en poquísimo tiempo!»—Compensemos esta eselamaeion eon un tierno encargo de aquel buen eorazon. No sabemos eómo el viajero enfermo habia logrado eeonomizar seis onzas en Lima. Pues bien. Ese dinero lo enviaba íntegro a su aneiana madre en Buenos Aires, pobre i dulee mujer a la que el noble hijo amó eon indecible ternura hasta su fa-

llecimiento ocurrido en una avanzada edad, si es que no le ha sobrevivido.

X.

Ignoramos cuanto tiempo tardó el director de la Escuela Naval de Valparaiso en recobrar el vigor de sus lacerados músculos. Pero consta de su correspondencia íntima que a fines de aquel mismo año de 1848, se habia separado voluntariamente de su destino i se habia ido a vivir a un solitario suburbio de Santiago, es decir, a Yungay, al lado de Sarmiento que allí tenia una vasta, si bien no hermosa ni umbria quinta, convertida hoi en cervezcria i prosaicos alambiques.

El doctor Gutierrez llegó a Santiago el 15 de diciembre de 1848, llevando en sus rodillas la pesada mole de un compañero de viaje, cuyo birlocho quedó desarbolado en el camino. Narra esta aventura el chasqueado viajero con su salada gracia epistolar, nunca desmentida, asi como sus afanes para encontrar al carretero que le llevaba su equipaje i cuyo nombre i señas conocia tanto como el color de sus bueyes o el largo de su picana. Esas eran las únicas peripecias de la vida del viandante en esa época, es decir, cuando hace veinte años, era empresa de ir en una semana del puerto a la ciudad, llevando sus trastos a cuestas, como

fué dura lei de necesidad para el casi menesteroso pero probo doctor Gutierrez.

XI.

Comienza aquí un período de la vida del emigrado arjentino que debió ser de espinas escondidas para su alma: la de la política militante en suelo estraño. No habia sido organizado aquel hombre bueno, travieso, impresionable, leal i apasionado, para los artificios i perfidias que constituyen en nuestras mal organizadas sociedades americanas, herederas juntamente de la colonia española i del butalmapu indíjena, el fondo del embuste que se llama política; i mucho ménos lo habia sido para servirle de dócil instrumento en tierra apartada de su hogar. Pero el aguijon de los menesteres de la vida se hacia sentir en la carne, i era fuerza someterse.—«Cada dia me convenzo mas de que por *necesidad*, escribia con su acostumbrada injenuidad a un amigo íntimo, puede tomar el estranjero parte activa aquí en los negocios públicos.»

Tenia esta revelacion, dolorosa pero exacta, fecha de 15 de diciembre de 1848, i para que se vea de manifiesto cuán poco penetraba el noble emigrado en los adentros de una ciencia que no comprendia, agregaba, confundiendo el sopor de la estacion, de los calores de las trillas i de la siesta

con el de los ánimos i de las pasiones, esta caracterizacion evidentemente equivocada de la actualidad de los partidos: «Aquí todo es muerte i sueño, decia en vísperas del desarme tradicional de vacaciones, cuando Chile se vuelve una inmensa sandía i los chilenos se conviertan en pepas i en cereales; Montt indudablemente quiere oponerse al actual ministerio (Vial). Pero si este deseo se convierte en hechos será de aqui a muchos meses, lentamente, con puntos i comas i con mucha comodidad.»

El filósofo i jeómetra arjentino se engañaba: la única ocupacion que en Chile no tiene feriado, es la de las candidaturas.

XII.

El literato arjentino, forzado por la áspera mano de «la necesidad» a hacer política en Chile, estaba a la verdad tan singularmente equivocado que tres meses despues hallábase él mismo en plena campaña en la recien fundada *Tribuna,* de que fué redactor literario mas que político. En esto llevaba la mano levantada Sarmiento, su compañero de vivienda, de trajin i de salario. Fué entónces tambien cuando nosotros contrajimos para con el ilustre crítico el vínculo de simpatía i agradecimiento que hoi nos dicta, despues de treinta años, estas reminiscencias cariñosas.

Holgábase mas el forzado redactor, ántes que de su asistencia diaria a la imprenta de *La Tribuna*, situada en una vetusta casa (la casa de las Azagras) en el ángulo de las calles de Huérfanos i del Estado, escapándose hácia el campo, fuera a las haciendas vecinas i hospitalarias, fuera a algun pueblo pastoril i abundoso en sabrosas frutas i en hermosas Evas. Casi no hai epístola de la vejez en que el antiguo emigrado no recuerde estas escursiones, esas charlas i alegres escapadas ya fuera a Payne, *(lo de Águila)* ya a Purutum, ya a Quillota. Habia inventado Gutierrez hasta una espresion peculiar para recordar sus aventuras de este jénero, que él condensaba con el verbo *purutunear*, derivado de Purutum i sus placeres. «¡Oh Purutum! esclamaba todavía con la retozona alegria de un niño, cuando las canas albeaban como penacho sobre su ancha frente. ¡Oh procesion del Pelícano!» —«I a propósito, esclamaba en seguida como para sazonar mejor sus recuerdos, ¿todavía hai de esas barbaridades en esos pagos? ¿Todavía se lleva entre soldados de la guarnicion el cuerpo del Salvador dentro de aquel pajarraco?»

Sí, señor: todavía.

XIV.

La residencia favorita de verano del voluble emigrado arjentino era, sin embargo, la pintores-

ca hacienda de lo de Águila, este romántico Palermo chileno, perdido entre alamedas de sauces i pataguas a orillas del cristalino Payne, un Paraná en miniatura por sus clarísimas aguas, sus vegas i sus naranjales.

«El doctor Gutierrez era íntimo nuestro, nos escribe todavía la amable castellana del lugar, recordando complaciente aquellos años. Vivió con nosotros en Águila varias veces. Su trato íntimo era lleno de amabilidad i chiste. Pero solo conservo de él unos versos que me dedicó con motivo de la muerte de un hijito que perdí estando él con nosotros.»

XV.

Los versos a que alude la carta de que copiamos las líneas anteriores han sido publicados, i forman ciertamente una de las composiciones mas bellas de la pluma del literato arjentino. Cada vez que se dejaba conmover por su impresionable i benévola naturaleza, Gutierrez se acercaba a la fuente de la verdadera poesía, como en estos versos que dicen así:

«Anjel de mi cariño,
¿A donde alzaste el vuelo?
¿No hallabas en mi seno
Suficiente calor?
¿No era bastante dulce
Mi maternal mirada,

No eran bastante blandas
Las voces de mi amor?
¿Por qué volaste al cielo
Delicia de mi vida,
Aurora de mis dias,
Gracioso serafin?
Tengo vacía el alma,
I tengo frio el pecho,
Desde que no te veo
Sonriendo junto a mí.
Al cuello me hacen falta
Tus tiernas manecitas,
Tu inocente caricia
I tu mirada azul:
Te busco entre las flores
Te busco en las estrellas;
Pero ¡ai! que no se encuentra
Ninguna como tú.

Las flores dan fragancia,
Dan lumbre los luceros;
Pero tus dulces besos,
¿Qué labios los darán?
Tus labios que me hablaban
En esa santa lengua
Que sola yo entendiera
I nadie me habla ya.

Díme, en la noche triste
Cuando la luna alumbra,
I mi mirada enturbian
Las lágrimas por tí;
¿Por qué no te transformas
En aire o en perfume
O en gotas de una nube
I llegas hasta mí?

¡Con cuánto amor mi pecho
Se abriera a recibirte! (1)
Un mundo de deleite
Te hiciera yo gozar:
Tal vez *olvidarias*
Ese cielo en que, ingrato,
Olvidas tú mi llanto,
Mi constante penar...

---

(1) El doctor Gutierrez publicó esta composicion, con algunas variantes de poca monta, bajo el título de *Quejas de una madre.* En el orijinal dice con ménos propiedad *Deseos de una madre.*

Nadie negará que hasta esta estrofa la composicion es tierna, sensible, natural i feliz. Pero la conclusion es deplorable, como sucede con frecuencia cuando la liviana inspiracion se agota i el artificio burdo i mal traido entra a reemplazarla. Juzgue el lector si este juicio es exajerado leyendo los versos de las dos últimas estrofas que completan la composicion.

Empeñados en exhibir lentamente todas las producciones poéticas del doctor Gutierrez sin tomar en cuenta su mérito o su pobreza, hemos solicitado tambien una de sus últimas composiciones dedicada en Buenos Aires a una interesante i espiritual señora que visitó aquella ciudad en 1875. Pero la delicada i justiciera respuesta de nuestra amiga coincide con nuestro propio juicio, o mas bien, con nuestro presentimiento.—«He buscado los versos del doctor Gutierrez que U. me pide, nos escribe el 20 de mayo la intelijente señora, a cuyo nombre está inscrito este estudio; pero no me ha sido posible encontrarlos. Yo no los haia trasladado a mi álbum porque nunca me entusiasmaron, i las personas a quienes se los mostré me dijieron que no estaban a la altura de su autor.» I luego para disculpar al vate a costa de su propia hermosura la dama aludida añade:—«La inspiracion, amigo, lo hacen nacer los cabellos rubios, no *les cheveux gris*... Creo, pues, que U. nada pierde con no tener esos versos pálidos i descoloridos como fruta de invierno.»

Mas nó, no vengas, hijo,
En el mundo hai espinas,
Las almas son mui frias,
Inconstante el amor:
Queda con tus iguales
En ese eterno dia,
En esa eterna vida
Glorificando a Dios.»

Estos versos que en su libro *Poesías*, el doctor Gutierrez fecha en *Águila* verano de 1849, tienen en el orijinal esta fecha:—Águila, febrero 15 de 1849.

Las impresiones de aquellos dias de quietud i de bonanza resonaban todavia en el corazon del viejo espatriado casi sobre las almohadas en que espiró. «¿Qué le parece a U. Santiago? escribia a su amigo Von Gülich, tres semanas ántes de morir. Yo he pasado en ella dias mui felices de mi juventud, i tengo de su sociedad mui dulces recuerdos. Las casas de campo de Chile son mansiones encantadas en donde se goza cuanto puede hacer grata la existencia.»

XVI.

Evidentemente, luchando el doctor Gutierrez en la arena política de Chile, se ajitaba lastimosamente fuera de su elemento natural i se dañaba, como el gladiador alquilado del circo romano. Su campo era el estudio, el cultivo literario, la pro-

duccion tranquila que iba acopiando en su entendimiento como en troje de rica i sazonada miés para mas tarde.

Así, apénas tuvo un respiro, escapóse del suelo candente i convulsionado que ampollaba sus plantas, i dirijióse casi como fujitivo a Guayaquil en la medianía del tormentoso año 51.

XVII.

Tenia en aquella pintoresca ciudad el doble emigrado del Plata i de Chile, un hermano, hombre interesante i entero, cónsul del último país en aquel puerto, a quien conocimos en el esplendor de la fortuna, i murió poco despues, hundida su alma en el sepulcro por indecibles pesares... Habia sido secretario de La-Madrid, cuando este caudillo pasó a Chile, i habíase quedado con próspera fortuna en estos mares. Su nombre era Juan Antonio Gutierrez, i su hermano don Juan María le amaba entrañablemente como a todos los suyos.

Por esto el último fué a buscarle despues de larga ausencia, i allí, en aquel país admirable, el mas bello del litoral de la América en el Pacífico, volvió a pasar horas venturosas, a su manera, entre los libros i las damas, las grandes pasiones, o para ser mas exacto, las grandes necesidades de su naturaleza...—«Estoi en un país bello pero enfermizo, escribia Gutierrez a su confidente de Val-

paraiso, desde Guayaquil el 28 de agosto de 1851. Aquí se comprende la parábola del paraiso: los deleites del mundo es preciso pagarlos con el precio de algunas amarguras. La fiebre hace en el Ecuador el papel de aquel ánjel de espada de fuego que custodiaba las puertas del Eden.»

«Salud i veinte i cinco años, añadia, es todo lo que se necesita en esta tierra para ser feliz, i ambas cosas me faltan mas o ménos. El calor es funesto para el estómago i mas funesto todavía conversar con las buenas mozas que aquí abundan...»

Fuera de esto, deleitábase el peregrino del Plata en aquella ciudad anseática del Guayas, cuya pintoresca «arquitectura naval» se acomodaba a su fantasía mucho mejor que el calicanto i el adobe rectangular de nuestras ciudades alineadas a cordel. A poco de haber llegado ocurrió un terremoto que puso a prueba la solidez de aquellas construcciones, al parecer tan frájiles, pero la ciudad escapó ilesa despues de haberse mecido como una hamaca. «No hai como la costa del Pacífico, decia con este motivo este hijo del turbulento Plata, un poco olvidado de sus contínuos *pamperos* políticos i climatéricos, no hai como la costa del Pacífico para gozar. Salí de Chile despues de un terremoto i de una revolucion (abril de 1851), i llegué aquí para presenciar las mismas escenas.»

Aludia en esta última frase el doctor Gutierrez

a la ajitacion que en aquella época reinaba en el litoral del Eeuador a consecuencia de la intimacion de España para ser acatada despues que la ex-reina Cristina, por negocios de eaeao i choeolate, habia ofrecido sus eaudales i sus soldados al jeneral Flores para su soñada i eriminal invasion del año precedente. El gobierno (no el pueblo) eomo de costumbre se sometió al insulto. «I la bandera amarilla i roja tantas veees arrastrada por los colombianos, diee Gutierrez, eontando indignado el heeho, fué saludada el 20 de agosto eon veintiun eañonazos.»

¡El 20 de agosto!—Esa era la fecha que hacia a la sazon apénas treinta años habia desplegado al viento sus banderas redentoras en la rada de Valparaiso la escuadra de lord Cochrane i San Martin.

«No sucederia esto en Chile, añadia el errante peregrino eomo si hubiera sido noble profeta, gracias a su enerjia i a su prosperidad por la paz interior.»

XVIII.

Despues de algunos meses el doetor Gutierrez se dirijió a Lima por segunda vez i prosiguiendo en esa eiudad, propieia por su blandura al trabajo inteleetual, una tarea para la cual se manifestó siempre infatigable, dió a luz un interesante estu-

dio sobre el poeta peruano del siglo XVII, Juan de Caviedes, el mas encarnizado enemigo de los médicos i de las alcahuetas que haya perfilado vulgares rimas, porque casi no escribió sobre otras cosas, como que a manos de unos i otras dió la salud, la bolsa i la vida.

Hizo tambien por esa época el erudito arjentino, no recordamos si en Lima o en Guayaquil, la adquisicion de un manuscrito precioso, que se estravió en manos de los ajentes de la compañía de vapores del Pacífico, i para cuyo recobro entabló su dueño en Valparaiso un pleito ruidoso reclamando una indemnizacion de mil i quinientos pesos, si nuestra memoria es fiel. Recordamos con seguridad el asunto i la querella, pero hemos perdido la huella del título del malogrado tesoro i de su contenido.

XIX.

Al fin, despues de una peregrinacion que habia durado cerca de un año, el doctor Gutierrez llegaba a Valparaiso por el mes de febrero de 1852, i sobre la cubierta del vapor sabia con gozo indecible que su patria era libre, que el tirano habia huido i que las puertas de su querida Buenos Aires le estaban de par en par abiertas, despues de doce años de secuestro, de persecucion i de olvido.

El impaciente emigrado alistó en el acto sus

maletas i en el mes de abril, el mas apacible de los Andes, trasmontó lleno de esperanzas la encumbrada sierra, ajeno de sobra a las amarguras i ajitaciones que le aguardaban en las costas del Atlántico.

El doctor Gutierrez iba a saber prácticamente que no era solo en las playas del Pacífico donde se vivia entre terremotos, batallas i el oleaje infinito de la revolucion i la naturaleza americanas.

VI

EN BUENOS AIRES

OTRA VEZ.

I.

El 13 de abril de 1852, dos meses despues de la caida de Rosas, el doctor Gutierrez se hallaba en Mendoza. Pero el inquieto emigrado no sentia ya demasiada prisa por llegar al suelo suspirado. «Tengo carruaje comprado, escribia en ese dia a un amigo de Chile, pero *no veo claro* el momento de salir. Aguardaba? Presentia? Vacilaba?

II.

Era a la verdad estraño i maravilloso el cuadro que en ese momento presentaba la República Arjentina, vasta i ajitada como el mar. Nunca una accion mas rápida i mas afortunada habia sido seguida tan aprisa de la zozobra de la duda, de las sombras de la desconfianza, de las iras del mútuo desengaño.

Rosas, por desdicha suya, habia olvidado mandar degollar a Urquiza, su lugar-teniente favorito en Entre-Rios, como lo habia hecho con Quiroga, i con Cullen, gobernador de Santa Fé, i como lo habria hecho probablemente con Oribe si éste se hubiere enseñoreado sobre Montevideo con mas fortuna que la que alcanzara al pié de la ciudad indómita i heróica.

Por esto i adelantándose en la parada, el casi omnipotente gaucho entreriano hizo montar a caballo los escuadrones de su belicosa provincia, como quien mandase en Chile su propia inquilinada, i aliado con Corrientes, que era otra de sus estancias, con Santa Fé i el Brasil, lanzó contra el tirano ya caduco el *Gran Ejército* de 1852, cuya campaña, simple paseo militar, contó Sarmiento a su manera como testigo i como perito.

La batalla de Monte Caseros fué solo una salva de cañones cargados o bala que derribó las

puertas de la ciudad cautiva, i cuando el monstruo, disfrazado de marinero ingles, huyó hácia Southampton, el pueblo arjentino como por via de encantamiento amaneció una mañana libre, soberano i unido.

III.

Pero la nube que empuja los pamperos venia en pos del íris, i en breves horas cubriólo, ennegreciendo en la tarde los horizontes que en la alborada habian resplandecido con fascinadora luz.

El 19 de febrero el jeneral Urquiza atravesó las nobles calles de Buenos Aires a la cabeza de veinte i cinco mil hombres, i a los clarines salvajes de las selvas subtropicales de las provincias libertadoras, i al relincho de su indómito potro, contestó el clamor entusiasta de un pueblo feliz i agradecido.

Pero el antiguo lugar-teniente del sangriento tirano habia hecho su aparicion en las calles de la ciudad de la Mashorca ostentando en el ojal de su casaca de capitan jeneral el cintillo punzó que hoi reaparece como aciago augurio; i esa misma divisa, que no era el azul i blanco del Plata, sino el trapo horrible de la Confederacion de Rosas, heló el corazon de aquel pueblo impresionable que veia desfilar un ejército invasor, pero no divisaba en el peloton de las lejiones su propia

i gloriosa bandera, la antigua bandera de Chaeabueo i de Ituzaingó, la bandera de San Martin i de Lavalle.

Al eontrario, el gobierno loeal de Buenos Aires, es deeir, el *gobierno porteño*, que es algo mui distinto del *gobierno arjentino*, i que presidia desde la mañana que siguió a Caseros el doetor Lopez Planas, el eantor de Mayo, habia dietado un deereto deelarando arbitrario para quien lo quisiese el uso del ominoso eintillo federal.

I esto bastó para que el eaudillo entreriano lanzara, dos dias despues de su entrada triunfal en la orgullosa eapital del Plata, esto es, el 21 de febrero, aquella famosa proelama en que anatematizaba a los antiguos «salvajes unitarios» ¿No era por ventura el veneedor de Caseros el mismo que habia veneido en la India muerta?

IV.

En medio de la naciente irritaeion de estos ultrajes tuvieron lugar las eleeeiones provineiales de la lejislatura de Buenos Aires (el 11 de abril), i el 24 de ese mismo mes quedaba instalado este euerpo eompuesto easi eselusivamente de antiguos i fogosos «salvajes» unitarios. El doetor Velez Sarsfield haeia eabeza, i seguian Mitre, Segui, Portela i el doetor Ortiz Velez, que hoi reside honrado por la eieneia i el apreeio públieo en la ciudad de

Concepcion de Chile. El alma de aquella conjuracion i su cabeza pensadora era, sin embargo, aunque no sabemos si hacia parte de ella, el famoso doctor don Valentin Alsina, el hombre que desde mayor altura habia batallado contra Rosas, desde que cayera ensangrentado bajo el puñal de un gaucho el ilustre e impertérrito Florencio Varela.

Alsina habia sido hombre de prensa, de palabra, de derecho, de fortuna, i jamas habia encorbado su frente al miedo ni ante el egoismo. Era por el desarrollo mismo de las cosas de su país i de su pueblo el hombre que iba a quedar frente a frente de Rosas i su sistema, es decir, frente a Urquiza, que no podia ser lójicamente sino el continuador mas templado del réjimen de aquél.

V.

En consecuencia, Alsina habia sido llamado por el manso i domesticado gobernador Lopez Planes (simple solucion de continuidad en la mudanza de las decoraciones) para ocupar el ministerio del interior, es decir, para dirijir la política, i de aquí el choque.

Los dos hombres, las dos fuerzas, los dos sistemas, se habian encontrado el uno frente al otro, como se encuentran dos nubes que vienen de rumbo contrario, i el trueno i el rayo no tardarian en

consecuencia largo espacio en hacerse oir.—Alsina era la ciudad i su cultura.—Urquiza la Pampa i sus mujientes hatos.

VI.

Confirmado en el gobierno de la provincia el doctor Lopez Planas por el voto de la lejislatura recien elejida, (mayo 13 de 1852) constituyó aquél su ministerio designando al mismo Alsina para su jefe, i a su propio hijo, don Vicente Fidel Lopez, tan conocido en Chile, como ministro de Justicia. Gorostiaga fué designado para la Hacienda i el jeneral Escalada para la Guerra.

Pero Alsina, que era todo un hombre de estado, de esos que el destierro, la prensa i la lucha engendran, rehusó el puesto, porque divisaba venir de cerca la borrasca, sin que se vislumbrase en el falso rumbo de la nave la playa de inmediata salvacion.

VII.

Ningun hombre de nota de Buenos Aires osó en efecto recojer del suelo aquella cartera que era una plancha de fuego, i el gobernador Lopez Planas comenzó a desesperar de constituir un gobierno medianamente sólido entre la presion de Urquiza i sus veinte i cinco mil lanzas i la presion de la lejislatura porteña, que tenia a su espalda

el pueblo mas arrogante i movedizo de la América española.

En esta difícil coyuntura llegó el doctor Gutierrez a Mendoza, i cuando su antiguo maestro i amigo llegó a rogarle le acompañara en el puesto de la dificultad, el peregrino recien llegado fué a colocarse en la tribuna de combate ántes de sacudirse del polvo de la Pampa.

En los últimos dias de mayo de 1852 el doctor Gutierrez era nombrado ministro del interior de la administracion de Buenos Aires.

VIII.

El viejo emigrado habria hecho cualquier sacrificio por declinar aquel honor lleno de espinas. «Creí gozar de mi familia, escribia algo mas tarde en el seno de la intimidad. Encontré a todos buenos, contentos, pobres, pero al abrigo de la miseria. Estaba encantado con aquella familia ejemplar de cuya suerte podia ocuparme ahora.»

Pero un impulso no ménos noble que el del hogar vino a golpear a su corazon,—la gratitud del aula, este segundo techo de las naturalezas intelectuales,—i no rehusó acompañar en el palacio de gobierno al viejo profesor, como lo habia acompañado hacia treinta años en los modestos aposentos del departamento topográfico.

IX.

Aceptando aquel puesto, el doctor Gutierrez aceptó la lucha, es decir, su desventura. Hemos ya dicho que no estaba organizado para ese jénero de contiendas de la fuerza, de la astucia, de la doblez, de la múltiple perfidia que se llama todavía en las repúblicas americanas con un hermoso nombre, pero que es solo triste máscara de pasiones o de intereses,—la política.

X.

Cinco dias en efecto despues de haber elejido la lejislatura al doctor Lopez Planas, el jeneral Urquiza, que era en lo absoluto dictador i árbitro, se dirijió a San Nicolas, con el propósito de organizar el país, a su manera, convocando un Congreso federal, llevando consigo al ministro de instruccion pública don Vicente Fidel Lopez, hijo del gobernador de Buenos Aires.

¿Eran rectas las intenciones del vencedor de Rosas? ¿Eran patrióticas sus miras? ¿Era desprendido de personas, de odios, de cintillos i de vacas, su procedimiento?

Tal vez lo eran en el ténue fondo que en esas naturalezas selváticas, educadas mas por la malicia que por la intelijencia, *gauchas* en las propen-

siones, puede dejar como levadura ácima el sentimiento del amor a la patria.

No queremos formular contra un hombre que hizo un gran servicio a la América i a la humanidad libertando un país hermano i vecino de un monstruo abominable, no queremos formular una condenacion prematura i desautorizada, inculpándole torcidas intenciones; i aun creemos que cuando casi al dia siguiente de su victoria lanzó del pecho el antiguo grito de guerra:—«Salvajes unitarios»,—fué en un momento de ira, sin intencion premeditada de planes proditorios.

Pero hai algo mas poderoso que el deseo, que la voluntad, que el alma misma de los hombres, i eso es su naturaleza intrínseca, su educacion, su escuela, su vida entera. Urquiza era un gaucho entreriano. Habíase levantado sobre el nivel de las enjalmas de los degolladores a destajo, degollando por masas como lo hizo en todas sus campañas i especialmente en la India muerta. No se necesita afirmar que el hombre que eso hacia, era cruel con la crueldad felina de las bestias que la sangre irrita. «Me dicen, afirma el jeneral Paz con su candorosa franqueza en sus *Memorias*, i mucho ántes de los sucesos de 1852, que el jeneral Urquiza, a principios de su carrera, era entusiasta admirador de Quiroga i que preconizaba la *sabiduría* del sistema gubernativo de este feroz caudillo.» (Memorias, vol. III, páj. 381).

XI.

¿Podia tal hombre comprender el sistema de resistencia que a su voluntad de vencedor se levantaba en Búenos Aires al nombre del dereeho, al nombre de la autonomía, a nombre, si se quiere, del orgullo petulante i de la opuleneia satisfecha? ¿Podia tolerarlo?

Ni por un solo momento.

De aquí su viaje precipitado a San Nieolas, de aquí su convocaeion sijilosa de los gobernadores de las provineias del interior, la mayor parte seides impunes e insolentes de Rosas i del réjimen caido, como Benavides de San Juan i Lueero de San Luis, i de aquí, por último el famoso *Pacto de San Nicolas*, que aquellos delegados de sí mismos, sin mandato alguno del pueblo, firmaron por unanimidad el 31 de mayo de 1852.

XII.

Aquel singular *congreso de gobernadores*, eonvocado i presidido por el *gobernador* de Entre-Rios que habia arrastrado a su siga al débil gobernador de Buenos Aires, constituia un caso singular de. dereeho público ante el eual el no ménos famoso Congreso de Plenipoteneiarios del año XXX en Chile, pierde parte de su monstruosidad. Era, haciendo una definicion tal vez dura pero

exacta, la convocacion de los cuatro Butalmapus, para asentar las cosas de la guerra i de la paz entre los viejos caciques. El toqui era Urquiza.

XIII.

Invocando un pacto provincial de 1831, ajustado solo entre las provincias belijerantes de Santa Fé, Buenos Aires i Entre-Rios, como lei fundamental de la República, se acordó reunir un congreso nacional conforme a ese pacto, pero congreso en el cual los diputados serian escencialmente provinciales; a razon de dos por provincia (veintiocho en todos), sin tomar en cuenta la poblacion, i facultando a cada parcialidad para retirar sus delegados *cuando lo tuviera a bien...*

Era esto mas que la infancia del sistema parlamentario i del derecho público, la sancion anticipada de los medios de destruir ese mismo pacto i la federacion que seria su fruto, desde que cada provincia por enojo, por interes, por el derecho consuetudinario de la insurreccion armada, podia retirar su representacion, desligarse de la lei suprema i comun, i constituirse de hecho en rebeldia i en rebelion.

XIV.

Tenemos a la vista el testo del acuerdo de San Nicolas i su artículo octavo dispone testualmente

lo que sigue:—«Art. VIII.—Una vez elejidos los diputados e incorporados al Congreso, no podran ser juzgados por sus opiniones ni acusados por ningun motivo ni autoridad alguna hasta que no esté sancionada la Constitucion. Sus personas serán sagradas e inviolables durante este período. *Pero cualquiera de las provincias podrá retirar sus diputados cuando lo creyere oportuno*, debiendo en este caso *sustituirlos* inmediatamente.

XV.

El artículo catorce era mas grave i mas singular todavía. —«Si, *lo que Dios no permita*, (decia testualmente) la paz interior de la República fuese perturbada por hostilidades abiertas entre una o mas provincias, o por sublevaciones armadas dentro de la misma provincia, queda autorizado el Encargado de la Relaciones Esteriores (el jeneral Urquiza) para emplear todas las medidas que su *prudencia* i *acendrado patriotismo* le sujieran para restablecer la paz, sosteniendo las autoridades legalmente constituidas: para lo cual los *demas gobernadores* prestarán su cooperacion i ayuda en conformidad al tratado de 4 de enero de 1831.»

¿Podia establecerse de una manera mas franca, mas absoluta i mas injénua la dictadura unipersonal, es decir, el réjimen que Rosas habia venido implantando desde 1831 hasta Caseros?

XVI.

I como si esto no fuera bastante, por el artículo siguiente se confiaba a Urquiza la plenitud del poder militar, en los momentos en que, dueño de un ejército de 25,000 hombres, era señor i toqui irresponsable del país. «Queda acordado, decia el artículo XV, que el Exmo. Señor jeneral don Justo José Urquiza, en el carácter de jeneral en jefe de los ejércitos de la Confederacion, tenga el *mando efectivo* de todas las fuerzas militares que actualmente tenga en pié *cada provincia*.»

¿Que más habia pedido Rosas cuando solicitó i obtuvo lo que se ha llamado históricamente «toda la suma del poder público», es decir, la dictadura ilimitada e irresponsable, tal cual la ejercieron los emperadores romanos en sus peores épocas i con sus peores césares?

XVII.

No fué pues de estrañar que cuando se presentara el acuerdo de San Nicolas a la lejislatura de Buenos Aires, para su ratificacion, se alzasen de sus bancos voces elocuentes de protesta i de rechazo, ecos de valientes pechos que millones de bayonetas oprimian.—«Por mis labios no habla, esclamó el diputado Mitre recien llegado de Chile i vencedor de Caseros, no habla ni el orgullo, ni la

intolerancia, ni un espíritu sistemático de oposicion, sino la voz imperiosa de mi conciencia que me manda marchar hácia adelante en el camino de la libertad conquistada, tomando por guia una de esas estrellas que nunca se apagan en el cielo: —la justicia.»

«¿Qué otro fundamento,—agregó el orador con noble franqueza en la primera sesion del debate, echando desde entónces la base de la alta popularidad que todavía le acompaña en su ciudad natal,—qué otro fundamento que la voluntad del dictador tiene la autoridad creada por el acuerdo de San Nicolas? ¿Qué responsabilidad tiene esa autoridad, para ante quien la tiene i quien puede hacerla efectiva?»

A esto, con la franqueza de la buena fé, contestó el doctor Gutierrez, encargado de sostener el acuerdo en su calidad de ministro del Interior de uno de los gobiernos contratantes, que en discusiones de ese jénero *debia ponerse el corazon en la cabeza.*

Pero alzándose de su asiento el diputado Mitre contestó a su antiguo amigo i émulo feliz en el periodismo de Chile, manteniéndose ambos ahora en el terreno lójico i leal de sus antiguas doctrinas, con estas palabras:—«No, señor. Creo que en esta cuestion, como en toda cuestion que afecte intereses vitales, se debe pensar i se debe sentir. No

invirtamos el órden de la naturaleza: el corazon dentro del pecho, i la cabeza coronando el conjunto.» (*Arengas* de B. Mitre, páj. 29).

XVIII.

El doctor Gutierrez tuvo un movimiento todavía ménos feliz, pero animado de honrada conviccion, en aquellos memorables debates, cuando dijo mas adelante de la lucha, que *todo derecho nacia de la fuerza*, aludiendo a las veinte mil lanzas de Corrientes i Entre-Rios que inundaban a Buenos Aires; i en seguida, su mas fogoso colega, el doctor Lopez, puso el colmo al escándalo cuando, apostrofando a la muchedumbre que aplaudia a sus oradores, la llamó desde su asiento de ministro:—*Pueblo degradado i sin honor.* (*Bustamante.* Bosquejo, páj. 89).

XIX.

Escusado es agregar, despues de esto, que se realizaron, uno en pos de otro e inmediatamente, los dos hechos que caracterizaban i definian aquella contienda, juzgada de reciente data, pero que venia dilatándose desde años i de siglos, en demanda de un desenlace que todavía nadie ha encontrado.

El acuerdo de San Nicolas fué rechazado por

la lejislatura i la lejislàtura fué disuelta, poco ménos que a bayonetazos, i dispersados sus miembros i sus inspiradores, especialmente Alsina i Mitre. Todo esto era lójico, fatal, inevitable. Era el complemento políticо de Caseros.

Acontecia esto último el 23 de junio de 1852, i en esa jornada, cien dias apénas despues de la caida del dictador Rosas, el jeneral Urquiza asumia la dictadura, o como entónces se dijo, el *poder tutelar* de la nacion.

XX.

Tal reaccion era precisa como la sombra que sigue a la luz, i es doloroso que el doctor Gutierrez con su claro injenio no lo hubiese previsto. Él procedió indudablemente de buena fé, como lo acusan sus declaraciones de fuerza en el debate. I esto mismo se halla confirmado en sus revelaciones en el seno de la amistad:—«El vencedor de Rosas,—escribia desde Santa Fé el 2 de febrero de 1853, i cuando la guerra rujia entre Buenos Aires i las provincias, entre la campaña i la ciudad,—debió ser nuestra salvacion. ¿Por qué no rodearlo? ¿Por qué no evitar con acertadas evoluciones en torno suyo que no estraviase el rumbo?...»

Ah! Pero el ex-ministro del jeneral Urquiza se guardaba de decir cuál habria sido esa evolucion. ¿Quitarle la lanza de las manos? ¿Arrancarle el

poncho i la coraza? ¿Dejarle inerme i *a pié* como al *Chacho* en Chile? No habia otra maniobra posible, i esa fué la que valerosamente, temerariamente como siempre, emprendió la altiva capital del Plata.

No fué empero de ocio i sin frutos de reparácion el breve espacio de tiempo que el doctor Gutierrez ocupó el ministerio del Interior en Buenos Aires. Rosas, como un animal dañino, todo lo habia devorado o cubierto a trechos de manchas con su baba pestilente i corrosiva. No habia leyes, ni instituciones, ni establecimientos públicos, ni estadística, ni testos, ni enseñanzas, ni beneficencia, ni culto siquiera porque se adoraba al tirano en efijie en los altares. La ciudad era un osario de cadáveres insepultos, i mas allá, como el limbo de los cristianos,—el caos..

A todo eso atendia el laborioso ministro, especialmente al restablecimiento de la Universidad i de su antiguo i querido departamento topográfico al que prestó lista mano su jefe, cuando el jeneral Urquiza le llamó de repente a su lado i le sacó de Buenos Aires, embarcándose con él el 8 de setiembre de 1852, para ir a inaugurar el Congreso jeneral, que en el número de 28 diputados, debia convocarse en Santa Fé.

Era la última vez que el jeneral Urquiza pisaria como caudillo las aceras de la capital del Plata,

que a esas horas no era ya una ciudad sino un volcan.

XXI.

Sigamos ahora al doctor Gutierrez a la poética i abaleada ciudad de Santa Fé, donde le veremos poner voluntariamente término a su vida política, para volver como súbdito ilustre i sumiso al único imperio glorioso porque no es temido ni adulado de los viles: al de las letras humanas.

VII

EN SANTA FÉ I EN ENTRE RIOS.

I.

No habia llegado todavía al puerto de su destino la flotilla del Paraná, que conducia a Santa Fé, sitio del futuro Congreso federal, al receloso dictador entreriano, cuando la inquieta i tumultuosa Buenos Aires sublevóse a media noche, a sus espaldas,

A las doce de la noche del 10 de setiembre, es decir, a las cuarenta i ocho horas despues de la partida de Urquiza, las divisiones correntinas que mandaba el jeneral don Juan Madariaga, salian

en efecto de sus cuarteles i ocupaban la plaza de la Victoria, este *Forum* permanentemente abierto desde 1810, i que Rosas mismo, sin la mordaza de la Mashorca, habria sido impotente a acallar. Otro tanto hácian los cuerpos de infantería que mandaba el jeneral porteño Piran, i el gauchaje montado del bravo coronel Hornos, antiguo unitario entreriano.

A esa misma hora el doctor Alsina, alma escondida pero enérjica del atrevido movimiento, convocaba a sus parciales de la lejislatura a los altos del Cabildo, mandábase echar a vuelo las campanas, en señal de alarma pública, convocábase en tropeles el pueblo ansioso de emociones, despues de prolongado i vil letargo, i al amanecer del siguiente dia, estaba consumada en todo el ámbito de la ciudad i de sus numerosos cuarteles militares, la memorable revolucion del 11 de setiembre de 1852, ocurrida seis meses apénas despues de la caida del tirano Rosas i de la liberacion entreriana.

Solo el jeneral Galan, gobernador militar dejado en Palermo por Urquiza, se retiraba con una division de 1,500 plazas a San Nicolas, al paso que el jefe de estado mayor del Gran Ejército, que firma el parte oficial de Caseros, don Benjamin Virasoro, jeneral correntino, era reducido a prision.

II.

Refiriendo el doctor Gutierrez, a un amigo de Chile, los detalles de aquel levantamiento noeturno tan rápido, tan osado i tan feliz, deeíale desde Santa Fé, que aquello habia sido una euestion de onzas de oro, profusamente distribuidas en los euarteles. Pero a nuestro juieio, el ministro de Urquiza padeeia error, i olvidaba la historia euotidiana de su suelo. ¿No eonoeia el doetor Gutierrez los antiquísimos eelos provineiales de los Madariaga i de los Virasoro de Corrientes? Pues por el aguijon de esos eelos levantóse don Juan Madariaga, eon su tropa eorrentina e hizo amarrar a su rival, favorito a la sazon de Urquiza. ¿No era *porteño* el jeneral Piran? Pues entónees ¿podia haber faltado su cooperaeion i su espada a aquella revolueion eselusivamente porteña? ¿I el valiente gaucho Hornos, no habia mandado un eseuadron de entrerianos bajo Lavalle? ¿I no estaban allí Mitre, Portela, Segui, todos los eaudillos populares de la juventud i de las masas de la eiudad para servir de fondo i de earátula a la mudanza impreseindible?

He ahí el seereto de la revolueion famosa del *once de setiembre*, movimiento históríeo, derivado, ineludible, al que pudo faltar la oportunidad i la prudeneia, pero que habria sido tan imposible ava-

sallar como estinguir la luz de la llama con su propio combustible.—«Ciudadanos de Buenos Aires, dijo en una proclama de esos dias el jeneral Mitre, llamando a las armas a sus compatriotas de la ciudad, en su calidad de comandante jeneral de la Guardia Nacional. Todo lo habeis perdido: todo teneis que revindicarlo.

«Habeis jemido bajo el sable del conquistador.

«Habeis sido despojados de vuestros soldados, de vuestros tesoros, parques i depósitos, declarados botin del vencedor.

«Habeis visto a vuestros conciudadanos arrancados de vuestros hogares, para ser trasladados como negros de África, léjos de aquí, donde lloran en la miseria.

«Habeis visto vuestras instituciones a merced del capricho de un mandon, que no reconocia mas lei que la fuerza, ni mas regla que su voluntad.

«Habeis visto que se ha pretendido presentar *nuestra provincia* ante el Congreso, como una cautiva ante la toldería de la Pampa, atada de piés i manos, i con una mordaza en la boca.»

Tal era el catálogo, vehemente i exajerado sin duda, de las quejas i de las maldiciones de la culta Buenos Aires concretadas con el lenguaje caliente de un capitan tribuno que mandaba una bateria de cañones.

Se ha dicho que la revolucion del *once de setiembre* fué contra Urquiza.

¡Error profundo!

Fué contra Rosas.

III.

Una rara fortuna habia servido de aureola al levantamiento de la ciudad, i lo que no era de esperarse, habia cundido por toda la campaña, alistándose bajo la comun bandera el gauchaje del sur que mandaba el coronel Hilario Lagos. La *provincia* entera estaba sobre las armas, i un mes despues del éxito, pudo elejir su primer gobernador constitucional con la mas perfecta libertad. Prueba de ésto fué que hubo diversos candidatos, i que el doctor Alsina triunfó en la asamblea solo por tres votos sobre el jeneral don Manuel Guillermo Pinto (21 contra 18), i que aun obtuvo votos un americano, que no era ya sino una gloria ausente i querida: el jeneral Las-Heras.

IV.

Igual a la ventura i alegria de Buenos Aires, fué el estupor profundo del dictador i de su séquito en Santa Fé. El jeneral Urquiza, no podia creer en aquella insigne ingratitud ni en la traicion militar de sus mejores jefes. El estanciero entreriano no comprendia que hai algo mas irresistible que el

ímpetu de las pasiones humanas, la lójica de la historia, la levadura de la civilizacion en eterno fermento, como la costra terráquea que habitamos. La ira, el entusiasmo, la ingratitud misma de los pueblos, son el humo que vomita el cráter, pero la lava escandecente e invisible que lo enjendra i lo arroja, es la idea, i ésta ni aun bajo Rosas habia muerto.

La ciudad no queria entregarse a la campaña: la matrona del Plata no queria recibir en su tálamo al gaucho centauro que, lanza en mano, venia a pedirle sus ósculos i su seno.

Eso era todo.

V.

Por eso, la campaña entera de Buenos Aires, como en los tiempos de Dorrego i de Lavalle, estaba en armas contra la capital, i el 1.º de diciembre, el caudillo Hilario Lagos, reaccionado por el solo peso de las cosas, daba el grito de rebelion que los vientos de la Pampa siempre repitieron:—«¡A Buenos Aires!»—«¡A Buenos Aires!» Era esa en pequeño la historia de Atila, de Alarico i de Roma.—«Al mismo tiempo las masas del norte comenzaron a avanzar hácia el centro comun, i ántes de una semana la ciudad, como una res recien carneada, veíase rodeada por cardúmenes de antiguos degolladores.»—«¡Delenda Cartago!»

El pavor del primer momento fué tan hondo, cual habia sido vivo el entusiasmo i la petulancia de la primera hora, la incurable «petulancia porteña.»—Todos creyeron divisar la sombra de Rosas, paseándose otra vez con sus *Colorados*, por las calles de la ciudad maldita, i hasta el animoso Alsina flaqueó de ánimo, renunciando el 6 de diciembre, a los seis dias del motin de Lagos, la gobernacion. Por esto decia injénuamente el doctor Gutierrez, en una carta que tenemos a la vista. «Cuando Lagos dijo:—*Vamos a quitarle el baston*, el baston se le cayó de las manos.»

VI.

Pero hallábase afortunadamente en la capital arjentina el ilustre jeneral Paz, este capitan de guerra, grande por el patriotismo i la virtud, i cuyo nombre es una eterna antítesis, porque jamas le encontramos en la historia arjentina sino donde impera desolada la guerra. No era empresa de una hora poner en estado de defensa a Buenos Aires, como no lo habia sido hacia diez años cubrir con un foso i un muro el peñon de Montevideo. Pero el noble «manco boleado», como le llamaba Quiroga por la aventura que le habia ocurrido en la guerra de Treinta años, púsose a la obra, i secundado por Mitre, por Adolfo Alsina, los viejos Anchorenas i los mas antiguos i probados unitarios, de-

volvió la confianza en pocas horas a la poblacion, de suyo valerosa hasta el heroismo.

Comenzó entónces el peculiar asedio de Buenos Aires, ciudad inmensa, abierta en todas direcciones hácia la pampa, i que el Plata, como otra llanura líquida, circunda por un frente; asedio intermitente de montoneras, de pechadas, de conferencias en que se celebraban armisticios inintelijibles para el gaucho o en que se echaban bases de paz inaceptables para la ciudad; i entre cuyos ensayos i cuchicheos en los arrabales, entrecortados por el silbido de las balas, ocurrian encuentros sangrientos, en uno de los cuales, cayendo del caballo con un proyectil que le habia perforado la frente, esclamó Mitre, héroe militar de la defensa: *Dejadme morir de pié como romano.*

De una manera análoga al bizarro artillero hallábase dispuesta a sucumbir Buenos Aires, ciudad elástica, que se hincha i se deprime como su potente rio, quedando largos años a secas, como bajo la bota de Rosas, i otros invadeable i sin balizas como bajo Mitre i Sarmiento, los dos amigos i los dos rivales de la unificacion por la pluma i por la espada.

VII.

Aquel sitio, si tal podia llamarse el que formaba en su derredor una cintura de gauchos alzados,

duró seis meses, i al principio, cuando ocurrió la insurreccion de Lagos, creyóse en Santa Fé, donde se habia reunido el congreso federal o su parodia, que la resistencia porteña seria solo bambolla i hojarasca. El doctor Gutierrez, cuya posicion en la corte militar de Urquiza, le daba gran influencia, por su ilustracion, su escuela política i su condicion de porteño, divorciado con su ciudad natal, llamaba irónicamente a sus antiguos correlijionarios del Plata, i en oposicion al gauchaje que le rodeaba, «hombres de guantes blancos i de libertad», como dando a entender que la lanza de Lagos, valia mas para pelear que el baston con borlas i puño de oro del gobernador de Buenos Aires. «Esa ciudad, escribia a un amigo de Chile, en la plenitud de aquellos acontecimientos (febrero 2 de 1853), no puede salvarse en una paz duradera sino entrando francamente en la asociacion arjentina»,—es decir, sometiéndose. I aludiendo, en seguida, a la actitud del jeneral Urquiza, a quien conceptuaba invencible, con trece provincias belicosas a su espalda, agregaba en esa propia carta.—«En este momento el jeneral Urquiza, se prepara para pasar a la provincia de Buenos Aires, con intenciones pacíficas i organizadoras. No se vengará de nadie, ni nadie carecerá de la proteccion de que es digno.»

VIII.

Considerábase el triunfo definitivo de la poderosa Confederacion contra la autonomía unitaria de Buenos Aires, como cuestion de un simple galope del jeneralísimo, i aunque estuvo mui léjos de acontecer de esa suerte, es justicia debida al dictador, decir que en todos aquellos arduos negocios de paz i de guerra, se condujo con notable moderacion i aun dió ejemplo de ella a los porteños. Habian enviado éstos, ántes de una ruptura formal de las hostilidades, a Hornos i a Madariaga a invadir con sus continjentes las provincias afines de Entre-Rios i Corrientes, llamadas así probablemente, porque en sus cauces ha corrido la sangre como el agua i a rios. Hoi mismo, la proporcion de los sexos es en esas provincias, despues de medio siglo de matanzas masculinas, de ciento trece hembras por cien varones. I un poco hácia adelante, aguas arriba, en ese cementerio heróico de la América que se llama el Paraguai, para cada hombre hai diez mujeres.

Buenos Aires habia cometido esta vez el pecado del caudillaje, despachando al interior aquellas lejiones provocadoras, al paso que Urquiza habia sujetado la brida de sus escuadrones, i refrenado la tendencia irresistible del gaucho, que es la barbárie nómada i montada. Verdad es tambien, que

a la sazon Urquiza era ya hombre de muchas vaeas i muchos millones....

IX.

¿Tenia parte tambien en esa cautela de euerno i saladero, el buen consejo del ministro Gutierrez, elevado desde la reunion del eongreso en que figuró eomo diputado por Entre-Rios, à la eondieion de eanciller de la Confederaeion Arjentina?

El doetor Gutierrez, que fué eomo polítieo la modestía misma, no lo diee en su eorrespondencia. Pero tenemos para nosotros que su palabra de eoneiliacion, de espera i de magnanimidad, fué siempre eseuehada eon respeto. Habia algo que el doctor Gutierrez reehazaba eon mas enérjía que a la Aeademía Española, i ese algo era la guerra salvaje de su suelo.

X.

Haremos notar aquí que el doctor Gutierrez, al afiliarse en el partido que se llamó nacional, eontra la orgullosa, esquiva e intolerante autonomía de Buenos Aires, representada especialmente por los dos Alsina, padre e hijo, no se hallaba solo entre los antiguos emigrados de Chile.

Habiánse dividido éstos, tres a tres, eomo Horaeios i Cujacios. Sarmiento, Mitre i Tejedor estaban

por Roma. Gutierrez, Alberdi i Vicente Fidel Lopez por el *Lacio*.

En cuanto a los otros que no nombramos, el duro granito de Chile guardaba las cenizas de Piñero i de Lozano; Aquino habia sido inmolado en su tienda, al divisar las cúpulas de Buenos Aires, i los dos hombres probos, que habian sido la sabiduría i el reposo de la emigracion militante, estaban cada uno en su puesto. Barros Pozos a la cabeza de la Universidad de Buenos Aires: Ocampo a la cabeza del foro de Chile.

XI.

Al fin, la lucha tocó a su fin, i las onzas de buen oro de los Anchorena, los mas grandes criadores de vacas en el mundo (ántes de Urquiza), i como tales antiguos patrones de Rosas, su capatuz i capador, sirvieron para comprar la escuadra bloqueadora, recibiendo el titulado almirante Coe, con mano infame, las talegas del cohecho, (junio 20 de 1853).

Buenos Aires no se habia salvado esta vez como Roma. Pero se habia salvado como Cartago.

XII.

El sitio i el bloqueo quedaron levantados de hecho, i la Confederacion sin ser vencida ni ven-

cedora, como las esposas que comienzan a disfrazar sus arrugas con el afeite, estableció su divorcio à plazo, con su atolondrada pero brillante consorte.

Ese divorcio al que nunca faltaron emisarios ni cortejos, arañazos ni pecados, duró diez años, i solo vino a terminar cuando en 1862 el jeneral Mitre, vencedor en Pabon (setiembre 17 de 1861), fué elejido unánimemente presidente de la Confederacion Arjentina en la forma que hoi existe.

Hemos hablado de arañazos. Uno de esos fué el del Tala (noviembre de 1853), otro fué el de Cepeda (octubre 23 de 1859). Pero al fin los esposos se abrazaron definitivamente, no sin haber comido alguna vez en el mismo mantel i dormido en el mismo aposento, durante el largo intervalo de amor, de celos i de palos.

XIII.

El jeneral Urquiza, habia trasladado entre tanto sus reales al Paraná, para estar mas cerca de sus innumerables hijos i mas innumerables hatos. La ciudad del Paraná, capital artificial de la Confederacion Arjentina, era lo que nosotros llamamos en los campos de Chile «las casas de la hacienda.» El resto de la Confederacion era el inquilinaje.

XIV.

Allí le siguió el caneiller Gutierrez, pero en una actitud tranquila i pacificadora eomo direetor de de su política interna i estranjera.

El documento autógrafo, en que el jeneral Urquiza eomunica al gobierno de Chile su aseenso a la presidencia constitucional de la repúbliea arjentina i que tiene la fecha de 13 de marzo de 1854, lleva la firma del doctor Gutierrez, i en ese notable documento, que fué publieado en Chile cuatro meses mas tarde, (1) haee el gobierno arjentino un franco llamamiento a las relaeiones de amistad i de eomercio entre las dos repúblicas hermanas, que produjeron el benéfieo i equitativo tratado de 1855, firmado por los plenipoteneiarios Lamarca i Benavente.

Por este mismo tiempo tuvo el doctor Gutierrez, en su ealidad de ministro de Relaciones Esteriores, la satisfaccion de enviar a su mas antiguo i querido amigo el doctor Alberdi, residente a la sazon en Europa, el título de eneargado de negoeios de la recien organizada Confederacion, título que aquél pondria a buen recaudo para el servieio de los intereses de su partido i de sus hombres.—«Alberdi es hombre que tiene mucha trastienda»,

(1) *Mercurio* del 25 de julio de 1854.

decia años mas tarde, haciendo el elojio de los recursos de su espíritu, el mismo ministro que lo habia nombrado. ¿Podria el doctor Alberdi, con esa condicion, ser mal diplomático? No necesitamos agregar que el ex-emigrado Sarmiento, no pensaba de la misma manera sobre aquel notable arjentino, hijo del Tucuman i por consiguiente anti-porteño.

Por esta misma época (mayo 1.° de 1854), el doctor Gutierrez fué nombrado por el presidente Derqui, ministro plenipotenciario en Francia, puesto que rehusó, i aunque manifestó voluntad de ir con igual título al Brasil, no se llevó a cabo esa mision. Tal vez habria hecho mala figura el diplomático arjentino en la corte de Rio Janeiro, despues de haber devuelto a su emperador el trapito blanco que allí se llama de la órden de la Rosa como podia serlo de la marimoña o de la *Cala*.

Al ministro Gutierrez cupo tambien la gloria verdadera i americana de haber declarado la libertad de la navegacion de los rios arjentinos, para todas las banderas del mundo, (julio 10 de 1853).

En esta época el laborioso funcionario organizador, fundó i redactó tambien el diario oficial, el *Nacional Arjentino*, destinado a fomentar los intereses de la union; hizo tratados de comercio con el Piamonte (cuya emigracion afluia ya pode-

rosa al interior por los rios), pero rehusó cruces del Brasil; i por último, a fin de no dar de mano a la dulce tentacion i golosina de las letras, tradujo como libro de enseñanza política de actualidad, la vida del gran unificador de la Confederacion del norte, Jorje Washington.

Pero la verdad era que, el doctor Gutierrez no podia vivir alejado de su querida e ingrata Buenos Aires. Es ésa una pasion peculiar que inspira el Plata, como a nosotros nos la inspiran los Andes. —«Me seco por horas, escribia el ministro de la Confederacion a sus fieles amigos de Chile, i me siento declinar mucho bajo un calor horrible.» (Carta a Sarratea, de Santa Fé, noviembre 23 de 1853).

Pero luego tocada la pluma por el hechizo de su fantasía agregaba: «La ciudad está llena de naranjos i de hermosos i jigantescos diamelos. ¡Qué bellos son estos paises i qué interesantes sus mujeres...!»

XV.

Habia en esta última frase una revelacion completa del alma, de la naturaleza i de la existencia misma del doctor Gutierrez, para quien la vida pública no era ya sino un «calor horrible i árido.»

El 1.° de setiembre de 1853, habia entregado su corazon, su mano i su destino de primer mi-

nistro de la Confederacion a una bella santafecina, la señorita Jerónima Cullen, de ilustre apellido de mártires de Rosas en aquella ciudad. Tenia la novia, segun el retrato de su propio enamorado dueño, «ojos grandísimos, tez blanca i rosada, linda boca i dientes, i una *tonada* santafecina que me suena a música de Bellini.»

Aun para dar parte de su enlace, el doctor Gutierrez ocurria a jiros injeniosos pero espontáneos. «Me enamoré, escribia a una dama en Chile, caso terrible en un viejo como yo, i héteme aquí asentado en la cofradía de nuestro señor San José....»

La vida del hogar, la vida de la lumbre, de la callada caricia, del trabajo interno, sosegado, sin mas bullicio que el de los niños que hacen en las hojas de papel el mismo rumor que las mariposas entre las flores, la verdadera vida, sobre todo para los que han cumplido temprano la penosa tarea de la patria i su servicio, habia comenzado desde aquel dia para el doctor Gutierrez, i él mismo la contaba en el seno de la intimidad, cuando, a los «nueve meses» (frase que con malicia él marcaba), le habia nacido su primójenito «de nariz tan arrespingada como la suya», con estas buenas i honestas palabras escritas en la ciudad de Paraná el 3 de agosto de 1854: «Soi siempre pobre, aunque tengo una posicion lucida. Vivo aquí como *transeunte*, i

todos mis goces se encierran dentro de las paredes de mi casa, donde (aunque tarde), he venido a convencerme que es donde se encierra únicamente la dicha verdadera.... No aborrezco a nadie. Por fortuna, nuestra política es enteramente de paz i de tolerancia, i mi dicha mayor seria que cuanto ántes se unieran las partes hoi disidentes de nuestra querida patria.»

XVI.

No podia manifestarse con mayor candor el sentimiento predominante en aquella época de la existencia del doctor Gutierrez. Emigrado otra vez dentro su de propia patria,—porque un porteño es emigrado, es simple *transeunte* en todas partes, cuando ha salido una legua a la redonda de la plaza de la Victoria,—el peregrino del Uruguai, del Brasil, de Chile, del Perú i del Ecuador, no podia evidentemente resignarse; i por esto se nota desde léjos que, ministro poderoso en el Paraná i ejerciendo como publicista i como canciller en los consejos de la Confederacion, un papel análogo al del ilustre Bello en Chile, cambiaria todo eso, esa «posicion lucida», por un humilde retrete lleno de libros en la calle de Venezuela de su ciudad natal.

XVII.

Metia en seguida, el viejo regañon, pero como

quien solo espuma el hervor del revuelto puchero, la cuchara en la política, i acusaba a Sarmiento i a Juan Cárlos Gomez (notable emigrado oriental que habia redactado en Chile el *Mercurio*), de la inconsecuencia con que habiendo sido ambos conservadores en Chile, se mostraban ultra-radicales en Buenos Aires, sosteniendo que ahora «la licencia de la prensa se corrije con la licencia.»

Pero como si el humo de la cocina política del Plata le sofocase, vuelve otra vez el ya viejo i cansado político al infantil aposento donde duermen sus hijos, i contando con orgullo los adelantos de su primojénito, refiere su chochera a un íntimo confidente de este lado de los Andes, con estas palabras:—«Él es mi compañero de todas las horas, mi bibliotecario, mi tirano, mi chochera.» ¿Necesitamos agregar que la vida pública, es decir, la vida política del doctor Gutierrez, habia llegado solo hasta allí, hasta aquel *tirano*, que no degollaba como Rosas, sino que estrangulaba el corazon del anciano con las dulces caricias de sus manecitas?

XVIII.

La última participacion activa del doctor Gutierrez en la política militante de su patria, data en efecto de la reunion del congreso federal en Santa Fé, cuando despues de la jornada de Cepeda (octubre 23 de 1859), Buenos Aires fué momentá-

neamente sometida a la lei comun de la república por el pacto de San José de Flores.—«Abrazémonos! decia festivamente con este motivo a uno de sus amigos de Chile, desde el Rosario, el 2 de octubre de 1860. Compóngase el pecho, limpiémonos la espuma de los pucheros que la emocion patriótica nos produce, i gritemos juntos:—*¡Vivan las Provincias Unidas del Rio de la Plata!*»

I entrando todavía en mas estrechas confidencias, el ex-ministro de Urquiza revelaba la conclusion de su vida política, en estos precisos términos:—«Este acontecimiento (la reunion del congreso jeneral en que participó Buenos Aires i la sancion de la constitucion) me toca mui de cerca, porque me saca de la mala condicion en que mi jenio, poco acomodaticio con lo que no me place, me habia colocado.

«Mis paisanos (los *porteños*), me tienen por desafecto i los confederados, actualmente en el poder, me cuentan con razon entre sus adversarios. Al derredor de Derqui, no hai mas que logreros oscuros e inhábiles. Espantar estas gaviotas debe ser el primer fruto del triunfo de las buenas ideas que acaban de alcanzarlo tan espléndido.»

XIX.

La vida política del doctor Gutierrez habia concluido, i por esto, con una espresion profunda-

mente verdadera, cerraba el viejo publicista esta carta que encierra su testamento político con esta frase triste pero característica del hombre i de su pasada i tormentosa carrera:—«Ahora estoi *casi seguro* que me enterrarán en la *Recoleta*, al lado de los huesos de mis padres.» (1)

VIII

EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

I CONTRA LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

> «En esa tarea grave i tenaz, perseverena, su intelijencia se habia pulido, su gusto purificado i en la edad en que Voltaire se burlaba de todo i en que Gœthe se encerraba en su supremo egoismo, el doctor Gutierrez tenia acentos de entusiasmo juvenil, pesares de la adolescencia, emociones de los veinte años.»
>
> (*Miguel Cané. Discurso en la tumba de Gutierrez*).

I.

Habíase establecido de hecho el doctor Gutierrez en su ciudad natal desde 1856, despues de 16 años de ausencia, pero en la condicion de simple

(1) Carta de Gutierrez a Sarratea, Rosario octubre 2 de 1860. *La Recoleta* es el nombre doméstico del Cementerio público de Buenos Aires.

ciudadano, jeómetra, escritor i padre de familia. —«Me he venido a esta ciudad, escribia desde Buenos Aires a un amigo, porque solo aquí podia vivir *en plena vida privada*, con esperanzas de ocupar el tiempo en algo lucrativo. Mi opinion, añadia, es siempre la misma. Soi *nacionalista*, i creo que nuestra paz sólida, nuestro progreso i nuestra gloria dependen de la union. Donde quiera que se trabaje por esto, allí estaré con todas mis fuerzas.»

II.

Prosiguiendo únicamente propósitos de estudio i de honesto salario para sus viejos dias, el doctor Gutierrez aceptó—desde que el jeneral Mitre regularizó definitivamente el gobierno de la Confederacion, siendo electo, despues de Pabon, presidente de la república por unanimidad en octubre de 1862,—aceptó, decíamos, el antiguo emigrado de Chile, de su antiguo i noble colega, el elevado puesto de rector de la Universidad de Buenos Aires.—«El jeneral Mitre, escribia el doctor Gutierrez el 1.° de abril de 1863, se ha conducido conmigo como un caballero i un verdadero amigo.» De hecho el sabio arjentino era rector del primer cuerpo docente de su país desde 1861.

III.

Al propio tiempo o algo mas tarde, conferíase

tambien al doctor Gutierrez, la direccion jeneral de las escuelas de la república, empleo para el cual su jenio minucioso e infatigable en el trabajo, le hacia sumamente apto.

De esta suerte, el antiguo profesor de la escuela naval de Valparaiso, asumió la direccion absoluta de la enseñanza, desde el aula infantil al claustro pleno, desde el niño al sabio. I ciertamente, que la instruccion pública, palanca de fierro que junto con la intervencion abierta de Sarmiento, llevó algo mas tarde a la presidencia de la Confederacion al ministro de ese ramo, doctor Avellaneda, necesitaba del impulso de un hombre como Gutierrez para recobrar la salud i el esplendor antiguo. «Entre los inícuos decretos del dictador Rosas, dice un historiador arjentino, habia uno que se distinguia por sus tendencias retrógadas i perversas. Era éste el del 28 de abril de 1838, que prescribia a los estudiantes de la Universidad, la obligacion de costear los sueldos de sus catedráticos i los gastos del establecimiento, bajo pena de espulsion.» (1)

IV.

Entrar en el análisis de las numerosas obras

(1) Bustamante.—Bosquejo citado, páj. 34.

que emprendió i llevó a cabo el doctor Gutierrez para ilustrar a su país, barbarizado por una tiranía sistemática i brutal, es tarea ajena a esta rápida reseña biográfica.

Por esto nos contentaremos con su simple enumeracion, a fin de que por ella se mida toda la estencion de su trabajo, de sus frutos, i de la popularidad que, como hombre de crítica, de estudio i de compajinacion literaria i didáctica, alcanzara en medio de las jeneraciones que cultivan todavía con amor las letras en la América Española.

V.

He aquí esa nómina desde que el 1.° de abril de 1861, fué nombrado rector de la Universidad de Buenos Aires, o mas bien desde que vino a habitar definitivamente esta ciudad en 1856.

I. *La constitucion de Mayo*, esplicada sencillamente por preguntas i respuestas, para instruccion de la juventud, 1 v. 1856.

II. *Pensamientos*, máximas, sentencias, etc. de escritores, oradores i hombres de estado de la República Arjentina, con notas biográficas, 1 v. 1859.

III. *Apuntes biográficos* de escritores, oradores i hombres de estado de la República Arjentina, 1 v. 1860.

IV. *El jeneral San Martin*, 1 v., gran in 4.°, de lujo, cuya edicion fué costeada por dos particulares (los señores Pereira i Guerrico), 1862.

V. *Estudios biográficos* sobre algunos poetas sud-americanos del siglo XIX, 1 v. 1865.

VI. *Poesías Americanas.* Composiciones selectas, escritas por poetas sud-americanos de fama, 1 v. 1866.

VII. *Oríjen i desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires*, desde la época de la estincion de la Compañía de Jesus en 1867 hasta la fundacion de la Universidad en 1821, 1 g. v. en folio, 1867.

VIII. *Historia arjentina* enseñada a los niños, 1873.

IX. *Vida de Franklin*, traduccion de Mignet, (segunda edicion de la que habia trabajado en Chile).

X. *Poesías*, 1 v., 1876.

VI.

El doctor Gutierrez, ademas de la asídua atencion que prestaba a sus deberes públicos como rector de la Universidad i director jeneral de la enseñanza primaria, colaboraba como fundador o socio en todas las publicaciones literarias establecidas en Buenos Aires en el último cuarto de si-

glo que fué el de su mayor actividad intelectual, i especialmente en el *Inválido Arjentino*, en el *Correo del Domingo* i en las dos escelentes revistas bonaerenses tituladas:—*Revista de Buenos Aires* i *Revista del Rio de la Plata*, que entre ambas componen dos o tres docenas de gruesos i bien nutridos volúmenes.

VII.

Estableció tambien el doctor Gutierrez, en su calidad de rector, una preciosa oficina de canjes que está llamada en consorcio con la nuestra, a producir mas duraderos bienes entre los dos pueblos que todas las artimañas de las cancillerías, porque al fin del tiempo i las pasiones, de esas fuentes serenas brotará algun dia la luz, que en las otras (al ménos hoi por hoi) todo es tinieblas.

Con este fin, fundó Gutierrez una publicacion hebdomadaria con el título de *Boletin Bibliográfico*, en que se daba cuenta del movimiento intelectual de la América Española, i especialmente de Chile i la República Arjentina.—«Los buenos libros de Chile, decia a este respecto a un intermediario de sus remesas, en abril de 1876, se venden pronto i a buen precio.» En otra ocasion i con su sal acostumbrada, daba minuciosas instrucciones a su corresponsal sobre un cajon de libros

que remitia a Chile, «para que no sufra *allí*, decia, avería ni estravío en su calidad de literato, o de *huacho*, que es lo mismo.» El doctor Gutierrez conocia a Chile, el país por escelencia de los libros truncos, es decir, de los libros *huachos*.

VIII.

No desdeñaba tampoco el activo rector de la Universidad, en medio de tareas capaces de absorver por entero la vida de un hombre laborioso, de prestar su desinteresado concurso a cuantos de cerca o de léjos llegaban a golpear a la puerta de su saber o de su cortesía. Era como un padre para los estudiantes que le rodeaban, i que veian a cada instante diseñarse en su franqueza, en su jovialidad, su inalterable llaneza i *bonhomie*. Recordamos nosotros mismos, que habiendo solicitado la cooperacion de sus investigaciones desde Lima en 1860, para llegar a descifrar el jenio i la vida de un hombre que pasa todavía entre muchos como un arcano indescifrable, (Monteagudo), acojió nuestra solicitud con la misma i aun mayor bondad que nuestro primer estreno en 1849, ya recordado. Enviónos entre muchos documentos i estímulos honrosos, consejos que alguna vez habremos de utilizar, i que hoi mismo en que los es-

tudios sobre Monteagudo, han sido puestos a la moda en Lima i en Buenos Aires, serian de no pequeño provecho.—«Yo desearia, escribia a nuestro comun intermediario, desde el Rosario el 1.° de setiembre de 1860, yo desearia que B. V. M. reuniese todos los escritos de Monteagudo i lo juzgase mas por ellos que por la opinion de los peruanos, que no le comprendian porque no comprendian tampoco sus fines revolucionarios ni sus medios.»

En una palabra, el doctor Gutierrez, mas que ningun escritor arjentino, chileno, peruano, colombiano u oriental, tuvo una tendencia decidida americana i cosmopolita en sus estudios, en su propaganda i aun en sus viajes e ideas, fruto estas últimas de su largo destierro.—«Desde Méjico a Buenos Aires, dice acertadamente sobre esta marcada propension de su espíritu uno de sus compatriotas, desde Valparaiso a Montevideo no ha cantado un poeta, no se ha erguido un pensador sobre la multitud, no ha brillado una espada en defensa del derecho, sin que la vigorosa pluma del doctor Gutierrez dibujara a los ojos de sus conciudadanos la fisonomía de esos hombres superiores. Amaba el pasado i tenia fé inquebrantable en el porvenir.»

¿No son estos títulos, recojidos en cinco o seis repúblicas, en el Plata, en el Uruguay, en Chile,

en Colombia misma, suficientes para labrar la gloria de un escritor americano, i declararle, como a Bello, un verdadero prócer de las letras en nuestro continente?

IX.

Pero no llenaríamos nosotros nuestro mas firme propósito, que es el de seguir en todo la estela luminosa de la justicia, si al analizar tan rápidamente como lo hacemos la vida literaria del doctor Gutierrez, no diésemos cuenta en el debido tiempo, del último i ruidoso episodio, que por el órden de los acontecimientos fué el último de sus actos intelectuales.

Aludimos a la devolucion que en diciembre de 1875, hizo a la Academia Española de su título de miembro correspondiente, rasgo de descortesía literaria que no fué por cierto de fortuna para cerrar tan hermosa vida de escritor i de prosista americano.

El doctor Gutierrez, a nuestro juicio, no tuvo motivo alguno suficientemente sólido para dar un paso tan desusado en la vida de los hombres de letras, que por lo mismo que es senda de espinas, se esfuerzan todos los que por ella andan en encubrir con las flores de su injenio.

Mas que esto. En oposicion a la propia escuela en que habia vivido rodeado entre sus compatrio-

tas en Chile, que pidieron el ostracismo de Bello i la supresion del alfabeto, cuyo «sarmenticidio» de hecho ejecutaron, i despues entre sus propios discípulos, que sea dicho en honor de la verdad, han echado la gramática al turbio cauce de su rio i dispersado, con raras escepciones, los preceptos de la literatura al capricho de los pamperos, el doctor Gutierrez habia sido un escritor castizo, cuidadoso i casi intolerante, como el mismo habrá de confesarlo en seguida en el seno de la intimidad.

En 1845 no podia perdonar al mismo Alberdi su culto pero libre decir, i por cierto ménos a Sarmiento sus sublimes barbaridades. Pero aun en época tan próxima como la de 1866, encontramos en sus versos dirijidos al retrato de Ventura de la Vega, un hijo del Plata completamente españalizado, conceptos tan acusadores de su escuela castellana, como los siguientes:

> La lengua de Leon, de Herrera i Rioja,
> Hija del Lacio i del oriente hermana,
> Al tocar en tus labios recordaba
> Rumores de arpas etc., etc.

I todavía para hacer mayor su inesplicable pecado de repudio, el doctor Gutierrez habia aceptado o por lo ménos consentido en figurar como colaborador entre los revisadores de la gran edicion del Diccionario de la Academia Española,

que este sabio cuerpo se halla actualmente empeñado en llevar a remate con tan pujante teson, que tan solo la primera letra de la composicion lleva consumidos no sabemos si tres o cuatro volúmenes.

Ahora bien, ¿cómo bajo tales auspicios, que fuéron tal vez la causa inductiva que movió a los académicos Hartzenbusch, Segovia i Puente Apezechea, recientemente fallecido, a proponer su nombramiento, hízoles el culto doctor Gutierrez el irreparable desaire de tirar a las gavetas del secretario de la Academia en Madrid el honroso i por otros tantos solicitado diploma?

No somos nosotros ciertamente afectos a pergaminos ni ménos de seguro a sociedades de elójios mútuos, pero por lo mismo que no alcanzan a ligarnos esas amarras del mérito verdadero o de la vanidad, oropel vil u oro de subidos quilates, creémonos jueces, inhábiles tal vez, pero no tildados de parcialidad, para declarar que su rechazo del título de académico no tuvo justicia, ni oportunidad, ni filosofía ni siquiera urbanidad, tomando esta palabra en la accepcion que debe dársele al valorizar las relaciones de un cuerpo sabio con uno de sus socios.

X.

Hemos vuelto a leer con detencion la epístola

del doctor Gutierrez, dirijida al distinguido literato español Aureliano Fernandez Guerra, secretario de la Academia Española, la cual ocupa dos columnas de nuestros diarios, i lleva la fecha de Buenos Aires, 30 de diciembre de 1875, i en ninguno de sus conceptos i argumentos encontramos el justificativo de su estraña resolucion, porque aun siendo rigorosamente cierto, como creemos nosotros lo es, todo lo que dice respecto de la imposibilidad de dar al idioma español una inamovilidad i *fijeza* absolutas, ni la Academia Española se ha de mostrar ahora tan absolutamente intransijente como de antaño sobre ese particular, ni aun resistiéndose aquélla a la innovacion, habia motivo en uno de sus miembros para tratarla con tanta dureza, i ménos para recordarla irónicamente a Santa Teresa i al «amoroso San Juan de la Cruz.» En tal caso ¿no habria sido preferible recordar otra vez a frai Luis de Leon, a Herrera i a Rioja, como ántes con reverencia lo hiciera delante del retrato de Ventura de la Vega?

Es cierto que la forma (no el fondo) de la negativa es culta i cortés; pero el hecho fué un escándalo innecesario, i si hubiéramos de emplear una espresion mui corriente del otro lado de los Andes, fué casi una *gauchada*. Al ménos, el ilustre Bello pensaba absolutamente como Gutierrez, sobre la ponderada *fijeza* de la lengua castellana,

condicion que no ha de encontrarse ni aun en las estrellas, ni ménos por cierto en los vocablos humanos. Pero no por esto Bello desgarró su diploma ni estableció de hecho el divorcio de las intelijencias que en el nuevo como en el viejo mundo buscan la comunidad de la ciencia i del espíritu, echando a las espaldas las cuentas de viejas riñas por la lengua i por la espada. ¿O habria llevado el doctor Gutierrez su celo por el idioma americanizado o *cosmopolitado* (esta es la palabra que él usa para combatir su fijeza) hasta propender a la formacion de un lenguaje universal como el que en 1854 propuso en España el señor don Bonifacio de Soto, i al cual por cier-to la Academia no hizo su socio correspondiente porque llamó al camello *Erubé*? (1)

XI.

No. La epístola del doctor Gutierrez a la Academia Española no es una pieza de sabiduría, de

(1) Segun este ejemplo de la lengua universal, la letra inicial *e* significaria que se trataba de un ser vivo, *r* de un animal, *u* de un mamífero, *b* de un rumiante con cuernos i *e* de un camello... I por este estilo las demas invenciones de aquel *lenguaje universal*, que en aquel tiempo fué aceptado por muchos, como ántes lo habia sido, aun por la Universidad de Chile, el alfabeto Sarmiento.

oportunidad, de filosofía social ni siquiera de americanismo. Al contrario, el mismo ilustre reo nos ahorra el penoso empeño de encontrarle un calificativo adecuado porque el mismo se lo diera.—«¿Qué le parece a U. mi *cohete* a la Academia? decia a un amigo en carta del 6 de marzo de 1876. Tenemos un sílabus i un concilio en Roma; tendremos un Diccionario i una Academia que nos gobernará en cuanto a los impulsos libres de nuestra índole americana en materias de lenguaje, que es materia de pensamiento i no de gramática. Tendremos una literatura ortodoja i ultramontana, i no escribiremos nada sino pensando en nuestros jueces de Madrid, como los obispos que sacrifican los intereses patrios a los intereses de su ambicion en Roma. Yo he cumplido con mi deber, cediendo a propósitos mas altos que los que puede comprender el autor del artículo del «Deber» i el mismo Bello, si viviera. He rechazado el diploma con que hasta Alberdi se engalana en el título de «Luz del dia» como V. ha podido observar. Advierta V. que este amigo me criticaba amargamente mi respeto por la gramática i la ortografía de nuestro idioma, creyendo que estos cuidados eran nimiedades, i afectando tal aversion por ellos, que sus primeros éxitos le avergonzarán ahora cuando le caigan a la mano. I lo siento de veras, porque un hombre de sus luces i su talento, pro-

cediendo como yo, habria producido, no mi carta de poquísimo mérito, sino una obra digna de él i digna del asunto. Rehusé del Imperio la cruz que me ofrecieron: por razon análoga no he querido el diploma académico.»

XII.

Mas adelante agregaba el ilustre culpable del crímen de desacato literario, aludiendo a las justas críticas que le habian asediado, estas palabras que pueden ser una defensa pero no una justificacion.—«Por esa razon es que aquí mismo en Buenos Aires, se vuelve hácia atras en comparacion de los atrevidos caminos que anduvimos en otros tiempos.»—I en seguida concluia con esta frase, que es tal vez lo mas sólido de su argumentacion fuera de camino porque es lo mas injénuo. —«En fin, yo he procedido como *americano libre....*» ¿No fué eso mismo lo que nosotros quisimos espresar, cuando dijimos que el doctor Gutierrez habia hecho lo que gráficamente se llama todavía en su culta i rica ciudad natal «*una gauchada*»?

IX

CONCLUSION.

I. Guerra de Chile con España.—II. Guerra de la «Triple Alianza» contra el Paraguai.—III. Crísis financiera de los paises americanos.—IV. Cuestion de límites con Chile.—V. Vida íntima del doctor Gutierrez, su ancianidad i su muerte.

—¿Qué colores lleva?
—Los tres colores de la revolucion fracesa, como Chile.
—¿Qué símbolo?
—La estrella de la fé, como Chile.
—¿Qué nombre?
—«La República del Paraguai.»
Alberdi. (*Los intereses arjentinos en la guerra del Paraguai con el Brasil*, julio de 1865, *páj* 62).

I.

No obstante su absoluto apartamiento de la política militante i batalladora de su país, el doctor Gutierrez, «sentado a la sombra de sus años», estudiaba con interes todo lo que le rodeaba, sentia, amaba i aun aborrecia como en los dias ardientes de su juventud o en las horas apasionadas de su edad madura.

Así, cuando se persuadió de la política verdaderamente deplorable, que puso en ejercicio de hecho el gobierno del Rio de la Plata en sus dos

orillas, respecto de la agresion española a las costas del Pacífico en 1864, i que trajo forzosamente la guerra contra Chile, en oposicion a los hombres de estado dominantes de su país, el doctor Gutierrez se puso calorosamente de nuestra parte, conforme a su antiguo i probado americanismo.

Reprodujimos ya los ecos de su calorosa indignacion, cuando en 1851 presenció en Guayaquil la humillacion que a aquel país débil, tímido i hermoso, impuso «la bandera roja i amarilla tantas veces arrastrada por los valientes colombianos.»

Escuchemos ahora algunas de sus confidencias destinadas a ser simples desahogos de su alma en el seno de un amigo i compatriota, apartado como él de los negocios políticos.—«Los españoles estan vencidos, escribia, cuando Pareja i su escuadra se enseñoreaban de nuestras costas, ante la actitud fuerte i digna que ha tomado Chile, i de la cual no quisiera verlo declinar con medidas pequeñas.» (1)

Hacia en seguida el doctor Gutierrez, una espiritual alusion a la patriótica vehemencia del plenipotenciario de Chile en Buenos Aires i en Montevideo, i tocaba el fondo de la cuestion que nos

(1) Carta a don Mariano Sarratea, Buenos Aires, noviembre 28 de 1865.

dividia, en estos amistosos i consoladores términos. «Esta mala intelijencia no puede producir nada bueno, mucho mas cuando no es cierto que el pueblo arjentino sea desafecto al chileno, i al contrario, la *opinion verdadera* del público, le es simpática. Pienso, añadia, emitiendo su propio raciocinio i sentimiento (que era una condenacion de la conducta del gobierno de su país), pienso que *ya hai tardanza* por parte nuestra, en manifestar de una *manera oficial* cuánto es al aprecio i la estima que nos merece el pueblo i el gobierno chilenos, por su digna i valiosa posicion social, adquirida con labor i con constancia, que les honra sobremanera, colocado en primera línea entre sus hermanas, las repúblicas del sur. Ese apoyo moral *(cuando ménos)*, le es debido de justicia en el momento solemne en que se encuentra. Deseo que ese noble pueblo se mantenga digno como hasta aquí i moderado en su fuerza. Así saldrá engrandecido en medio de su propio conflicto.» (1)

II.

I entiéndase que el antiguo emigrado de Chile,

(1) Carta citada. El párrafo en que aludia al choque del plenipotenciario Lastarria con el ministro Elizalde decia así: «Los americanos somos jeneralmente buenos jinetes; pero al montar a caballo nos vamos a un lado u otro del mancarron, porque *detestamos los estribos....*»

no escondió jamas estos sentimientos en medio de la indiferencia o del enojo de sus compatriotas, porque en un libro que por aquel tiempo publicó i que lamentamos no tener a la mano para acotarlo *(San Martin etc.)*, rinde a Chile, como a país sobrio i guerrero, trabajador i patriota, el título de un acendrado respeto.

Pero, contraste estraño i casi inesplicable! La política internacional arjentina, movida por intereses puramente materiales, dába esta vez la espalda a los Andes i tendia la mano a la España, cuando habia alcanzado por la civilizacion, la riqueza i la independencia, un poder propio i una gloria que no habia quedado encerrada en el recinto de las calles de Buenos Aires cual en la *reconquista* de 1808. I sin embargo, el Plata antiguo, pobre, esclavo i mercader, habia pisoteado los intereses que ahora acataba, i buscado la alianza de Chile como fuerza, como fraternidad i como gloria.

Los mercaderes de 1810 condujéronse como héroes.

Los estadistas de 1865 calcularon solo como mercaderes.

III.

En la mucho mas desdichada i aun mas incomprensible guerra del Paraguai, llevada a sangre i

fuego a este heróico i aislado pueblo por las repúblicas del Plata, en estrecha i funesta alianza con el imperio esclavócrata del Brasil, el doctor Gutierrez pensó exactamente como pensamos todos los chilenos i todos los sud-americanos que contemplábamos desde léjos, aquel bárbaro i estraño sacrificio de una nacion oscura pero magnánima en obsequio de un estado que por razas, lenguas, topografía, política tradicional i ambicion sistemática, habia venido provocando aquellos conflictos desde Ituzaingó, ¿qué decimos? desde la emancipacion de Portugal en el siglo XVII, i cuyo fin único era el desmedro de sus vecinos del Plata para solicitar de esa manera su propio engrandecimiento territorial, que es lo que hoi de hecho tiene conseguido.

IV.

Al divisar en 1855 en los campos del Uruguai, la bandera imperial flotando acatada por el gobierno del jeneral Flores, que trajo a su país el azote de una ocupacion legal i solicitada de las armas brasileras, dijimos, dando la voz de alarma de la situacion:—«El Brasil es la Rusia de la América.» I hoi, despues de cerca de un cuarto de siglo, agregamos, que borrada por la Triple Alianza la heróica Polonia americana, Montevideo es la Constantinopla del continente, i no ha de tar-

dar tal vez mucho, a ménos que nuevas i sangrientas guerras deshagan el lóbrego camino recorrido en aciaga campaña, que el Rio de la Plata, no será sino el Bósforo del Imperio que amenaza a todas las repúblicas de Sud-América, con la sola escepcion de Chile, con el enorme peso de sus dominios i de sus límites nunca definidos. (1)

Abundando en esta manera de ver el embrollo i las fatales consecuencias de la política que a la la sazon reinaba en ambas márjenes del Plata, esclamaba el doctor Gutierrez, mas sagaz i mas fino

---

(1) Las opiniones que emitimos en 1855 (*Viajes*) no han cambiado en un ápice, por mas que las relaciones de nuestro país con el Brasil sean de la mas sincera cordialidad. En cuanto a la ocupacion brasilera de Montevideo, al mando del brigadier Pereira Pinto, reproduccion viva de la de 1817 bajo el baron de la Laguna, i de la de 1865 bajo Flores, ocupacion criminal de la que fuimos testigos oculares, he aquí los curiosos términos en que la justificaba el brigadier Flores, presidente a la sazon del Uruguai, en una proclama de aquella época (junio de 1854), que tenemos a la vista: «La ruina que viene *tras dê sí* de las disidencias civiles, ha colocado a la nacion oriental en *graves apuros* para *sufragar a las exijencias* de una *organizacion tan vigorosa* como es indispensable al *estado de desquicio* a que nos ha conducido el *catalismo* que ha tenido en peligro por largos años la existencia de la república.»

El *cataclismo* era el Brasil, i por eso el dictador Flores entregaba su patria a las banderas i a las bayonetas de ese declarado enemigo de la nacionalidad oriental en 1854, como en 1863, firmó i entró en la Triple Alianza, en esclusivo beneficio del Brasil, es decir, del *cataclismo*.

pensador que los conductores de su patria.—«El momento actual (diciembre 17 de 1865) es bien triste. La República Arjentina está comprometida en una guerra *estéril bajo todos conceptos!*»

V.

No es nuestro ánimo ni nuestro plan, entrar al fondo de estas cuestiones interminables, que necesitan muchos mas sérios estudios que los de una rápida reseña para ser debidamente apreciados; pero si estamos dispuestos a reconocer que en aquella desgraciada complicacion, el dictador del Paraguai fué el verdadero *agresor*, terrible e insensato, no podríamos decir con la misma llaneza si él habia sido el verdadero i constante perturbador, el antiguo, el tradicional, el inevitable *provocador* de todas las revueltas i conflictos de los estados limítrofes que cierran su incesante avance hasta los rios que forman la estuaria del Plata.

Por lo demas, provocado evidentemente el Paraguai por el Brasil; protejido otra vez el invasor Flores, no con la escarapela únicamente como en 1855, sino con los cañones del imperio, que redujeron a cenizas el heróico pueblo uruguayo de Paysandú en 1865, i arrastrado fatalmente el gobierno arjentino a favorecer al invasor, es decir, al verdadero *agresor* i *provocador* dèl conflicto que habia partido de su propio territorio, rechazando

a la vez con escarnio la mediacion un tanto fantástica pero admisible del dictador paraguayo, lanzóse éste al fin en la revindicacion de su política, de sus límites, de su potencia militar, desde largo tiempo acumulada, i sobre todo, de su odio inmutable al Brasil, el odio del *guaraní* contra el negro, con una pujanza i un arrojo que hoi mismo pasma por la selvática grandeza de su arranque.

VI.

En un mismo mes, casi en un mismo dia (abril de 1865) el terrible guaraní, que hace recordar al araucano Caupolican por su gloriosa constancia, su cruel i sanguinoso patriotismo i su temeridad digna de la epopeya, invade el suelo arjentino, apoderándose de la capital de la provincia de Corrientes; invade por los rios el Brasil, apoderándose de toda su vasta provincia de Matto Grosso, e invade por último el Uruguai, enviando un ejército de diez mil soldados, desnudos pero escojidos, bajo el mando de un simple mayor de ejército llamado Estigarribia, con instrucciones de no detenerse sino a las puertas de Montevideo, de cuya plaza deberia espulsar a culatazos a los intrusos brasileros, restauradores de Flores i de los *Colorados* contra Berro i sus *Blancos*.

VII.

De aquel bárbaro, atolondrado pero natural i *provocado* triple ataque, debia nacer como consecuencia indispensable el Tratado tripartito que los gobiernos agredidos celebraron en Buenos Aires el 1.° de mayo de 1865 para despedazar el Paraguai, respetando en la fórmula escrita su independencia, pero dejándolo de hecho maniatado, como lo está hoi a los piés del Brasil, que lo ocupa, lo esplota i lo devora despues de haberlo sangrado. (1)

VIII.

Nombrado jeneral en jefe el presidente de la República Arjentina, marchó a la cabeza de sesenta mil hombres contra el invasor, i olvidando aquel ilustre pero fascinado mandatario, que habia escrito la historia de Belgrano, prometió, en un momento de bélico entusiasmo, que en tres meses estaria con sus tropas vencedoras en la Asuncion. Tan solo con los rios i pantanos de la creacion tendria para un año. Pero el bravo pueblo paraguayo hizo de todos sus rios un solo charco de jenerosa sangre, i en vadearlo emplearon los aliados no ménos de cuatro años.

(1) Leánse las últimas noticias llegadas a Chile sobre aquel desgraciado país.

IX.

El 17 de agosto de 1865 habia tenido en efecto lugar la sangrienta batalla de Yatai, en suelo arjentino; el 18 de setiembre el traidor Estigarribia habia entregado las llaves de la ciudad brasilera de Uruguayana al emperador del Brasil en persona; casi un año mas tarde el 24 de mayo de 1866, habia sido destrozado el ejército paraguayo perdiendo quince mil hombres en el Palmar; tres meses despues, habian vuelto los últimos a recuperar sus banderas en la terrible carnicería de Cúrapaití (setiembre de 1866); i todavía no podia decirse que el territorio propio del Paraguai hubiese sido invadido: tan grande, estóico, bárbaro i sublime era el heroísmo con que era defendido.— «En fin, el hecho, escribia el doctor Gutierrez, el 26 de noviembre de 1866, es que estamos metidos en un berenjenal del cual *derrotados o victoriosos* no sacaremos sino males mas o ménos próximos.» (1)

En este caso el patriotismo hacia las veces de una profecía.

X.

Lo cierto es que solo seis meses mas tarde i despues de haber derramado a torrentes la sangre ar-

(1) Carta a Sarratea de la fecha citada.

jentina «por culpa de los jenerales brasileros», el ejército de la Triple Alianza, que mandaba el jeneral Mitre, ocupó las líneas de Curapaití (marzo de 1868), i que salvada en una crece de otoño la cadena histórica de Humaitá, fortaleza defendida por tres mil espectros, los brasileros no entraron en la Asuncion sino despues de tres años de incesantes combates. I asi Francisco Solano Lopez, rindiendo la vida como Lautaro, bajo el bote de la lanza de Diego Dabo, lancero africano, en el estero de Aquidaban el 1.° de marzo de 1870, no les dejó la presa sino cuando el Paraguai entero era, como él, un cadáver insepulto.

De un millon de seres habian muerto doscientos mil varones, por la bala i por el fuego, por el hambre i por el cólera. El Paraguai es hoi una estancia selvática que pastorean los capataces del Imperio, i está para poblarse de nuevo como la América bárbara i primitiva.

XI.

Apreciando los resultados precisos i lójicos de la lucha de una manera análoga al criterio que dominaba entónces en las repúblicas del Pacífico, i que en un estilo tan preciso i admirable condensó el ilustre i malogrado Toribio Pacheco, en su célebre nota-protesta de 9 de julio de 1866, a nombre del gobierno del Perú, el patriota doctor

Gutierrez se espresaba de esta suerte sobre el fondo de la situacion a fines de 1867.—«La prensa del Brasil ha venido a quitar muchas ilusiones, i ella es la primera en revelar que, entre los aliados no pueden existir sino *momentáneamente* una intelijeneia eordial i clara, porque su ejército i marina se robusteee i alcanza victorias para mostrarse poderosa ante *sus eternos enemigos*, los hijos del *Rio de la Plata*. La deseonfianza eontra nosotros es profunda, i grande la irritaeion que les causa su impotencia, delante de los paraguayos cuya constancia es admirable. El triunfo de los aliados lo seria *completamente brasilero*, i al dia siguiente seríamos víetimas de su insolencia, sino tuviéramos en *nuestro apoyo la república paraguaya*, que pertenece por su oríjen al sistema hispano-americano de repúblieas que deslindan con el Brasil, desde Venezuela al Estado Oriental.»

«Esta situacion, añadia en la misma earta, se ha presentado al país. La pacieneia está agotada. Todo debia inclinar al jeneral Mitre a tratar eon el Paraguai. Me consta, por otra parte, que Mitre tiene una idea mui favorable de Lopez. *Le he oido hacer su elojio*. A mas, Lopez se presenta con la opinion toda del mundo a su favor.»

XII.

Pero el jeneral Mitre no trató, tal vez contra

su corazon i su voluntad, por guardar fidelidad a quien jamas la guardaria por la necesidad misma de las cosas. Oh! I cuán diferente habria sido el presente i futuro destino de las naciones republicanas de la América oriental, si en vez de destrozarse paraguayos, arjentinos i orientales en el Palmar i en Curapaití (mayo i setiembre de 1866), hubiesen dejado intacta la cadena de fierro que atajó durante dos años los acorazados brasileros delante de Humaitá! Esa cadena serviria todavía de verdadera frontera a aquellos paises hermanos, porque seria la raya entre la república i la reyecía; entre la esclavatura i la libertad social; entre el equilibrio americano, pactado por la naturaleza, las necesidades de la administracion española i la historia misma, latente todavía, de sus oríjenes, i el esparcimiento de fuerzas del imperio fundado por los portugueses en rivalidad abierta con la España, cuyo desarrollo es la política invariable de aquel país, tan digno de respeto por sus instituciones civiles, encarnacion de todas las libertades prácticas, pero cuyas aspiraciones territoriales i dinásticas seran siempre funestas a todos sus vecinos.

XIII.

Pero el jeneralísimo del ejército de la Triple Alianza, compuesto de cincuenta mil brasileros, veinte mil arjentinos i cuatro mil orientales, no

quiso o no pudo detenerse, i desde entónces comenzaron las hecatombes, los prodijios, los acorazados asaltados en canoas, los batallones de mujeres, las fortalezas defendidas con troncos de palma simulando cañones, los fusilamientos de sus propios hermanos, decretados por el dictador a título de traidores a la patria, i sobre la infinita matanza, el cólera asiático traido en alas de los buitres, i que de rebote fué a matar en Buenos Aires al vice-presidente de la república, el ciudadano don Márcos Paz, el 14 de enero de 1868. «Es esta una de las pájinas mas sombrías de nuestra historia», esclamaba con razon el doctor Gutierrez.

I desde esos aciagos dias, el nublado que enluta el cielo de la patria arjentina no se ha disipado sino a lampos, porque aun en los dias de triunfo i regocijo oficial, el presentimiento aplastaba las alegrias de los corazones que amaban a la patria en su futuro.—«Hoi tiene lugar en la plaza del Parque, escribia el doctor Gutierrez el 9 de enero de 1870, *cinco años* despues de comenzada la guerra, la distribucion de los premios a la Guardia Nacional que hizo la campaña. Los pobres han cumplido con el deber que les impuso la fuerza del destino; pero han llenado en mi concepto una triste mision. Han dejado al Paraguai como quedan las mieses despues de una visita de la langos-

ta. Lo han talado, han incendiado los hogares del pobre i del rieo: los hombres han desapareeido i niños i mujeres eeden al hambre, a las enfermedades o la prostitueion.

«U. eonoee, añadia siempre tentado por la imájen faseinadora de las hijas de Eva, U. eonoee— i bien de eerea—a las correntinas. Pues bien, las paraguayas *eran* (1) mas simpáticas i tambien mejor parecidas, porque en aquella tierra los alemanes rubios de Cárlos V, que vinieron en la gran espedieion de don Pedro de Mendoza, eneontraron en el Paraguai por no sé qué lei latente de la naturaleza, elementos propios al predominio de su raza, mezelándose con la indíjena.» (2)

I todavía en el mas allá de los tiempos, estan eumpliéndose las incontrastables leyes del bien i del mal, porque si el Brasil esterminó por el hambre a su vecino, ¿por cuál eausa muérense hoi de ham-

---

(1) Esta palabra está así, tarjada en la carta orijinal que tenemos a la vista.

(2) Efectivamente hai muchas paraguayas rubias, i el viajero ingles Masterman, que vivió en aquel país tan hermoso como desdichado, durante siete años, asegura que algunas en nada se diferencian de las inglesas. A este propósito, el doctor Gutierrez entra en ciertas chanzas fisiolójicas, respecto de la escacez de hombres en el Paraguai por el estilo de las de Yago en el Moro de Venecia, que habrian alegrado probáblemente a Darwin, pero que a nosotros nos causan solo profunda tristeza.

bre comarcas enteras de aquel rico país? ¿I por qué son balas alemanas las que quieren arrebatar sus últimos dias al viejo venerable pero duro i codicioso, que pasó ayer triunfante sus lejiones sobre un país inocente i le quitó la mejor parte de su suelo para realce de su corona?

XIV.

Entre tanto, al cólera que habian enjendrado evidentemente los pantanos del Paraguai cuajados de cadáveres i sus rios rebalsando en ruinas, siguióse la fiebre amarilla que asoló a Buenos Aires en 1871, como si el destino quisiera traer a los pueblos el castigo de su locura junto con su propio desvarío, cual en la fiebre cuyo delirio es siempre precursor de la muerte.

Escuchemos todavía por la última vez sobre este particular al doctor Gutierrez, que ha ido huyendo del flajelo con los suyos a las Lomas de Zamora, hácia el sur de la campaña de Buenos Aires. —«El foco verdadero de esta calamidad, escribia aquél el 20 de marzo de 1871 (desde el paraje de campo que hemos nombrado, i donde habia encontrado refujio en una familia de emigrados alemanes), el foco verdadero de esta calamidad es el Paraguai, o mas bien la Asuncion, tal cual la ha hecho la última guerra. Es aquel un osario de centenares o de millares de *animales racionales* i

no racionales mal enterrados, i un cementerio de vivos hambrientos, sucios, tristes i desgraciados bajo la custodia de soldados negros brasileros, cuya inmoralidad i *catinga* bastaria para emponzoñar la atmósfera del Paraiso. La fiebre amarilla es uno de los frutos de «la gran política», asi como el cólera morbo. Despues cosecharemos la pobreza i en seguida las humillaciones a que nos ha de esponer la insolencia imperial, de la cual nos hicimos servidores i aduladores.» (1)

XV.

I a propósito de esa *pobreza* que ya desde 1871 el doctor Gutierrez divisaba venir como una tercera epidemia que no tardó en infestar el Plata i a nosotros con el nombre de crísis, verdadera fiebre amarilla que padecen las impersonalidades que se llaman Estados, permítasenos copiar alguna de sus doctrinas económicas, por singulares, o por las

(1) Carta de don Mariano E. de Sarratea. Por esta misma época o algo mas tarde (porque la carta no tiene fecha), el mismo doctor Gutierrez escribia a nuestro amigo i mui querido suyo el doctor Villanueva, las siguientes palabras que confirman sus temores o los dan por realizados: «Para mí estamos en vísperas de algunos hechos graves: el Brasil se entra *con llave de oro* en los negocios orientales: es dueño del Paraguai; cuando sea mas fuerte i estienda mas su influencia sobre el Rio de la Plata, nos humillará de cierto, o nos hará mucho daño valiéndose de nuestros propios disentimientos.»

analojías que en ellas aparecen con el mal que nos aqueja a los que dormimos el sueño de la fantástica prosperidad, teniendo por lecho la dura roca de los Andes que el Pacífico azota.—«Cuando veo, decia el doctor Gutierrez en mayo de 1872, una *receta* de muchos renglones; tiemblo por la mejoría del doliente, i cuando veo un plan de hacienda mui artificial, tiemblo tambien, porque la hacienda pública no puede restaurarse sino a condicion de un buen estado político i social, que se alcanza *por leyes que no son de carácter financiero.* La república está pobre i perezosa. Es preciso moverla, ponerla en camino, darle fé i esperanza en el porvenir.»

En otra parte i en otra carta, decia con su estilo ameno i crudo pero peculiar, que la República Arjentina estaba «herida en la tetilla izquierda», es decir, en el lado en que los seres orgánicos llevan el corazon, i por esto desconfiaba de todos.—«Cuando no hai paja en el pesebre, escribia espiritualmente en 12 de diciembre de 1875, los asnos se dan de coces.»

No pensaba ciertamente de la misma manera su sagaz amigo el doctor Alberdi, cuya inagotable «trastienda», siempre provista de buen surtido de ideas, de arbitrios i de recursos, no se dejaba desalentar. «Cuando pienso,—escribíale el último desde Paris, a fines de aquel mismo año,—cuando pienso en las bases i elementos con que cuenta el

progreso material de la América del Sur, me rio de las crísis como la que sufre nuestro país: puede ser grave pero nunca de muerte, ni de ruina, ni durable siquiera. Nuestra vida económica es de tal modo una parte accesoria de la vida europea que no tenemos poder capaz de destruir el vuelo i desarrollo que nos impone el mundo de que somos un órgano. A la distancia todo se exajera. Males que han pasado ya tal vez por allá, son recien conocidos i exajerados en Europa, i de ahí la baja de nuestro crédito públieo en Londres. Felizmente, nuestro caso no es el de Turquía, pues nosotros no somos otra cosa que la Europa misma al otro lado del Atlántico.» (1)

(1) Encontramos este notable párrafo del doctor Alberdi, copiado en una carta de Gutierrez al doctor Villanueva, fecha de 12 de diciembre, i que ya hemos citado. Es un trozo digno de ser estudiado por nuestros economistas que todos los dias apuntan con la mayor ansiedad en su cartera las fluctuaciones del precio del cobre i de la plata en Liverpool. Por su parte el doctor Gutierrez añadia en la carta mencionada las siguientes reflexiones que no nos parecen ménos fundadas en su tanto: «U. ve que Potosí era próspero cuando todo lo compraba con rascar el cerro; pero hoi que no hai como rascar nada, Potosí es una tapera de indios andrajosos. Nosotros continuaremos esquilando ovejas i desollando bueyes; *pero no creamos ninguna industria en que la intelijencia se asocie al trabajo, único maridaje que da riqueza verdadera i constante.* Pero esta carta no da mas que opiniones. El tiempo dirá quien tiene razon, i ojalá Alberdi hable por boca de ánjel, como dicen las viejas.»

XVI.

Nos queda todavía una parte que tocar en esta apresurada condensacion de los actos i opiniones del ilustre arjentino, cuya interesante vida habran de escribir por entero plumas arjentinas; i es el mas delicado i candente de cuanto hemos abordado,—el punto de nuestra diverjencia con Buenos Aires en actual i calorosa controversia.

Por supuesto el doctor Gutierrez creia de buena fé, como todos los arjentinos, que no poseemos los chilenos a buen título histórico una pulgada del vasto i árido desierto, que en otras ocasiones hemos llamado, tal vez con mas exactitud que los tratadistas, los historiadores i los diplomáticos, *res nullius*, caso en que se halla al ménos una décima parte del pro-indiviso territorio de la América del Sur, española i portuguesa. Pero, como nosotros, conciliaba aquella opinion con el deseo mas vivo i sincero de un pronto i fácil avenimiento.—«El señor Barros Arana ha sido recibido, escribia al doctor Villanueva de Valparaiso el 21 de junio de 1876, bajo buenos auspicios. El espíritu bélico del.... (1) Frias, no penetra en el Minis-

(1) Suprimimos aquí, en obsequio de la cordialidad entre los vivos i los muertos, un blando calificativo místico que el doctor Gutierrez regalaba a su antiguo i respetado amigo i compañero de destierro en Chile.

terio, i es probable que todo se arregle a *l'amiable.*»

En cuanto a su manera de ver la cuestion en sí misma, he aquí como se espresaba dos meses mas tarde, limitándonos (como es para nosotros un obvio deber de cortesía internacional), a reproducir íntegramente sus palabras: «Las pretensiones de Chile, escribia el doctor Gutierrez, desde su lecho de enfermo i con pulso trémulo, a un amigo a quien en tal ocasion debia tener especialmente presente, las pretensiones de Chile a la posesion de la Patagonia hasta Santa Cruz, son completamente infundadas. No tienen un palmo de tierra al oriente de las cordilleras.

«El rei deslindó claramente el gobierno del Rio de la Plata, desde que hizo los convenios con don Pedro Mendoza, i segun ese deslinde, que nunca se alteró, no solo tenia Mendoza en todo el litoral del mar del Norte i Atlántico, sino que se estendia tambien muchos cientos de leguas sobre el del Sur Pacífico. Al crearse el vircinato, la voluntad real se hizo mas palpable, pues dió al vireinato del Rio de la Plata, todo el país en donde corrian aguas que al fin entraban en este gran estuario, es decir, toda la hoya o cuenca hidráulica de él. Asi se esplica como Cuyo pasó al vireinato, como pasó todo el alto Perú, despues Bolivia. Asi fué que Vértiz, a quien puede considerársele como el primer virei de Buenos Aires, fué el encargado de

establecer los gobiernos o intendencias, creados por voluntad del monarca desde el estrecho de Magallanes hasta el Rio Negro, a cuya márjen existe aun el pueblo Cármen de Patagones, fundado dentro de uno de aquellos gobiernos e intendencias.

«Todo esto ha sido puesto de manifiesto, exhibiendo los documentos irrecusables, desde el año 1874, en una memoria de nuestro archivero el señor don Manuel R. Trelles, refutando a Amunátegui. Creo que Frias ha demostrado lo mismo con iguales fundamentos, i últimamente Quesada, nuestro bibliotecario, ha publicado un libro lleno de pruebas a favor nuestro, no diré mejor derecho a la Patagonia, sino nuestro esclusivo derecho a ella.

«Los chilenos juzgando por las memorias de Anjelisi, Velez i Sarsfield, no tomaron el pulso a las armas que podian emplearse por nuestra parte con mejor conocimiento i mayor estudio de nuestros archivos, i por eso se han atrevido a tanto. Si reconociendo nuestro derecho nos hubieran pedido como hermanos una parte a esa herencia que nos... (1) del mismo padre i madre que a nosotros ya todo estaria concluido. De todos modos nuestras relaciones no pueden ni interrumpirse ni

(1) Aquí hai una palabra verdaderamente ininteligible porque el doctor Gutierrez escribia mui enfermo i con el pulso mui trémulo.

romperse por esta cuestion, mucho ménos ahora que como dije a U. en carta anterior, el negocio está en manos de un hombre sensato i bien intencionado, sin dejar de ser chileno i devotísimo a los intereses de su patria. Querria poderme estender mas i comunicarle mis miras sobre la manera de transar este negocio; pero hago un verdadero sacrificio en escribir estos renglones acompañados de repetidos i agudísimos dolores.» (1)

XVII.

Entre tanto i como parece desprenderse de las últimas palabras de la carta que antecede, el doctor Gutierrez veia ya aproximarse el desenlace de su larga, honorable i laboriosa carrera. Ese desenlace no le asustaba. El doctor Gutierrez era deista, i aun se asombraba que en la catedral de Santiago se hicieran honras a Garcia Moreno «este Rosas del Pacífico», segun su enérjico pero no del todo justo fallo de su opinion anti-católica. (2)

---

(1) Carta al doctor Villanueva, fecha en Buenos Aires el 20 de agosto de 1876.

(2) «I a propósito, es verdad, que le han hecho exequias mui concurridas a Garcia Moreno en la metropolitana de Santiago? ¡Qué inmoralidad! Aquí tambien han hecho su elójio los periódicos llamados relijiosos por mal nombre.»—(Carta del doctor Gutierrez al doctor Villanueva, sin fecha pero que debe ser de 1875.)

El doctor Gutierrez veia llegar el término de su vida, como el viajero que divisa en lontananza las blancas paredes de la última posada en que concluye la senda transitada, i en cuyos umbrales comienza el desierto con sus inmensos inesplorados horizontes, oásis o arena, descanso o tortura eterna... «Se gastan los dientes por la masticacion, decia en mayo de 1872, se va el cabello en los dientes del peine o en la cerda del cepillo. Si uno está sentado usa el fundillo, si camina agujerea las botas. Si todo es pues destruccion, añadia, si todas nuestras facultades son fusibles, masquemos el bizcocho hasta que se lleve la trampa la última muela.»

Levantando su espíritu a nociones ménos vulgares de lo infinito de la vida i su mision, el doctor Gutierrez habia escrito años atras, a uno de sus confidentes mas queridos i mas frecuentados de Chile, estas palabras verdaderamente hermosas i sentimentales:—«Hemos dado el ser en el seno de mujeres profundamente amadas a nuestros hijos herederos de nuestro nombre, i desde ese momento ya no nos pertenecemos quedando convertidos en instrumentos de felicidad de esos pedazos del corazon. Este convencimiento es el Cirineo de la cruz de la vida. Marchemos amoratados, pero contentos, que la muerte es la luz de una gran aurora *cuando se ha pasado la tarde anterior* en el santo cumplimiento de los deberes.»

Juan María Gutierrez falleció en efecto en la hora de la aurora del 26 de febrero, i despues de haber recorrido gozoso i casi ufano en la noche precedente las calles de su ciudad natal, iluminada por las mil radiosas bujías de una secular ovacion. Esa habia sido su «tarde.» La «gran aurora» fué su fin.

Pero el espíritu inquieto, flexible i pintoresco del crítico, siempre espiritual i lozano, descendia a la prosa de la vida diaria con la rapidez del águila que, remontada en el éter sublime, se precipita de un solo vuelo háeia el chaparral de honda quebrada. Aludiendo, en efecto, a la salud robusta de uno de sus compatriotas de Chile i que solo le precedió unos pocos dias en el sendero del infinito, agregaba el humorístico escritor en esa misma carta las siguientes palabras:—«En cuanto a nues-amigo Beeche, nada temo por la integridad de su volúmen, porque está encuadernado en cuero de Rusia, que es contra todo jénero de polilla. Ah! Si lo pudiera tener a tiro con biblioteca i todo!...»

El cuero de Rusia del benemérito bibliófilo de Valparaiso, cedió empero al diente tenaz i roedor de su vieja asma, i los dos amigos que fueron al propio tiempo los dos mas entusiastas aficionados a «libros de América» que haya poseido nuestro continente, descendieron casi a la misma hora i al mismo ataud... Don Gregorio Beeche, en Valpa-

raiso el 22 de enero: Gutierrez el 26 de febrero. Se hubiera dicho que aquellos dos hombres singulares, casi escéntricos, en razon de su estraña, mal comprendida i noble aficion, habian sido un solo libro de edicion única empastado en rica tela i en dos volúmenes. ¿Podia obra de tan subido precio quedar descabalada?

La lengua implacable del telégrafo, este mensajero sordo-mudo pero terrible de las penas i venturas de la humanidad moderna, llevó al hogar del amigo la dolorosa nueva de la estincion del viejo coleccionista de Chile, i preparó la suya de una manera verdaderamente singular.—«Tengo una fatal noticia, decia el doctor Gutierrez a un hombre distinguido a quien llamaba «su hermano» i que hoi ocupa en Chile un alto i bien ganado puesto diplomático: he perdido en Valparaiso a un digno i antiguo amigo. Don Gregorio Beeche era poseedor de una copiosa i escojida *biblioteca americana* que ahora se desparramará sabe Dios cómo. (1)

---

(1) La carta de que copiamos estas palabras está dirijida al honorable señor Von Gülich, ministro de Chile de S. M. el Emperador de Alemania, cuyo caballero ha tenido la bondad de comunicárnosla.

Los justos temores del doctor Gutierrez por la preciosa e inestimable biblioteca del señor Beeche no se realizarán sin embargo, porque sus herederos han tenido la bien pensada i sensata idea

«Esos libros, añade el doctor Gutierrez en esta carta que fué su último augurio, eran los ojos del alma del pobre Beeche. Así son los propósitos humanos! Aquello que mas nos ata a la vida es con lo que ménos podemos contar: lo único que es nuestro es la muerte. La muerte pues debe ser una cosa tan preciosa cuanto bella. *Vivamos de manera que podamos sonreir cuando se nos acerque.*»

Esto escribia el doctor Gutierrez el 13 de febrero último, dia i número aciago en el calendario misterioso de los alemanes, segun observa su mas lejítimo representante en Chile.

Una semana mas tarde el noble anciano habia sido encontrado, al ir a despertarle para llamarle al cuotidiano trabajo, con la sonrisa en los labios en su modesta estancia de la calle de Venezuela, núm. 162.

I bien, la primera carta en que Gutierrez retoza con el pensamiento de la muerte en su edad fuerte i madura desde la amena ciudad de Lima en 1848, segun ya tenemos recordado, i al mismo tiempo

---

de no fraccionarla, sino al contrario formar para toda ella un catálogo condensado e ilustrativo que ponga de relieve su evidente mérito, i sirva para enajenárla, sea a un gobierno americano o europeo, sea, como algunos desearian, a la ciudad de Valparaiso (donde ha sido esclusivamente acopiada durante treinta años), i mediante una suscricion popular que ya cuenta con algunos nombres i cantidades importantes.»

la ennoblece con su resignacion, tiene tambien la fecha precisa de 13 de febrero que apuntó en 1848.

¿Hai entónces algo de estraño en esta correlacion cabalística de los números aplicados a las porciones en que se divide el calendario de la fugaz vida humana? ¿Es cierto por ventura lo que nos apunta el cortes diplomático aleman, cuando ayer nos dice: «El 13 de febrero, esa cifra de mal agüero en las supersticiones de mi tierra, se presenta aquí como una rara coincidencia, porque esta es la primera vez que mi amadísimo amigo me habla de la muerte, i así se cumplió?» (1)

XIX.

El doctor Gutierrez era en su persona hombre de mediana estatura i ménos que mediana corpulencia. Vestia con aseo, a la inglesa, pero sin rebusque. Era en sus hábitos i en sus ideas un gran hijienista práctico. Su fisonomía no era hermosa pero simpática i atrayente. Noble frente levantada, poblada de venerables canas: ojos pequeños penetrantes, risueños i bondadosos, tez algo encendida, especialmente en los pomos de la mejilla i su nariz, que él mismo llamaba «arrespingada» i de aquí el sobrenombre del «ñato Gutierrez» que por apodo le pusieron en el pone-nom-

(1) Carta del honorable señor Von Gülich, mayo 8 de 1878.

bres Chile. Su boca era sensual, grande, gruesa, i acusaba su naturaleza apasionada a la vez que volteriana. La verdadera sonrisa del hombre bueno brillaba en sus ojos i en su plácida frente de pensador i de filósofo.

XX.

En los últimos años el anciano literato, rector ya jubilado de la Universidad, habia visto despoblarse su hogar de seres queridos. Su hermano habia sucumbido en Guayaquil a las persecuciones políticas i al dolor doméstico. Su propia esposa «mujer fuerte i creyente i entrañablemente amada», habia desaparecido de entre sus brazos en la noche del 23 de noviembre de 1864. Pero en cambio aquel niño nacido en Santa Fé i que el llamaba su «bibliotecario» i su «tirano», cuando le mecia en sus rodillas, habia elejido ya esposa, i por el mes de setiembre de 1876, llevó al viejo techo la sonrisa de una compañera, que para los padres que aman es solo una prolongacion de la vida.

XXI.

En estas circunstancias sorprendióle la muerte, que el preveia i casi adivinaba una semana ántes, en medio de los goces supremos del trabajo.

Su última reconciliacion de la vejez con la vida, fué un paseo nocturno por las iluminadas calles

de su ciudad querida, en la primera noche del centenario de San Martin; i despues de escribir una larga carta al mas antiguo amigo de su vida, carta que al parecer no alcanzó a concluir, echó su fatigada cabeza en la almohada del obrero que reposa, para no levantarla mas. (1)

«Nuestro padre,—cuenta el hijo primojénito del doctor Gutierrez, (que segun debe el lector recordar llevaba su mismo nombre), al amigo que mas pruebas de afeccion i de ternura ha tributado a su memoria,—murió en la mañana del 26 de febrero, a consecuencia de un ataque repentino que le arrebató la vida en pocos momentos, sin que sus hijos que se hallaban bajo el mismo techo, pudieran recojer sus últimas palabras.»

«La semana ántes de su muerte la habia pasado como el resto de su vida, entre sus libros i sus papeles, siempre estudiando, siempre trabajando i llenando con esas tareas una necesidad de su espíritu curioso e investigador.» (2)

---

(1) Hemos visto en Valparaiso cartas del doctor Alberdi de mediados de abril último, doliéndose profundamente del vacio que aquella desaparicion va a producir en su derredor en su próximo regreso a Buenos Aires, i en ellas refiere que la carta mencionada no ha llegado a su poder i probablemente no llegará jamas.

(2) Carta del señor Juan María Gutierrez, hijo, al señor Von Gülich, fecha 8 de mayo de 1878, i que el último comedido caballero ha tenido la bondad de comunicarnos.

XXII.

De los funerales del doctor Gutierrez, celebrados en Buenos Aires el 27 de febrero de 1878, ya hemos dado alguna cuenta en la introduccion de estos apuntes. No tuvieron la pompa de los apoteósis que los gobiernos ordenan por decreto, i cuyo fausto se paga en seguida por decreto tambien. Pero ofrecieron algo que es mas hermoso que el tributo oficial de los grandes i de los que agradecen los bienes de la vida i los dones de la muerte conforme a una inmutable pauta i tarifa oficial.

Los funerales del doctor don Juan María Gutierrez, fueron, como la leccion póstuma de frai Luis de Granada, despues de su castigo, la última leccion i el último ósculo de amor i de respeto, que tres jeneraciones que él habia enseñado, le llevaron con sus sollozos i sus coronas al borde de la tumba.

FIN

ÍNDICE.

CATÁLOGO

DE LAS

PUBLICACIONES

DEL

CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.

SANTIAGO.	LIMA.	VALPARAISO.
ANGOSTA, 7¾.	AUMENTE, 128.	VICTORIA, 124.

La Creacion, Historia Natural,

Publicada bajo la direccion del sabio catedrático de la Universidad Central de Madrid, doctor don Juan Vilanova i Piera. Edicion espléndida la mas notable i completa de cuantas en su jénero se han dado a luz en Europa, ilustrada con unos tres mil grabados intercalados en el texto i mas de cien grandes láminas de colores (cromo-litografías). Esta magnífica publicacion que abraza los últimos estudios i descubrimientos en materia de ciencias naturales, cuya impresion ha durado mas de tres años imponiendo considerables desembolsos a sus editores, i que constituye, en fin, por la belleza de sus tipos, escelencia de papel i delicadeza de ilustracion, un verdadero monumento de la moderna tipografía, consta de OCHO TOMOS en tamaño folio mayor, los cuales contienen, en razon de la pequeñez del tipo, una cantidad de lectura equivalente a la de TREINTA TOMOS de ordinarias dimensiones.

Apesar de lo costosa que ha de ser necesariamente una obra de tal importancia i naturaleza, la circunstancia de ofrecerse por entregas semanales, la pone al alcance de todas las personas amantes de los libros útiles e instructivos.

El precio es lo mismo comprándolo de una sola vez que tomándolo por entregas, i el importe de la encuadernacion se paga por separado.

La Divina Comedia.

Por DANTE ALIGHIERI, segun el testo de las ediciones mas autorizadas i correctas. Nueva traduccion en prosa por don Cayetano Rossell, de la Academia Española. Completamente anotada i con un prólogo brigráfico-crítico, escrito por don Juan Eujenio Hartzenbusch. Magnífica edicion ilustrada con mas de 130 grandes láminas, dibujadas por el célebre artista Gustavo Doré. Apesar de los crecidos gastos que ha ocasionado a sus editores este libro monumental, SU COSTO NO ESCEDE DEL QUE HA TENIDO EN PARIS la misma publicacion con iguales láminas. El primer tomo contine la primera parte del poema, titulada EL INFIERNO: el segundo lo forman EL PURGATORIO i EL PARAISO.

La edicion es de todo lujo, en papel vitela, tamaño gran folio, elegantes tipos i esmeradísima impresion. El testo italiano acompaña a la traduccion en cada pájina.

El Mundo en la Mano.

Nuevos i variados viajes pintorescos a las cinco partes del mundo. Texto por los mas célebres viajeros, magnífica i profusa ilustracion de vistas, tipos, costumbres, trajes, escenas, retratos, etc., en láminas finas de gran tamaño tomadas de fotografía.

Viaje al Japon por Humbert.
Viaje a Abisinia, por Lejean.
Viaje a Jerusalen, por Lamartine.
De Washington a San Francisco de California, por Simonin.
Viaje a Bulgaria, por Lejean.
Viaje a Nueva Granada, por Saffray.
Último viaje al Polo Norte, por los buques *Germania i Hamsa*.
Como encontré a Livingstone, viaje al interior del África, por Stanley.
Último diario de David Livingstone, con facsímiles i magnífica ilustracion.
Viaje al Asia Central.
Viaje a la India, por el Príncipe de Gales.
Viaje a los Valles de las Quinas, por Paul Marcoy.
Viaje a la Nueva Zelanda.
Roma, por Wey.

Viaje a la Nueva Caledonia, por Jules Garnier.
Far-West americano, por Simonin.
España, visitada i descrita por autores españoles.
Etc., etc.
La obra constará de cuatro tomos en folio, i su precio será el mismo cuando esté completa que tomándola por suscricion.
Se reparte por cuadernos semanales.
Para hacer mas amena i variada la lectura, desde el cuaderno 6.° se publican al mismo tiempo los tomos 1.° i 2.°

El Paraiso Perdido.

Por JOHN MILTON, segun el testo de las ediciones mas autorizadas. Nueva traduccion directa del ingles, precedida de la vida del autor, por Cayetano Rossell, de la Academia Española. Ilustrada con 50 grandes láminas, de Gustavo Doré.

Este libro admirable que, en sentir de Victor Hugo, reune como ninguno la meditacion del filósofo i la inspiracion del jenio, forma un solo tomo, tamaño gran folio, impreso con el mayor esmero, teniendo orladas todas sus pájinas.

Al final de la obra se ha incluido EL PARAISO RECOBRADO del mismo autor, i algunos de los principales juicios críticos de notables escritores.

Cuesta lo mismo comprándola completa que suscribiéndose por entregas.

Geografía Universal.

POR MALTE-BRUN, Anotada, variada i completada hasta los últimos descubrimientos de la ciencia por los mas célebres jeógrafos i viajeros, entre ellos Humboldt, Arago, Lavallée, Beudan, Maury, Balbi, Livinsgtone, Joanne, D'Auville, Cuvier, Flammarion, Saint-Martin, etc., etc.

Esta magnífica i útil publicacion contiene mas de 2,500 pájinas de lectura compacta a dos columnas en tamaño casi folio, habiéndose reducido a tres el número de tomos apesar de ser la edicion mas completa que se ha hecho de tan importante libro.

La ilustracion comprende una coleccion de cerca de ochenta láminas dibujadas con el mayor esmero, representando vistas de ciudades, monumentos, edificios, etc., etc. Tambien lleva mapas iluminados de un tamaño doble del de la obra.

Los pocos ejemplares que quedan todavía de la edicion se venden, completos o por entregas, al mismo precio.

El Mundo antes de la Creacion del Hombre. Oríjen del Hombre.

Obras escritas en frances i aleman por FIGUIER I ZIMMERMANN,

traducidas por don Enrique Leopoldo de Verneuil. Segunda edicion.

Forman dos tomos lujosamente encuadernados, que se venden con un aumento de precio sobre el que ha tenido por suscricion. No se admiten ya suscriciones por entregas.

Historia de los Estados Unidos

Desde su primer período hasta la administracion de Jacobo Buchanan, por J. A. SPENCER, continuada hasta nuestros dias, por Horacio Greeley. Tercera edicion.

El hecho de haberse agotado en pocos años dos ediciones de esta importante obra, prueba de un modo evidente su mérito i utilidad. La tercera edicion, tan cuidadosamente impresa como las anteriores, contiene multitud de grabados en acero, representando vistas de batallas, edificios, autográfos i una coleccion de mas de 200 retratos de los hombres mas célebres de Norte América, segun los cuadros orijinales de Leutre, Weir, Powell, Campman, etc., etc.

Forma tres abultados tomos en tamaño casi folio, buen papel i escelentes tipos. Los ejemplares se venden al mismo precio completos que por entregas.

La Sagrada Biblia

Traducida de la vulgata latina por don FÉLIX TORRES AMAT, obispo de Astorga,. Edicion monumental, la mas completa i lujosa de las conocidas hasta el dia, con mas de 200 grandes láminas, de Gustavo Doré, i adornada con multitud de viñetas i cabeceras de esquisita propiedad i buen gusto.

Para mayor claridad en la lectura i por no hacer demasiado voluminosos los cuatro grandes tomos de que la obra se compone, el testo latino va impreso en letra mas pequeña al final de cada tomo.

El mérito universalmente conocido de los dibujos de Doré, el rico papel vitela, la elegancia de los tipos i demas circunstancias que reune la edicion de este precioso libro, hacen de él un monumento literario i artístico digno de su incomparable asunto.

La obra tiene igual precio completa que por suscricion.

Diccionario Universal

De la lengua castellana, ciencias i artes. Enciclopedia de los conocimientos humanos. Comprende lengua i gramática castellanas, retórica i poética, crítica, literatura, bellas artes, paleografía, diplomática, heráldica, numismática, lingüística, mitolojía, historia, biografía, jeografía, matemáticas, ciencias exactas i físico naturales, teolojía, filosofía, relijion, culto i liturjia, derecho na-

tural, romano, civil español, político-administrativo, mercantil, penal, canónico, economía, lejislacion comparada, medicina, industria, comercio, agricultura, política, milicia, pedagojia, educacion i bibliografía. Obra ilustrada con grandes grabados representado vistas, retratos, planos, mapas, monedas, templos, armas, inscripciones, máquinas i monumentos notables. Bajo la direccion de don Nicolás María Serrano, i con la colaboracion de distinguidos escritores.

La estraordinaria estension de la obra no permite calcular exactamente el número de entregas de que ha de constar. La letra A i la letra B que van publicadas, ocupan mas de 2,000 pájinas en folio, a tres columnas.

La Atmósfera.

Descripcion de los grandes fenómenos de la naturaleza por CAMILO FLAMMARION completada con los viajes científicos aéreos del mismo autor i de Glaisher, Fonvielle i Tissandier. Version española de don Manuel Aranda i San Juan, notable edicion de gran lujo ilustrada con numerosos grabados intercalados en el testo i 38 láminas impresas aparte.

Esta obra, cuyo solo título justifica el interes con que el público la ha acojido, sin contar ademas la conocida fama de su autor, forma un grueso tomo perfectamente impreso en papel superior i con tipos completamente nuevos. El precio es el mismo suscribiéndose por entregas o tomándola de una vez.

Ecos de las Montañas.

Leyendas históricas por don José Zorrilla. Consta de dos grandes tomos impresos con el mayor lujo, en papel vitela, i adornados con mas de treinta grabados en acero dibujados por Gustavo Doré. Solo se venden ejemplares empastados.

Vida de Nuestro Señor Jesucristo

Por los cuatro evanjelistas, anotada i esplicada por los mas célebres escritores católicos. Edicion de gran lujo con mas de cien grandes láminas a dos tintas. Obra dedicada a S. S. Pio IX. Dos grandes tomos empastados.

Las Fábulas de Esopo i de Lessing

Traducidas directamente del griego i aleman respectivamente por don Eduardo de Mier i don Juan Eujenio Hartzenbusch. Esmerada edicion con multitud de láminas sueltas i grabados intercalados en el testo. Un tomo casi folio.

Historia de la Revolucion Francesa

Por A. Thiers con un prefacio de Julio Janin i un estenso juicio sobre la revolucion, escrito por Emilio Castelar. Lujosa edicion con grandes láminas i escelente papel. Cuatro tomos folio.

Historia Jeneral de España.

Por Modesto Lafuente (Frai Jerundio), completada hasta nuestros dias por don Juan Valera, de la Academia Española, Edicion monumental adornada con cromos, grabados en acero. dibujos intercalados en el testo, retratos, armas, monedas, monumentos notables. Seis grandes tomos, tamaño gran folio, de esmerada i compacta impresion en papel vitela.

La Tierra i sus Habitantes.

Nuevas escursiones á las cinco partes de mundo. Lujosa edicion profusamente ilustrada con grabados representando tipos, vistas, trajes, retratos, etc., etc. tomados de fotografía.

La Conquista blanca,—La Florida.—Viaje al Lazistan i Armenia.—El Bajo Perú.—De Rávena a Otranto.—Recuerdos del Pacífico.—Viaje al Cáucaso.—Viaje a Tremecen.—Viaje a Grecia.—Viaje al Brasil.—Etc., etc.

Dos grandes tomos en folio á dos columnas. No se admiten suscriciones en otra forma que por cuadernos semanales pagados al contado.

Atlas Geográfico Universal

Publicado bajo la direccion del Dr. D. Juan Vilanova y Piera. Grandes mapas iluminados. Parte teórica estensamente escrita, Las pájinas de este grandioso libro tienen cada una 61 centimetros de largo por 42 de ancho.

Se espende esclusivamente por cuadernos semanales.

Relaciones Históricas,

Por B. Vicuña Mackenna. Nueva coleccion de artículos i tradiciones sobre asuntos de la historia de Chile.—Se halla en prensa la segunda série. La primera série está próxima a agotarse.

Los Médicos de antaño en el Reino de Chile.

La ciencia, la caridad, la beneficencia, la hijiene, los hospitales los asilos, las maravillas i las barbaridades de nnestros mayores en materia de médicos i de medicina. Reseña histórica i crítica que comprende desde la fundacion del *Hospital del Socorro* (1556) hasta el establecimiento del *Tribunal del protomedicato*

en 27 de abril de 1820, por B. VICUÑA MACKENNA. Un lindo tomo de 368 pájinas en octavo.

Un Libro Estravagante

Nuevo sistema de navegar por los aires, sacado de las observaciones de la naturaleza volátil, por SANTIAGO DE CÁRDENAS, (*Santiago Volador*) natural de Lima en el Perú, el cual lo dedica á su amada patria.—1762—Un tomo en octavo con ocho láminas facsímiles de los dibujos del autor.

Vida de la Vírjen María

Con la historia de su culto en España, por el Ilmo. Señor Dr. don Vicente de la Fuente. Espléndida edicion con bellísimas cromo-litografías copias de pinturas del siglo XV i de la celebrada coleccion del renombrado artista Owerweek, i con grabados de Gustavo Doré.

Formará dos grandes tomos en folio mayor, impresos con el mayor esmero en papel superior i glascado. Se publicará unicamente por entregas semanales.

El Telescopio Moderno

Obra de ciencia popular.—La astronomía al alcance de todos. —Tratado del sistema solar i del mundo sidéreo.—El análisis espectral.—Ojeada filosófica sobre el oríjen i fin de los mundos. —El universo invisible.— Etc., etc.

Dos tomos elegante i correctamente impresos, tamaño folio menor, adornados con grabados, láminas sueltas, i cromo-litografías, representando los principales fenómenos de la naturaleza.

No se admitirán suscriciones en otra forma que por cuadernos semanales pagados al contado.

ADVERTENCIAS.

Todas las importantes obras del Centro Editorial, cuestan lo mismo por entregas que tomándolas completas de una sola vez.

Ninguna de las obras repartidas por este establecimiento ha quedado inconclusa.